Para el ilustre Decano de los poetas centroamericanos, el muy honorable y pundonoroso señor General don

Juan J. Cañas

en testimonio del respeto, admiración y cariño que le profesa

El Autor

San Salv. mayo 11 de 1913




DE EL SALVADOR

ALMAS GRANDES



ES PROPIEDAD DEL AUTOR.







ABRAHAM RAMIREZ P.



Abraham Ramírez Peña

ALMAS GRANDES

Ensayo de novela regional.



1912

IMPRENTA MELENDEZ: SAN SALVADOR.




DE EL SALVADOR

Capítulo I.

El principio del amor.




DE EL SALVADOR

En la primavera de la vida, la mujer siempre experimenta la sublime sensación del amor, aun cuando la Naturaleza no la haya dotado de las cualidades indispensables para ser amada.

Basta que sea joven para que inspire deseos en el hombre; y ello obedece invariablemente á la idea de satisfacer un capricho, oficiando en aquel altar, virgen de toda concupiscencia.

En esa época, en que todo se mira con el prisma de la dicha, de la felicidad, porque se desconocen, casi por completo, los sinsabores de la vida real; en esos momentos de suprema inocencia, brota en el corazón de la mujer una planta misteriosa que, en la nomenclatura de los sentimientos humanos, se conoce con el nombre universal, genérico é ideal de: AMOR.

Nace, pues, insensiblemente en todo corazón esa planta misteriosa; y el sér humano, sea mujer, sea hombre, comienza inconscientemente á cultivarla, regándola diariamente con el abono del deseo.

La mujer, impulsada por el capricho natural, hijo del deseo de agradar, oculta hipócritamente todos sus defectos, procura, tal vez sin premeditarlo, que sobresalgan sus cualidades, patentiza sus virtudes y no se detiene hasta conseguir que el hombre, engañado de tal manera, caiga en la red del amor; en donde, si ella está plenamente interesada, le aprisiona y no le suelta. El hombre por su parte, emplea todos


DE EL SALVADOR

los artificios de su ingenio para conquistar el corazón de la mujer que pretende: la bondad, la amabilidad, el buen trato, los repetidos obsequios, la constancia y la asiduidad son las armas que ocupa para vencer en la lid amorosa.

Durante este período de tiempo, que bien pudiera decirse que es la verdadera primavera del amor, es cuando la planta misteriosa crece lozana y fragante, en medio de un ambiente de dicha y de felicidad.

«Los hombres, por regla general,—dice Mantegazza—aman como comen, como beben, como andan. El amor en ellos es una función de la vida, no toda su vida».

Es decir, pues, que en el corazón del hombre se anida el amor como un capricho hijo siempre del deseo. En la mujer, por el contrario, aporta todo el tesoro de sus sentimientos y se identifica con el amor que siente cuando es puro y verdadero; experimenta sensaciones ideales que la hacen tierna, apasionada, y acaba por convertir al hombre que quiere, en su ídolo, al que le rinde culto con el ardor de una pasión sublime.

En el proceso del amor, la mujer engaña porque ama, porque en su afán de conquistar el amor del hombre á quien quiere, siente la necesidad de emplear todos los subterfugios que la misma pasión le inspira; este engaño puede calificarse de inofensivo cuando no es hijo del càlculo, cuando no ha nacido de la premeditación, cuando la mujer tiene las cualidades que ella no cree tener para ser querida del hombre deseado.

El hombre, á su vez, como hemos dicho antes, obedeciendo también al deseo de agradar, si es vicioso, aparenta ante la mujer á quien corteja, que no lo es, mostrándose amable sin serlo, bueno, honrado y amante sin poseer tal vez esas cualidades.



Esto se llama en buen castellano: *hipocresía del amor.*

En San Salvador, como en todas partes, se juega al amor con la misma hipocresía, con el mismo afán y con idénticos fines.

Si ese juego se concluye al pié del altar sagrado ó ante los oficios de la autoridad competente, entonces aquella planta misteriosa nacida en el corazón de ambos contrayentes ha florecido y ostenta sus galas con todo el esplendor de la felicidad del momento; es cuando los proxenetas de aquella unión amorosa, que han asistido al acto, hacen votos porque la lozanía de esa planta sea perdurable y derrame siempre su esencia de dicha y de ventura al rededor de aquellos dos seres que han unido sus existencias y sus cuerpos para formar con los lazos indisolubles del matrimonio, un solo sér que está obligado no solamente al cumplimiento exacto de la ley divina de la procreación, sí que también debe procurar la felicidad mùtua sin establecer diferencias de ningún gènero entre los factores de aquella unión.

Pero si el juego del amor es hipócrita, concluye de distinto modo y el resultado tiene que ser por fuerza lamentable, principalmente para la mujer, que por su condición de sexo débil, está expuesta à los rigores de la vida libertina, temporera y deshonrosa.

Sería un caso raro encontrar felicidad legítima, verdadera, en la mujer que, oficiando en el altar del amor, no haya pasado antes por la sanción sacerdotal ó la autorización legal.

* * *

Corría presuroso el año de 18.......

San Salvador abrigaba en su urbe á una familia de



noble abolengo, de conducta irreprochable, de sentimientos puros y de carácter recto.

El señor de Solís, persona estimada en alto grado, gozaba de todas las consideraciones; y su familia, que jamás experimentó un contratiempo indecoroso que mancillara su fama ejemplar, era tenida en aquella época como el prototipo de la nobleza capitalina.

Elena, hija única del señor de Solís, la sin par Elena, la flor más preciada en el jardín sansalvadoreño, crecía pura y fragante al calor de las caricias paternales; ella constituía el orgullo legítimo de la familia Solís.

Y así tenía que ser, porque Elena, educada con verdadero esmero, abrigaba en su sér la esencia de los consejos paternales que la habían convertido en una niña toda virtud, toda sencillez y todo candor.

La Naturaleza, pródiga, había derramado en ella todos sus dones, haciendo de aquella angelical criatura, un sér casi perfecto.

Su hermosura singular, adornada con las galas de la juventud, hacían de ella una criatura excepcional.

Sus padres que nunca olvidaron sus deberes, se dedicaron con afán, en su debido tiempo, al trabajo fructificador mediante el cual, lograron reunir un capitalito suficiente para dotar á Elena de todo lo necesario inclusive su educación.

Hija única, como se ha dicho, de la familia Solís, la bella Elena gozaba de todas las consideraciones sociales, y en medio de ese ambiente de falsedad, crecía aquella planta delicada y pura.

Nuestra Sociedad—dígase la verdad—es como todas, un núcleo de verdadera hipocresía, hábilmente disimulada por la diplomacia de la misma vida social.

No hay sociedad que no tenga por base la falsedad.

El amigo es amigo por conveniencia; y al desa-



parecer la causa de aquella amistad, desaparece el *sentimiento* que la inspiró; no es, pues, verdadera ni mucho menos durable esa amistad.

En sociedad todos somos amigos, nos profesamos simpatías con la cordialidad de dos hermanos, frecuentamos los mismos salones, hacemos vida casi común; pero llóguese al terreno íntimo de la conveniencia propia, y cada cual tira de la manta social por el lado que más le conviene, sin tomar en cuenta que tal vez á la persona á quien momentos antes se le protestaba una amistad sincera, corre peligro de sucumbir.

En medio de la felicidad todos somos antiguos conocidos, somos casi hermanos; pero en cuanto llega la desgracia sea cual fuere la forma en que venga, entonces comenzamos por no ser parientes, ni amigos ni aun siquiera conocidos.

Sálvese el que pueda, esa es la doctrina que profesa toda sociedad cuando se ve amenazada; pero mientras no se presiente peligro alguno, todo es abrazo fraternal, caricias amistosas, protestas leales, consideraciones mutuas, y por sobre todo ese cúmulo de falsías está la adulación recíproca.

Así, Elena Solís Durán era *querida* y estimada de toda la sociedad. A ella se le rendía culto, aparentemente verdadero, con el refinamiento que sólo la alta sociedad sabe tener; y Elena sencilla por naturaleza, con el candor de la inocencia, con la bondad de la inexperiencia, recibía y acojía con beneplácito todas las protestas de cariño que sus amigas y sus admiradores le prodigaban á diario.

Empero, jamás cruzó por su mente la idea de que todas aquellas atenciones de que era objeto se las prodigaban porque así se lo merecía; nunca abrigó en su tierno corazón, puro de toda mancha, el sentimiento ruin de la vanidad; el orgullo era para ella planta desconocida en el jardín de sus



virtudes, por eso correspondía con creces el cariño que se le demostraba, pero con un cariño esencialmente sincero.

El señor de Solís y su amante esposa presenciaban con legítimo orgullo las deferencias de que era objeto su hija de parte de sus amistades, y engañados, á su vez, correspondían con toda sinceridad, esas deferencias.

La familia Solís siempre concurría á todos los bailes, soirés ó reuniones de la aristocracia salvadoreña; y allí era de notarse el solícito cuidado en atendérseles; allí se notaban las deferencias de que eran objeto y que la sociedad, que se dice culta, les prodigaba.

Por supuesto que la reina de toda fiesta ó reunión, siempre lo fue la bella Elena, que con sus gracias naturales y sencillas, hacía derroche de amabilidad y de dulzura, en derredor de todos los que tenían la suerte de llamarse amigos de los Solís.

*
* *

Así las cosas, en un día de triste recordación, la honorable matrona doña Marta Durán de Solís, rindió tributo á la madre tierra, y en medio de copioso llanto y de corazones embargados por el pesar, descendió el venerable cuerpo de la señora de Solís á ocupar su sitio en la ciudad del silencio y del olvido.

El señor de Solís y la pobre Elena lloraron amargamente la pérdida de aquella ejemplar mujer que durante tanto tiempo derramó sobre ellos y sus amigos un verdadero caudal de bondad y de cariño.

La sociedad ocurrió á la casa mortuoria á dejar constancia de su *profundo pesar* por tan irrepara-



ble desgracia; y pasados los nueve días de rezo por el eterno descanso del alma de aquella noble señora, fueron disipándose las atenciones de la sociedad para con la familia Solís, quizá porque debido al luto, tenían forzosamente que dejar de asistir á toda clase de reuniones y fiestas.

La sociedad no se concibe sin bailes, reuniones de confianza, soirés, pic-nics y la mar de holgorios á los cuales hay que asistir á todo trance si se quiere mantener fama de culto y sociable.

Los salones de la casa Solís se vieron bien pronto desiertos, y fuera de uno que otro familiar, los demás amigos dejaron de frecuentar la casa.

Elena, triste y acongojada, recordaba constantemente, con lágrimas en los ojos, á aquella tierna madre que supo inculcarle buenos sentimientos y que tantas veces la acariciara con solícito cariño; y, entregada á su justo pesar, ni siquiera se había dado cuenta del abandono en que la dejaran sus queridas amiguitas. La oración fortalecedora, no se apartaba de sus labios purpurinos; y todos los días elevaba preces, con santa devoción, por el alma de su inolvidable madre.

En esta vida de triste recogimiento se pasó un año que para Elena fue como un suspiro.

La sociedad que, con sinceridad aparente, había manifestado su pesar por el fallecimiento de doña Marta, no tardó mucho tiempo en demostrar lo contrario, organizando antes de concluido el mes, un suntuoso baile en los salones del Casino, por cualquier motivo.

Después siguió su curso habitual.

Durante el tiempo de privanzas sociales, la familia Solís se mantuvo retraída, sufriendo en silencio su desgracia.

Al cabo de dos años, para el día de difuntos, dispuso Elena, de acuerdo con su padre, ir á depositar



una ofrenda floral en el sepulcro de doña Marta; y después de proveerse de todo lo necesario, en un carruaje de alquiler se dirigieron á la necrópolis.

El carruaje paró al pié de la histórica y vieja ceiba del cementerio. Los Solís descendieron del vehículo y se encaminaron con reposado paso y santo recogimiento, hacia el sepulcro que guardaba los restos queridos de aquella santa mujer.

Al llegar, llenos de sorpresa, notaron que en lugar visible del mausoleo aparecía una hermosa corona de ciprés y siemprevivas con grandes crespones negros. En el centro de la corona se veía una tarjeta enlutada en la cual se leían estas palabras manuscritas:

A LA MEMORIA DE LA INOLVIDABLE MATRONA

DOÑA MARTA DURÁN DE SOLIS

RECUERDO DE UN AMIGO FIEL QUE NO LA OLVIDA.

Si el señor de Solís consideró aquella ofrenda como una muestra de amistad, para la candorosa Elena fue un acto de verdadera simpatía; y discurrió que era conveniente averiguar el nombre de la persona que, piadosamente, había llegado á aquel sitio sagrado para patentizar su recuerdo hacia el sér que sólo su padre y ella únicamente veneraban.

La sepultura fue convenientemente adornada, y Elena hincando sus rodillas sobre la grama que cubría el suelo, oró con profunda y mística devoción durante algunos minutos al cabo de los cuales, se levantó y alzando la cabeza, su mirada tropezó con la de un joven vestido de negro que junto á un ciprés no lejano, la contemplaba con admiración.

Elena al encontrarse su mirada con la del joven, sintió por primera vez una sensación extraña, incomprensible y vaga; pero sin darle importancia, se dirigió al sitió donde le esperaba su padre.



—¿Nos retiramos? le dijo.

—Sí, hija mía, va siendo ya muy tarde y es preciso volver á casa; además, siento que el alma se me contrista en este santo lugar á donde tarde ó temprano, y quizá más temprano que tarde, vendré á reposar al lado de mí...........

—Por compasión, padre mío, no digas semejantes palabras, con esos tus pensamientos me afliges sobremanera, porque ¿qué sería de mí, faltando mi querida madre y tú, que ahora eres mi único sostén?; vámonos y no me hagas sufrir con tus siniestras predicciones.

—Dices bien, hija mía, marchémonos.

Y dirigiendo ambos una última mirada á la sepultura, se encaminaron á la puerta principal del cementerio en donde les esperaba el coche.

Cuando los Solís llegaron á la puerta del cementerio, ya el joven vestido de negro se hallaba de pié junto á la ceiba, lugar prominente que sin duda había escogido para ver pasar á todos con más comodidad.

Elena, inconscientemente, sin pensar en nada que no fuera el recuerdo de su madre, lanzó una mirada fugaz para todos lados y por último, ya para subir al carruaje, sus ojos tropezaron con los del joven vestido de negro; y, de nuevo, sintió el mismo estremecimiento que sintiera al lado del sepulcro.

El vehículo comenzó á caminar torpemente entre la abigarrada multitud que en día semejante se da cita en el cementerio, todos los años. Los puestos de venta, y el ir y venir de la gente hacen intransitable aquel lugar durante dos días: el primero y el dos de noviembre.

El vehículo logró salvar todas las dificultades y emprendió la carrera natural, hacia la mansión de los Solìs.

Elena llevaba grabada en su mente la imagen del



joven vestido de negro que dos veces la había visto con marcada atención, con semblante amable y risueño, al par que respetuoso.

¿Sería él por ventura quien depositó en el sepulcro de su madre aquella hermosa corona?

Este pensamiento invadió, por un momento, la mente de Elena, quien sin quererlo se hallaba más preocupada de lo que deseara con aquel incidente.

—Pero no,—se dijo interiormente—no puede ser él, porque no le he visto llegar á casa de mis padres; ésta es la primera vez que le veo, ¿cómo pudo conocer á mi madre á punto de calificarse amigo fiel de ella?

Estos ó parecidos pensamientos embargaron la mente de Elena por cortos momentos, preocupándole, además, la idea de no poder rendir cumplidamente sus agradecimientos á la persona que bondadosamente se tomó el trabajo de llevar á la tumba de su madre la corona de ciprés, caso de que no fuese el joven vestido de negro.

Sin embargo, aquella sensación extraña que experimentara las dos veces que sus ojos tropezaron con los del joven, la hicieron proferir estas palabras:

—Dicen que el corazón no engaña; ¿porqué sentí aquello extraño en mi sér, á la vista de ese joven desconocido para mí? ¿será que mi corazón presiente que él sea el autor de tan piadoso recuerdo?; pero ¿qué motivos, qué razones le impulsaron á ello? En todo caso, ¡Dios sabe cuánto agradezco en mi alma semejante favor!

Con sus pensamientos Elena dió rienda suelta á los impulsos de su agradecido corazón. Además, había brotado ya en su pecho una chispa desconocida, un sentimiento nuevo, extraño, que de momento no supo definir, pareciéndole raro que la imágen de aquel joven, no se borrara de su mente un tanto calenturienta.



Al día siguiente, domingo por cierto, Elena se vistió honestamente, como de costumbre, y, echándose á la cabeza una mantilla negra, tomó su devocionario y se encaminó á la Iglesia de Santo Domingo. Cuando se hubo concluido el oficio de la misa, Elena oró un momento más por el alivio y descanso del alma de su querida madre, y después de persignarse se dirigió á la puerta mayor de la Iglesia por una de las naves laterales.

Allí, de pié, junto á un confesionario, Elena tuvo ocasión de ver por tercera vez al joven vestido de negro que la saludó cortesmente, con una ligera inclinación de cabeza y con una sonrisa leve, casi imperceptible que la hizo estremecerse de nuevo, de un modo raro.

Elena correspondió el saludo del joven y apresurando el paso, bien pronto estuvo lejos de aquel lugar.

—Es extraño se iba diciendo, ¿porqué razón me conmueve la presencia de ese joven? ¿qué relación tiene su persona con la mía, para que ante su vista, yo me conturbe? Si el caso se repite, hablaré con mi padre para que me explique lo que yo no puedo descifrar, él es el único sér que me merece toda confianza y que no puede engañarme.

Pasaron los seis días de la semana y al amanecer del domingo siguiente, Elena se dirigió, á la hora de costumbre, á la Iglesia de Santo Domingo para orar todo el tiempo de la misa. Al entrar, lanzó una mirada fugaz para todos lados, y extrañó no ver al joven, como ella lo suponía y quizá hasta lo deseaba.

Llegóse á su reclinatorio cuyo cajón abrió con una llavecita que llevaba pendiente de su camándula y al ir á sacar su libro de misa, su vista tropezó con un librito de devociones con pasta de conchanácar y una crucesita de oro en el centro de la pasta principal.

Elena pensó en el acto no tocar aquel librito, pri-



mero porque no era de ella y no tenía facultades para tocar lo ajeno y después porque presentía algo de la verdad que aunque no le disgustaba en lo íntimo, en lo demás le parecía un atrevimiento imperdonable, por lo audaz y por lo incorrecto.

Cogió su propio libro, cerró el cajón de su reclinatorio y se dispuso á orar.

Mas, ¡ay! le fue imposible coordinar sus ideas y entregarse con devoción á sus plegarias; aquella fue la primera vez que su oración se vió interrumpida á cada instante debido á que su pensamiento no lo tenía libre, su corazón estaba inquieto y en todo su sér experimentaba un escozor extraño como si hubiera cometido alguna falta grave, indecorosa, por la cual tuviera su padre que reñirla.

No esperó á que terminase la misa y sin abrir de nuevo el cajón para ojear siquiera el librito de conchanácar, se retiró del templo, sin dejar de observar la ausencia del joven.

Durante el día, Elena intentó tres veces hablar con su padre respecto de lo que ocurría; pero un temor incomprensible la detuvo. Su conciencia le dictaba cual era su deber; mas su corazón con fuertes latidos ponía obstáculos á los dictados de su conciencia. Este estado de exitación febril le duró toda la noche.

Su hermosa cabeza reposaba intranquila y dolorida sobre los almohadones de su mullida cama, su pensamiento no tenía punto fijo; tan pronto estaba en el cajón de su reclinatorio, como en sitios lejanos donde ella se imaginaba que podía estar el joven vestido de negro.

—Seguramente, se decía, es él quien ha ido á dejar para mí aquel librito de oraciones; pero ¿cómo ha hecho semejante cosa no existiendo relaciones de ninguna especie entre los dos?; no, no debe ser él, y entonces, ¿cómo es posible que se encuentre ese objeto allí, precisamente estando cerrado el cajón con



llave y teniendo yo en mi poder la llave? ¿será obsequio de alguna amiga? no tendría razón para brindármelo de tal manera, pudiendo hacerlo en mi casa, personalmente ó por medio de un mandadero. Decididamente mañana iré á la Iglesia, traeré el libro y ya sabré lo que pasa. Estoy resuelta á mostrárselo á mi padre y comunicarle todo.

Y Elena cansada de tanto discurrir comenzó á sentir el influjo del sueño cuando la noche había avanzado demasiado.

Al día siguiente, muy temprano, se fue á la Iglesia, sacó del cajón el libro, y después de unas cortas oraciones, regresó á su casa con paso ligero é inseguro como si lo que llevara en sus manos fuese un objeto robado.

Entró en su aposento y sentándose en una silla muy cerca de la ventana que daba á la calle, abrió el famoso libro, objeto de su pesadía de la noche anterior.

De entre las fojas del libro, saltó cayendo en sus faldas, un sobrecito cerrado que abrió con mucho cuidado sacando de él un papelito en que estaban escritas algunas palabras manuscritas. Elena leyó lo siguiente:

"Un respetuoso admirador presenta sus cumplimientos á la muy apreciable y distinguida Señorita Elena Solís Durán y se complace en ofrecerle este librito de oraciones.

San Salvador, Noviembre de 18........"

En el primer momento Elena quedó confusa al leer aquellas cortas líneas. No pudo discurrir nada; pero poco por poco fue calmándose hasta que pudo articular con voz muy queda este raro pensamiento:

—Al menos ha tenido la sabia prudencia de no escribir esta dedicatoria en el propio librito; asi lo podré usar sin que se sepa que él me lo regaló.

Decimos que es raro ese pensamiento porque á



una niña inocente de toda malicia como era ella, mal podía ocurrírsele tal salida; aunque con esas palabras demostraba á las claras que aceptaba el regalo con todo gusto.

Ocurrió otra circunstancia que la llenó de alegría, mezcla de agradecimiento y de satisfacción.

Elena volvió á leer la dedicatoria y observó que la letra era extremadamente parecida á la que se veía en la tarjeta enlutada de la corona, que Tomasa la sirvienta de la casa, había ido á traer días antes al Cementerio por mandato de ella. Sacó la tarjeta de su mesa de noche y comparó cuidadosamente los manuscritos, y, convertida en realidad la sospecha, se dijo con marcadas muestras de satisfacción;

—Fue él quien colocó aquella ofrenda en la sepultura de mi madre; pero ¿porqué razón se califica de *amigo fiel* cuando jamás le he visto en mi casa? Mi padre se encargará de explicármelo, porque estoy resuelta, hoy más que nunca, á decírselo todo. Así, si él me autoriza, usaré sin cuidado alguno, este librito que después de todo es muy bonito y............

Elena paró de hablar porque oyó pasos cerca de su habitación y presurosa corrió á esconder en el cajón de su mesita de noche el libro y el papelito.

Ya era tiempo.

Tomasa, la sirvienta, entró para anunciarle que su padre la esperaba en el comedor en donde estaba servido el almuerzo.

Elena pasó al comedor y sentándose en frente de su padre, se dispuso á comer, ó mejor dicho, á hacer que comía, pues el recuerdo del joven la tenía preocupada; verdad era que estaba dispuesta á decírselo á su padre, y aquella era una ocasión propicia para hacerlo; mas, ¿cómo empezar? La cosa parecía más difícil de lo que se imaginaba Elena, y era, sin duda alguna, que ella estaba ya interesada en guardar silencio para ver en qué paraba aquello y saber cuáles



eran las pretensiones de aquel joven. Nada, que Elena calló y no dijo ni una palabra.

Afortunadamente para ella ó mejor dicho para el *amigo*, el señor de Solís que nada sospechaba y que ignoraba por completo lo que le ocurría á su angelical Elena, no se apercibió de la inquietud de su hija; inclinado sobre los platos y sin alzar á verla, cruzó con ella tres ó cuatro palabras y concluido el almuerzo, se retiró dejando á Elena en completa libertad.

—Parece cosa sencilla, y resulta ser lo más difícil,........yo no sé qué hacer,........ese joven ha venido á intranquilizar mi ánimo........temo que mi padre me riña y aunque he resuelto decírselo todo, no sé cómo hacerlo.

Así discurría Elena, cuando Tomasa entró para retirar de la mesa la vajilla sucia.

—¿Todavía está usted aquí, señorita? creí que había concluído de almorzar.

—No, querida Tomasa, hoy estoy sin apetito y forzadamente he comido poco y despacio.

Elena se levantó dejando el campo libre á la sirvienta para que hiciese el servicio. Cuando estuvo en su habitación se dijo:

—Mañana iré á la Iglesia, le devolveré por el mismo medio el libro y le escribiré diciéndole que no puedo aceptar el regalo si no lo hace como corresponde, es decir por medios lícitos, decorosos y correctos como lo manda la buena educación.

Empero, pasó el día y vino el otro y también pasó y asi vinieron y pasaron los demás y Elena aunque concurrió á la Iglesia como de costumbre, no llevó el libro.

En cuanto al joven tampoco volvió á aparecer ó si llegaba, tendría el cuidado de no darse á ver de ella.

Comenzaba el juego del amor.



La planta misteriosa había brotado en ambos corazones.

El joven sin duda por cálculo se escondía de ella y Elena sentía cierta molestia por la ausencia de él.

Se volvió más mística; iba todos los días á la Iglesia con el propósito de rezar, pero con la idea de ver á su *amigo*........no le veia; ¿qué se habría hecho?

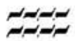
¿Con esta regla de conducta, no probaba Elena que en su corazón virgen, abrigaba ya un sentimiento nuevo, que la hacía sufrir á veces y gozar después?

Sí, el amor había brotado con todo su vigor en aquel tierno y sencillo corazón y Elena lo cultivaba diariamente con el abono del deseo. Y había razón para ello. El era un joven simpático, bien parecido y vestía correctamente; condiciones, que de momento tomó en cuenta Elena para acoger la idea, por de pronto, de verle siempre.

Entonces fue cuando Elena impulsada por el deseo de agradar á su desconocido amigo, sintió necesidad de engalanarse; pero esa necesidad, además de ser inconsciente, era innecesaria en ella, para quien la Naturaleza no habia sido avara en punto á gracias.

Y ella, la niña pura y sencilla sin mácula de pecado, que nunca había tenido secretos para sus padres, ocultaba tímidamente el incidente del cementerio, el regalo del libro, sus frecuentes idas á la Iglesia y el malestar que sentía por la ausencia incomprensible del joven.

Este, por su parte, había tirado el anzuelo, el pececillo incauto había tragado el bocado........solo faltaba que el pescador tirase del cordel.





Capítulo II.

La familia Aguirre.




DE EL SALVADOR

Dos meses seguidos estuvo Elena yendo á la Iglesia diariamente.

Su padre llegó á notar ese afán de rezar en que se habituaba su hija, y un día, con suma bondad y ternura, la dijo:

—Elena, hija mía, es necesario que dés algún descanso á tu fatigado espíritu, bueno es que de vez en cuando te entregues á tus oraciones; pero que lo hagas con tanto empeño como hoy lo haces, no me gusta mucho. Después de todo, es preciso tener conformidad y aceptar resignados los inapenables fallos de la Providencia; Marta fue en vida, una mujer que supo cumplir sus deberes de amante esposa y madre cariñosa y solícita; ella no ofendió á nadie ni de palabra ni de obra, y si algún pecadillo cometió, éste fue de una importancia tal, que basta y sobra con lo mucho que has rezado por ella, para que Dios la haya perdonado. Conque, vamos, no te preocupes tanto por la suerte de ella, preocúpate por la tuya que bien lo necesitas porque no deja de ser triste y aflictiva, en fuerza de tanto lamentar la desaparición de tu querida madre, que ya está descansando de las fatigas de este mundo fementido y engañoso.

Este sermoncito lo escuchó Elena, con ánimo compungido, con la vista en el suelo y con algunas gotitas de lágrimas en los ojos.

El señor de Solís la contempló un instante extasia-



do, y comprendiendo que con sus anteriores palabras la había hecho sufrir un poco, sin intención de hacerlo, quiso resarcirla del pesar diciéndole con distinta entonación de voz:

—¿Quieres, hija mía, que vayamos á pasar una corta temporada al mar? Estamos en el mes de enero, y creo que en esta próxima temporada, con la luna en todo su esplendor, los balnearios estarán muy concurridos; allí te divertirás á tu gusto, con las amigas que encuentres ó si quieres invitas á Sofía, para que no vayas solamente conmigo y con Tomasa; allá de seguro que olvidarás esa tristeza en que vives y mejorarás de salud; porque he de decirte, que estoy notando, con pesar, en tí, cierta palidez que me disgusta y que me hace creer que sufres de insomnio ó cosa parecida; y hasta te encuentro algo más delgada de lo que antes eras. Así, pues; ¿te parece mi proyecto?

—Si padre mío, tú sabes muy bien que siempre estoy dispuesta á obedecerte en todo.

—No; si esto que te digo no es un mandato, es simplemente un deseo de que goces para gozar yo. ¿No notas en este proyecto algo de egoísmo?; pues bien, hija mía, has lo posible por satisfacer este egoísmo que hoy experimento y harás feliz á este pobre viejo.

—Bien, pues, acepto gustosa y complacida tu proyecto y pongámoslo en realización lo más pronto que sea posible.

—¿A qué punto desearías ir?—los balnearios de La Libertad son siempre muy alegres; pero son más cómodos para el viaje, los de Acajutla.

—Iremos, si te parece, á Acajutla.

—Magnífico dentro de ocho dias estará la luna en su cuarto creciente, para entonces nos marcharemos y mientras tanto, tienes tiempo de sobra para hacer los preparativos y para invitar, en tu nombre y en el mío, si es necesario, á tu amiga Sofía si es que de-



seas llevarla para que te haga compañía; eso tú lo decidirás.

El señor de Solís como un amante padre, imprimió un beso, con todo respeto, en la tersa frente de Elena y salió satisfecho de haber conseguido su objeto.

Mientras tanto, Elena quedaba entristecida pensando que el viaje tal vez sería un obstáculo para encontrar de nuevo á su amigo, á aquel joven que tanto le había interesado y que con su ausencia inesperada é incomprensible, tánto la hacía sufrir.

—¿Cómo es posible, se decía, que no aparezca? ¿estará enfermo ó se habrá largado de San Salvador? Si su ausencia obedece á una enfermedad, ésta debe ser de carácter grave, pues dos meses largos son sesenta días y sesenta días no hay cuerpo que resista la cama sin causa poderosa. Pero, Dios mío, loca de mí, qué cosas me digo, como si ese joven fuese para mí algún hermano ....¿á qué obedece este interés que he tomado por un individuo á quien mi padre no conoce y á quien yo misma no he visto más que tres veces en mi vida? Es necesario olvidar esto que me está pasando; y con el viaje al mar, de seguro lo conseguiré.

Elena en virtud de esta resolución se reanimó un tanto y haciendo un esfuerzo, salió al corredor y en voz alta llamó á Tomasa, quien corrió al oirla.

—Ve á casa de la señora de Aguirre y dile que esta tarde iré á verla, que me espere á las cuatro.

Tomasa se retiró á cumplir el encargo de su ama y Elena con aparente tranquilidad entró en su habitación diciéndose interiormente:

—Ya está; hablaré con la mamá de Sofía, es lo mejor; Sofía es una amiga que me quiere mucho y no dudo que querrá acompañarme, porque la Señora de Aguirre nunca se ha negado cuando mi padre le ha solicitado á su hija para que me acompañe á los paseos. Además, Sofía me conviene, intentaré hacer-



la confidenta de mis penas, quiero que me diga, en confianza y con franqueza, qué clase de mal es el que me hace sufrir tanto, sin que mi cuerpo sienta dolencia alguna; y nadie mejor que ella, que por su edad, mayor que la mía, tiene alguna experiencia y sabrá hacerme el diagnóstico.

Elena sin recordar que momentos antes había resuelto olvidar á aquel joven, se levantó del asiento en que estaba y fue á sacar de la gaveta de su mesita de noche, el famoso librito de conchanácar; allí estaba junto al papelito que contenía la dedicatoria, la leyó por centésima vez y la dejó en su sitio. Con el librito en las manos fue á sentarse junto á su cama, en cuya cabecera se destacaba una imagen de la Virgen María colocada sobre un crucifijo al pie del cual se hallaba un pequeño recipiente de porcelana fina con grabados en alto relieve, de los que sirven para echar agua bendita.

Elena abrió el libro y se puso á orar leyendo en una de sus páginas. Pasado un momento cerró el libro y lanzando un suspiro casi imperceptible lo guardó cuidadosamente en su mesita de noche junto á la dedicatoria; después salió en busca de su padre.



La señora de Aguirre era viuda.

Cuando estalló la guerra entre El Salvador y Guatemala, allá por el año de 18 . . , el Coronel Aguirre, que en tiempos de paz se dedicaba á trabajos agrícolas, sentó plaza, y al mando de su Regimiento marchó á los campos de desolación y ruina, para defender al país contra la invasión de nuestros hermanos los vecinos del Norte.



La matanza se hallaba en todo su apogeo cuando las fuerzas que comandaba el valiente Coronel llegaron á las fronteras enemigas. El General en Jefe le ordenó cubrir una línea de fuego hácia el flanco derecho, y allá voló Aguirre á derramar su preciosa sangre.

Cuatro horas duró aquella tremenda carnicería humana en los campos cercanos á Jutiapa, en la vecina República de Guatemala. Cuando el fuego hubo cesado su mortífero afán, se ordenó la recogida de los heridos y de los muertos. Entre la lista de éstos, se contaba al infortunado Aguirre.

El valiente Coronel que pagaba con su preciosa vida el capricho de los que habían encendido la hoguera de la guerra, dejaba una viuda y una hija huérfanas de su amparo y de su protección.

Este es el triste fin de los incautos, que por cumplir un deber imprescindible, al cual se ven compelidos por la voluntad de unos cuantos hombres de mando, ocurren á tomar el fusil para matar ó hacerse matar.

Aguirre, como otros tantos, contados por centenares, perecieron en aquella afrentosa guerra inútil y desastrosa, dejando á un sinnúmero de familias en desgracia, sufriendo los rigores de su desventura. Para esas familias la guerra aún no ha terminado, tuvo principio en un día fatal, pero el fin vendrá cuando la suerte se compadezca de ellas, y las lleve á reunirse con los infelices que en su trance de muerte, ni siquiera tuvieron una frase de consuelo, un *Dios te salve.*

Este es el resultado fatal. Todos lo comprenden y no obstante ocurren cuando se presenta la ocasión á engrosar las filas de los sentenciados á muerte.

El infeliz Aguirre pereció como todo un valiente y si la Nación se lo agradeció sólo ella lo sabe, porque lo que fué su desventurada viuda y su desgraciada



hija, jamás recibieron una señal, una demostración por pequeña que fuese, de esa gratitud nacional.

Ellas sufrieron con dignidad y en silencio, todo el peso de su infortunio, resignadas sobrellevaron la pesada carga de la vida teniendo como único amparo, su trabajo cuotidianio y por único consuelo, á la Providencia que como madre amante de sus hijos desvalidos, no los desampara jamás.

La señora de Aguirre realizó algunas pequeñas posesiones que su marido le dejara como fruto de su constante labor honrada y pacífica; y, con el producto, estableció en esta Capital una venta de granos de primera necesidad.

Afortunadamente en aquella época los negocios eran brillantes y con un poco de inteligencia y algo de constancia en el trabajo se lograba sacar provecho. Así fué cómo la señora de Aguirre logró reunir lo suficiente para la educación de su tierna hija Sofía, y para vivir con alguna comodidad, lamentando siempre la ausencia de su querido esposo.

Por la época en que ocurrieron los acontecimientos que nos hemos propuesto narrar, la familia Aguirre, vivia modestamente en una casa de su propiedad, situada en el Barrio de Candelaria.

Sofía contaba á la sazón cosa de diez y ocho años y habia recibido la educación en uno de los Colegios de Señoritas de San Salvador; allí tuvo ocasión de conocer á Elena, y la amistad que se profesaron ambas condiscípulas llegó á ser tan cordial y afectuosa, que los mismos padres participaron de iguales sentimientos, estableciéndose entre las dos familias una corriente de simpatía invariable y firme.

Doña Marta, aquella santa mujer que tanto llorara Elena, cultivó con la señora de Aguirre una amistad tan acendrada que ambas se consideraban como hermanas. La viuda siempre recibía las frases de con-



suelo que Marta le dirigiera con fraternal cariño, á raíz de su desgracia; y fué la única persona que, con ella, lamentó de verdad la desastrosa muerte de aquel valiente hijo de la Patria.

Esta corriente de simpatía entre las dos señoras se trasmitió al señor de Solís y por eso, él también profesaba á la viuda una amistad respetuosa y franca y á Sofía un cariño paternal.

Cuando doña Marta desapareció del mundo de los vivos, la viuda y su hija corrieron á consolar á los Solís y no abondonaron la casa sino mucho tiempo después, cuando la fuerte impresión del dolor hubo desaparecido del corazón de aquellas buenas gentes. Estos rasgos de amistad sincera, afianzaron más las relaciones que felizmente existían entre las dos familias.

Sofía y Elena por su parte, nunca tuvieron motivos para una desavenencia y seguían queriéndose de la misma manera que antes, no obstante que las necesidades de la vida, las obligaba á separarse temporalmente.

Sofía no era tan afortunada en su fisonomía, pero tampoco carecía de gracias naturales que la hacían apetecible ante los ojos de los jóvenes, como una criatura suficientemente apropiada para hacer la felicidad conyugal.

Había tenido pretendientes, pero ya porque á ella no le agradacen ó ya porque el amor aùn no había tocado á las puertas de su corazón, es lo cierto que siempre desechó las pretensiones, con tan buenas maneras, que los jóvenes caprichosos de suyo, habían abandonado sus propósitos.

Eso sí, ella conocía por consejos de su madre, lo peligroso que es dar oídos á las pretensiones amorosas de los jóvenes cuando no se tiene voluntad de cumplir las promesas ofrecidas. De ahí que Sofía con



buen tino había salido airosa de las proposiciones que en repetidas veces la habían hecho, en ese sentido.

Su madre la había dicho con sobra de razón:

—Hija mía es preciso que comprendas que el amor en el hombre, es noventa y nueve veces falso y una vez verdadero, para dar con ese amor verdadero, es preciso mucho tiempo, mucha observación y mucha paciencia, para soportar las exigencias del hombre sin prometer nada. Toda promesa es peligrosa si no se tropieza con el verdadero amor. Dicen todos que el primer amor es el más fiel, el más sublime, el más grande, el más perfecto, esto hija mía, nunca lo he creído así; y voy á darte mis razones para convencerte de que estoy en lo cierto: el hombre y la mujer que jamás han experimentado la dulce sensación del bien querer, están ignorantes de todo lo que ocurre pasado un tiempo de relaciones íntimas, y cuando los contratiempos llegan al hogar, entonces se olvidan de las protestas amorosas para entregarse á los impulsos de su capricho, dando al traste con el tal amor verdadero. Te pondré un ejemplo más patente: cuando á una joven que no conoce nada del oficio, la dan á hacer un vestido por primera vez, ¿crees tú que lo podrá fabricar perfecto, es decir que no se le halle un defecto?, claro que no, en aquél vestido tiene que ensayarse y por fuerza tiene que echarlo á perder. Y así es en todo oficio, arte ó ciencia, ¿cómo puede ser perfecta la obra primera de un pintor que nunca ha tenido en sus manos un pincel? ¿con qué dulzura puede escribir el primer soneto, un poeta que no conoce ni las reglas de la retórica, ni tiene la suficiente inspiración? Pues lo mismo pasa en materia de amor, no debemos dejarnos ir del primer impulso, del primer capricho, porque siempre es perjudicial. Para amar es preciso saber á quién, estudiar, observar su conducta, convencerse de que no



es de los noventa y nueve que por un simple deseo carnal, desfiguran las hermosas cualidades de ese sentimiento sublime y grande que hace conmover todo nuestro sér.

Con consejos por el estilo, la señora de Aguirre había hecho de su hija una joven experta sin haber tenido ningùn lance en la materia; y, por esa razón, Sofía no dió nunca oídos á las frases amorosas que le dirigieran sus admiradores.

Razón tenía Elena para escoger á Sofía para confidenta de sus penas, pero esa razón la desconocía Elena, por que si bien es verdad que Doña Marta la inculcó buenos sentimientos é hizo de ella una criatura buena en todo sentido, no tuvo tiempo para llegar al momento en que era preciso hablarle del mismo modo que á Sofía le habló su madre. He ahí porque Elena inexperta, se dejó llevar del primer impulso de su tierno y sencillo carazón y abrigó en su pecho virginal aquel sentimiento nuevo que sintiera por primera vez en el cementerio.

El joven vestido de negro con su mirada y con su sonrisa hizo germinar aquel sentimiento indefinido en el corazón de Elena. ¿Sería eso premeditado ó lo haría sin calcular el peligro en que ponía á Elena? ¿á qué obedecía aquella ausencia? ¿sería como lo había pensado Elena, una enfermedad larga ó no pretendía nada de ella y solo se presentaba á pagar un tributo de gratitud por algún favor que recibiera de doña Marta?

Es el caso, que aquel joven con su conducta incomprensible hacía sufrir á aquella inocente niña, quien sin sentir á qué horas, había abrigado el sentimiento del amor en su virginal corazón.

El señor de Solís ajeno á lo que le ocurría á su hija, atribuía su palidez mate á los insomnios que según su criterio, Elena padecía de tanto pensar en su



madre; el incidente del cementerio no tuvo para él mayor importancia y bien pronto lo hechó al olvido; además, él no vió al joven y si lo vió no pudo haber sentido la misma sensación que su hija sintiera; y como ésta, á pesar de sus resoluciones momentáneas, jamás abrió sus labios para contar á su padre lo que le ocurría, mal podía adivinar el señor de Solís la verdadera razón del estado de su hija.

—Mi hija sufre, no me cabe duda, se decía, y es necesario hacerla olvidar ese pesar que tanto le hace sufrir, tengo fe en que el viaje al mar, la hará cambiar de vida. Esta mañana la encontré llorosa en su habitación y siempre con el librito de oraciones en las manos; tentado estoy por quitárselo y esconderlo; pero temo cantrariarla y es mejor tener un poco de paciencia para mientras se hace el viaje.

Ciertamente, Elena incauta é inexperta había dado expansión á su sentimiento febril á punto de ser ya muy difícil volverla á su estado primitivo.

La planta misteriosa crecía ufana echando raíces muy hondas en su corazón de niña, y el contratiempo, la indecisión, el deseo, aquella ausencia larga é inexplicable, eran abonos legítimos para que la planta creciera fresca y lozana.

¿Era culpable el joven desconocido?

No, porque él no la había hablado, ni una palabra de amor; ni una muestra de cariño se había cruzado entre él y ella, la corona de ciprès, el librito con la dedicatoria, nada decían de amor, bien podía ser un simple deseo de demostrar sus afectos respetuosos hácia la familia Solís sin determinada intención.

Elena misma, no sabía explicarse el porqué de su situación y como hasta entonces nadie la había hablado de amor, para ella era desconocido ese lenguaje, ó mejor dicho ese juego en que toma parte



interesantísima el corazón De ahí nacía su confusión.

¿Porqué permanecía grabada en su mente la imagen de aquel joven?

¿Porqué sentía deseos vehementes de verle?

¿Porqué la hacía sufrir tanto su ausencia?

¿Porqué para consolarse un poco recurría al librito de conchanácar y no á los que antes usaba?

Señales eran estas de que cupido había lanzado con mano certera su afilada flecha, la cual fué á clavarse en el tierno corazón de Elena, sin que ésta se diera cuenta de ello.

*
* *

A las cuatro de la tarde de aquel día, como lo había hecho anunciar, Elena se presentó en casa de la señora de Aguirre.

La viuda y su querida hija, la aguardaban con impaciencia, querían saber el objeto de su anunciada visita.

Tan pronto la vieron llegar, corrieron á abrazarla con marcadas muestras de simpatía.

—¿A qué debemos tanta honra, mi querida Elena? la dijo la señora de Aguirre pasadas las primeras frases de salutación.

—¿A qué debemos semejante dicha?, dí mejor, madre, articuló Sofía.

—Pues el objeto de mi visita es, queridas amigas mías, hacerles á una de ustedes una molestia y á la otra una invitación.

—Veamos, habla hija mía, dijo la señora de Aguirre, que nosotras siempre estamos dispuestas á complacerte.

—Gracias, es el caso que mi padre ha dispuesto llevarme al mar en esta temporada próxima, iremos



á Acajutla, y esta mañana me ha facultado para invitar á Sofía con el fin de que me acompañe; conque aquí tienen ustedes: à la señora de Aguirre la molestia de dejarla sola por algunos días y á Sofía la de rogarle que me acompañe. Nos iremos el próximo lunes ¿qué me contestan?

—Que vuestros deseos y los de tu estimable padre seràn satisfechos, dijo la señora de Aguirre.

Sofía por su parte no dijo nada, pero en cambio con su mirada placentera demostró á Elena que ella estaba en un todo de acuerdo con su madre.

—Y ahora cuéntanos cómo han estado de salud, dijo la señora de Aguirre.

—Perfectamente, contestó Elena.

—No puede ser, articuló Sofía, en el rostro demacrado que llevas, se conoce que has estado sufriendo de alguna manera; esa palidez de tu semblante me preocupa y aún creo notar alguna flaqueza en tu cuerpo.

—Ciertamente, dijo la señora de Aguirre, mi hija tiene razón al dicir lo que ha dicho. ¿Qué aún pesa sobre tí, hija mía, el recuerdo de tu madre? Sí es así, es preciso que no te preocupes tanto.

—Yo creo que ustedes se equivocan, contestó Elena un tanto turbada, yo estoy perfectamente bien de salud, nada me duele, como y duermo como cualquier persona alentada, rebosando de salud.

La señora de Aguirre hizo un movimiento de cabeza, como en señal de duda y Sofía sonrió ligeramente como demostrando que las palabras de Elena no eran hijas de la verdad.

Elena queriendo apartar la conversación del terreno en que parecía girar, hizo presente sus esperanzas de que en el mar gozarían mucho, pues según le decía su padre, estarían muy concurridas las playas.

La señora de Aguirre comprendió desde luego la



intención de Elena y no queriendo contrariarla, aceptó en el acto el nuevo giro que tomaba la plática; y así, dijo con mucha calma:

—Puede ser que tenga razón tu padre, los paseos del mar son muy alegres, mayormente en las lunas de enero y febrero; antes, cuando yo era muy joven, esos paseos eran muy poco concurridos; sin embargo, se notaba alguna animación. Hoy están de moda y todo el mundo ocurre al mar á disipar el aburrimiento de este San Salvador tan lleno de molestias; por eso creo, hijas mías, que ustedes gozarán mucho.

—Sí, dijo Sofía, á mí me encanta el mar, y aunque soy algo medrosa, suelo tener el suficiente valor para enfrentarme á las olas, además, no solo bañándose goza una en el mar, hay otras distracciones: se juega en la playa con las amigas y amigos, y entre todos reina una confianza muy absuluta, como si hubiéran nacido bajo un mismo techo y de una misma madre.

—Así es, asintió Elena, yo recuerdo que la vez última que fuí al mar, hará cosa de dos ó tres años, en las playas de La Libertad gocé demasiado y noté que de todas las personas que estábamos allà, pocas eran conocidas mías; pero eso no era un obstáculo para que nos hablásemos con mucha confianza, como si hubiéramos sido viejos amigos.

—En todo pais extraño, hija mía, las personas que son originarias de un mismo lugar, se consideran unidas por lazos invisibles de amistad, aun cuando ni el nombre de pila se sepan; como si existiese una ley divina que así lo ordenase. Yo creo que eso obedece al recuerdo que ellos hacen mútuamente de las personas, cosas, aventuras, contratiempos y dichas, propias de su tierra natal.

—Mi padre cuenta que el suyo era originario de



una provincia de España; que cuando llegó á San Salvador se encontraba en completo estado de pobreza sin ser conocido de nadie, ni aún de sus mismos paisanos; pero que todo fue presentarse á uno de ellos para recibir el primer socorro. El timbre de voz, su aspecto, sus modales, todo indicaba á las claras que era español, y sus paisanos se dieron por bien conocidos de él y le tendieron su mano protectora.

—Eso indica, hija mía, que en lejanas tierras desaparecen los rencores si los hay, las enemistades si éstas existen, para dar expansión franca á la cordialidad, al mutuo apoyo, y á la decidida cooperación. Sin embargo, tú sabes que no hay regla sin excepción, y obedeciendo á esa máxima invariable, se encuentran casos lamentables de egoísmo refinado, pero por fortuna son muy pocos.

—Así, pues, ¿cree usted, señora, que nosotras gozaremos en el mar?

—Indudablemente, hija mía, y procura venir con el espíritu alegre y jovial como antes.

—Procuraré cumplir su encargo, y por ahora me despido de ustedes para volver á casa, porque va acercándose la hora en que mi padre cena, cosa que nunca hace, si yo no estoy presente.

—Bien, querida Elena, cumple tu deber y dile á tu padre que le enviamos un afectuoso recuerdo.

—Gracias, adios Sofía, no dejes de ir á verme para arreglar los preparativos del viaje.

—Con todo gusto llegaré, Elena mía, adios.

Elena salió algo tranquila de casa de la señora de Aguirre y no se detuvo hasta estar en presencia de su querido padre.

—¿Qué tal te fué en tu misión, hija mía? la dijo el señor de Solís viéndola llegar.

—Muy bien; Sofía me acompañará al mar.



—Entonces, pues, hay que estar listos para el próximo lunes.

—No tengas cuidado que por parte de nosotras no habrá contratiempo alguno.

La cena comenzó y Elena haciendo un esfuerzo, dió algunos bocados sin apercibirse de que el señor de Solís había comenzado ya su táctica de observación. Quería persuadirse del verdadero estado de salud de su hija.

La quería tan extrañablemente, que toda su felicidad consistía en ver á Elena fresca y lozana, dichosa y sonriente, gozando de buena salud.

—¿De modo, hija mía, que Sofía ha dicho que irá contigo? profirió el señor de Solís queriendo romper el silencio que reinaba en la mesa y hacer que Elena hablase algo para observar mejor el estado de su entendimiento.

—Por supuesto, ellas no me niegan ningún servicio, y tanto la mamá como ella, gustosas han convenido en satisfacer nuestros deseos.

—Bien, yo se los agradezco en el alma y voy á recomendar á tu amiga Sofía que no sea parca en hacerte disfrutar de las delicias del mar.

Pasados algunos instantes más, la cena se concluyó y el señor de Solís, á quien se le había ocurrido cierta idea, se levantó para ir á realizar su pensamiento.

—Voy á salir, dijo á Elena, necesito hablar con un amigo para cierto negocio, dentro de breves momentos estaré de regreso.

—Está bien, padre mío, contestó Elena, levantándose y presentando á su padre su blanca y tersa frente, en donde el señor de Solís depositó un amoroso beso, lleno de inefable ternura.

El señor de Solís salió y Elena se marchó á su habitación deseosa de descansar y concentrar las ideas


DE EL SALVADOR

y pensamientos que durante el día habían cruzado por su calenturiento cerebro.

Su primer pensamiento al entrar en la alcoba, fue hojear el librito de conchanácar y leer de nuevo la dedicatoria, pero se detuvo impulsada por un no sé qué, mezcla de temor y pesar; y en vez de llevar á cabo aquel deseo, tomó otro libro cualquiera y se puso á leer, ó mejor dicho, á hacer que leía, pues aunque sus ojos se posaron en las páginas del libro, su mente, obedeciendo á los fuertes impulsos de su corazón, vagó por rumbos distintos, no dando lugar á que Elena pudiese prestar atención á lo que leía.

Convencida de ello, cerró el libro, lo tiró sobre una mesita próxima y se entregó de lleno á sus pensamientos. El recuerdo de aquel joven vestido de negro y todos los incidentes posteriores al día de difuntos, se agolparon á su mente convirtiendo aquel tierno cerebro en un cinematógrafo viviente.

Hay que advertir que Elena, débil por temperamento, se dejaba arrastrar inconscientemente por los impulsos de sus castos sentimientos; eso la hacía sufrir lo indecible. En aquella ocasión concluyó por llorar, como de sólito le sucedía.

A Elena no le convenía estar sola, era preciso que una persona la acompañase constantemente, que la siguiera á todas partes, como la sombra al cuerpo; solamente así no tendría lugar de entregarse á sus recuerdos que tanto amenguaban su bienestar y empeoraban su salud.

Aquella soledad en que pasaba horas enteras le era perjudicial.

¡Cuánta falta le hacía su madre!

Su mejor amiga, su experta consejera.

La única persona que hubiera podido comprenderla, que con interés verdadero se empeñaría en hacer borrar, desaparecer de aquel corazón todos los



sufrimientos producidos de tal manera por un simple capricho del destino.

El señor de Solís no era suficiente: él podía quererla demasiado, adorarla; pero su condición de hombre, le ponía muy distante de ser útil á su hija en tan oportunos momentos.

El papel debía ser desempeñado por un sér de la misma especie, por una mujer; porque sólo la mujer tiene el dón de pensar y obrar como sus semejantes. El hombre piensa y obra de distinto modo, y en el caso de Elena, el señor de Solís nada podía hacer, máxime ignorando la verdadera causa y el estado de ánimo de su hija.

Si él hubiera conocido el motivo, tal vez hubiera puesto el remedio en la llaga; pero así son muchos de los designios de la Providencia: caprichosos, incomprensibles, oscuros!






DE EL SALVADOR

CAPÍTULO III.

Confidencias



El señor de Solís al salir de su casa se encaminó á la de la viuda del Coronel Aguirre.

Había mentido á su hija por necesidad, porque era preciso que no se enterara de lo que en verdad iba á hacer. El negocio con el amigo era un simple pretexto para desorientar á Elena.

Su llegada á la casa de la viuda obedecía al deseo de llevar á cabo la idea que se le ocurriera durante la cena, en vista del estado de ánimo de su hija.

Deseaba aliarse de la viuda y de Sofía para emprender la campaña contra el malestar de su Elena.

La señora de Aguirre le recibió complacida y atentamente, y después de las preguntas y respuestas de costumbre, que ambos se hicieron al verse, quedó establecida la conversación poco más ó menos en estos términos:

—Hoy estuvo aquí mi Elena para hacer una invitación á Sofía.

—Invitación que aceptamos con sumo placer, contestó la viuda.

—Mis expresivos agradecimientos por ello, dijo el señor de Solís; y . . . . ¿no notaron ustedes algo de anormal en el semblante de Elena?

—Tiene usted razón, mi hija Sofía notó en Elena un no sé qué de extraño, algo así como si sufriera mucho, como si padeciese de insomnio.



—Muy pálida, con huellas de llanto, dijo Sofía.

—Precisamente á eso obedece mi visita,—profirió el padre de Elena con acento melancólico—he venido observando en ella, cierta incertidumbre, cierto malestar que ya me preocupa mucho. Verán ustedes: hace tres ó cuatro días que la sorprendí hablando á solas, pero tan quedo, que me fué imposible enterarme de lo que decía; al cabo de un momento se levantó de su asiento y fué á sacar de la gaveta de su mesita de noche, un librito que me parece ser de oraciones; la ví leer un papelito que desdobló con mucho cuidado y después de guardarlo se sentó cerca de su cama y comenzó á hojear el libro; como ella ignorase que yo la observaba, no tomó precauciones y me convencí de que algo grave le pasa, pues durante un momento la ví hacer gesticulaciones extrañas y raras que no me explico y que me hicieron temer por su razón.—Por fin, tomó de la cama un pañuelo y ví, con sorpresa, que se lo llevó á los ojos para secar algunas lágrimas que habíanla invadido; aquello fue para mí el colmo, intenté entrar, pero me detuvo el pensamiento de que tal vez la impresionaría demasiado mi entrada brusca, en instantes tan críticos para ella, y resolví volver á mi habitación y mandarla llamar con Tomasa.— Así lo hice sin pérdida de momento y cuando la tuve en mi presencia, la dije con suma dulzura;

—Hija mía, te he mandado á llamar para conversar un rato contigo, pues desde algún tiempo á esta parte he observado que ya no me buscas como antes. Parece que el recuerdo de tu querida madre es ya el ùnico sentimiento que te preocupa y como si en mi corazón no encontrases la misma cantidad de amor para no recurir á mí, en tus momentos de tristeza.

—Padre mío, nunca he dudado de tu cariño paternal ni podré dudar jamás, porque cada día recibo de tí pruebas irrecusables de verdadero amor, el cual



casi llega á la veneración; y que yo correspondo de la misma manera, aquilatando en mi corazón todo el fuego de mi afecto hacia tí.

—Gracias, hija mía, eso me conforta, y ahora voy á hacerte una pregunta que quiero, que deseo y que te ruego me contestes categóricamente, con toda la franqueza que es peculiar en tí y con toda la confianza que entre los dos debe existir y existe; dime: ¿qué es lo que te acontece?¿porqué razón vives en ese retraimiento inexplicable?¿porqué tanto rezar? ¿porqué te encuentro pálida, indecisa y á veces llorosa?¿acaso te aqueja algún grave mal? ¿ó es que el recuerdo de tu madre no te abandona?

—Padre mío, si he de decirte la verdad, te contestesto, como tú lo deseas: yo no siento ningún dolor en mi cuerpo, ni cansancio, ni malestar alguno, duermo perfectamente y como con apetito; en cuanto al recuerdo de mi madre, este sí, no me abandona y quizá en fuerza de tanto recordarla, he concluido por creer que aun vive sólo para mí; por esa razón me veréis siempre rezando, para lo cual forzosamente tengo que encerrarme en mi habitación.---Por lo demás, no te preocupes, padre mío, que yo seré la primera en darte la voz de alarma, tan pronto como me sienta mal.

—Acepto tus razonamientos, pero permitidme que te diga que no quedo muy satisfecho, que alguna duda me roe el cerebro en fin, el tiempo dirá si yo me engaño.

—Pero, si es demás que estés pensando en semejantes cosas, cuando yo misma seré la que recurra á tu generoso corazón cuando me encuentre en un trance apurado; ya sea de salud ó de cualquier otro carácter.

—Bien, hija mía, Dios te bendiga. por tu bondad y sigue siendo la misma, pero sin rezar tanto, ni estar tan retraida en tu alcoba.

Elena sonrió y yo que no perdía ocasión para obser-



varla, me convencí de que algo de lo que me había dicho era cierto, lo demás no... después pasaron algunos días y como yo siguiera en mi plan de observación del cual ella no se ha dado cuenta, pude enterarme de ciertas cosas que me inducen á creer que á Elena le pasa algo muy particular; y recordando que usted ha sido siempre para mí una buena amiga y que Sofía ha tenido por mi hija especial cariño, no he vacilado en venir á suplicarles que me ayuden en este penoso caso.

—Puede Ud. contar con nosotras—dijo la viuda, tan pronto como el acongojado señor de Solis hubo concluido de hablar,—ayudaremos á Ud. con sumo gusto y nuestro mayor placer será patente, cuando Elena recupere su tranquilidad y vuelvan á su rostro encantador, aquellos colores naturales con que antes nos deslumbraba.

El señor de Solís se limpió con su pañuelo una imprudente lágrima y agregó:

—Es preciso, ante todo, conseguir que mi hija les diga á ustedes la verdad, ya que á mi no ha querido decírmela, quizá debido á algún temor pueril, ó porque mi condición de hombre no le da la confianza suficiente y el valor necesario para hacerlo.

—Desde mañana mismo, Sofía irá á su casa para intentar el logro de lo que nos proponemos; además, Elena la espera para hacer con ella los preparativos del viaje al mar.

—¡Ah!...esa fue otra; esta misma mañana la sorprendí lloriqueando con el libro de oraciones en las manos y para no asustarla, regresé unos cuantos pasos de puntillas y cuando creí conveniente disimulé un ligero golpe de tos y encaminé mis pasos á su habitación resuelto á jugar el todo por el todo...... ya la hallé de distinto modo, estaba arreglándose el cabello delante de un espejo y al verme se levantó presurosa para presentarme su frente; la dí el beso de



costumbre y después de un ligero sermoncito la invité á ir al mar.... ella escogió las playas de Acajutla y yo, débil ante su debilidad de niña, ni tan siquiera tuve valor para dirigirle el mar de preguntas y repreguntas que pensé hacerle. La insinué la idea de que invitara á su amiga Sofía para que la acompañase, insinuación que ella aceptó incontinenti con muestras de viva complacencia.

—Gracias....

—Yo la autoricé para que viniese hoy mismo á hacerles á ustedes esa nueva molestia.

—No es molestia, señor, Sofía irá hoy con más razón que nunca.

—Mis agradecimientos serán imperecederos.

El señor de Solís conversó algunos momentos más con las de Aguirre sobre asuntos de ningùn interès para nuestro propósito y se despidió de ellas.

Cuando el señor de Solís salió de casa de la viuda, se sentía un poco tranquilo y satisfecho del paso que había dado; no dudaba de que ella y su hija harían lo posible por libertar á Elena de aquella pesadumbre.

***

Al día siguiente, por la mañana, Sofía salió de su casa para ir á la de Elena. Iba ya convenientemente preparada por su madre para comenzar las pesquisas.

En el zaguán de la casa del señor de Solís, Sofía encontró á Tomasa la sirvienta, que salía á compras.

—¿Está Elena?

—Sí, señorita, en estos momentos está en su habitación.

Sofía que conocía al dedillo, todos los rincones de aquella casa, no se detuvo hasta llegar á la alcoba de Elena y recordando las escenas que el señor de Solís



narrara el día anterior, quiso sorprender á su amiga; y, sin llamar la atención, empujó una hoja de la puerta y entró resueltamente.

Elena se hallaba á la sazón con el librito de oraciones en la diestra. La suerte había querido que no tuviese también en sus manos, como solía suceder, la dedicatoria que tántas veces había leído; sin embargo, sorprendida de tal manera, Elena se atolondró tanto que no supo qué hacer ni què decir. Ella no esperaba á su amiga en semejante hora y por eso se había entregado á sus recuerdos con los que tanto gozaba y que siempre acababan por hacerla llorar y sufrir.

—Buenos días, mi querida Elena.

—Buenos dìas, Sofía.

—Dispensa que haya venido tan temprano, pero desde ayer que llegaste á invitarme tan generosamente, me he sentido demasiado niña y ya se me figura que no vamos á ir al mar, el tiempo se hace largo y me hallo aburrida, con que aquí me tienes á tus órdenes.... mamá no quería que viniese todavía y contra su voluntad he venido.

—Yo siempre te agradezco la visita, pues bien sabes lo mucho que me agrada tu compañía.

—Gracias, amiga mía, precisamente porque estoy convencida de la verdad de tus palabras, es porque no tengo reparo en abusar de tu confianza...... y además nuestro cariño data de mucho tiempo atrás, desde nuestra niñez....... recuerdas aquellos hermosos días en que como inocentes mariposas revoloteábamos al rededor del jardín del Colegio, jugando con las demás niñas, á la gallina ciega? ah! entonces qué penas ni qué aflicciones, verdaderamente no hay mejor época para el sér humano que los primeros tiempos de su vida, en ellos no se siente nada, ni cansancio, ni aburrimiento, ni penas y lo único que una teme, es el regaño de la maestra ó el castigo de nuestros pa-



dres; pero eso resulta leve, si se compara después con los sufrimientos á que estamos expuestas, cuando ha llegado la edad de la razón, la època de los misterios, de los secretos, es decir, la prosa de la vida.

—Què reflexiva vienes ahora!

—Ciertamente...... dijo Sofía fijàndose con marcada insistencia en el librito de oraciones que Elena no tuvo tiempo de guardar en su sitio—qué bonito ese librito ¿es de oraciones, verdad?

—Sí, es de oraciones, contestó Elena tratando de ir á guardarlo.

—Muéstramelo.

—Es igual á otros muchos que habrás visto ya.

—No, como ese nunca he visto uno igual.

Elena había ya guardado en la gaveta de la mesita de noche el famoso libro; pero Sofía haciendo el papel de curiosa incorregible y valida de la confianza, se levantó y fue á sacar el libro sin que Elena tuviera tiempo de impedírselo.

—Qué bonito! dijo Sofía hojeando el libro, es un bonito regalo.

Elena palideció un tanto y dándole la espalda á su amiga fue á asomarse á la ventana, recurso del que se valió para dar tiempo á que Sofía acabase de ver el libro y no notase su turbación.

Sofía, por su parte, mientras lo hojeaba, se decía interiormente, este es el libro de que habla el señor de Solís, este es el inseparable compañero de Elena, este es el confidente de sus querellas; ya le quitaré yo el oficio.

—Elena, dijo, alzando la voz, ¡cuánto me gustaría tener en mi poder este librito de oraciones, como un recuerdo de tu amistad!

—Buscarë otro semejante para obsequiártelo, contestó Elena un tanto perpleja por la brusca petición de Sofía.

—No quedaría satisfecha, porque precisamente es-



te es el que yo quiero conservar como un testigo mudo de tus cuitas.

—Es el caso que ese libro me sirve para mis oraciones cuotidianas.

—Tienes otros; dadme este y me habréis hecho un obsequio de mi entero agrado.

—Me pides un imposible.

—¡Ah! conque tú, mi amiga del corazón, tienes ya imposibles..... vamos explícate, ¿en qué consiste ese imposible?

—Es un recuerdo.

—Un recuerdo..... y, ¿de quién? porque este librito tan nuevecito, no puede ser de tu madre, y en cuanto á ser de tu padre..... lo dudo.

—Pero Sofía, ¿qué interés tienes en ese libro?

—El que te he manifestado, conservarlo como un recuerdo de tus congojas.

—Ya te he dicho que no puedo, porque es también para mí un recuerdo.

—Bien, pero no me has dicho de quien recibiste este recuerdo; y ahora se me ocurre ponerte en una disyuntiva; ó me lo llevo mal que te pese, ó me dices quien te lo obsequió.

—Vaya un capricho el tuyo!

—Capricho de amiga íntima que debes respetar.

—Ese libro yo lo he comprado, articuló Elena con entrecortada y tímida voz, como si le repugnara la mentira de que se valía como un recurso extremo, para hacer que Sofía desistiera de su intento.

—Razón demás para que yo me lo lleve.

Elena no pudo reprimir un ligero movimiento de cuerpo, un mohín de disgusto y contrariedad que á los ojos perspicaces de Sofía no pasó desapercibido.

—Te disgusta mi resolución?... pues lo siento... el libro es mío.

Elena convencida de que Sofía estaba resuelta à quedarse con el único recuerdo que guardaba de



aquel joven que vió por primera vez el día de difuntos y no queriendo deshacerse de una prenda de su predilección, optó por confesarle la verdad; y levantándose bruscamente de su asiento, fue á sacar de la gaveta de su mesita de noche, el papelito que contenía la dedicatoria y se lo entregó á Sofía diciéndole:

—Toma y lee.

Sofía no leyó sino que devoró con la vista aquel famoso papelito y con mal disimulada alegría la dijo:

—¿Quién es este respetuoso admirador tuyo?

—Lo ignoro.

—¿Cómo?

—Sí, lo ignoro, no sé quién sea.

—¿Y cómo es que has aceptado de un desconocido un obsequio?

Elena palideció.

—Yo no lo he aceptado.

—No lo has aceptado y lo tienes en tu poder, y no quieres desprenderte de él, y lo quieres conservar como un recuerdo! ¿cómo se explican todas esas cosas?

—Precisamente porque no lo he aceptado, porque lo quiero devolver, es por lo que quiero conservarlo.

—Permitidme que te diga que no entiendo nada de lo que me dices, un objeto que no quieres tener en tu poder y que no obstante lo guardas con mucho cuidado, un obsequio que has recibido de un desconocido y que no lo has aceptado, que lo quieres devolver y, sin embargo, no lo haces..... verdaderamente es extraño lo que me dices.

—Pero es la verdad.

—¿Con que no sabes quién es ese señor?

—No, ese ha sido el motivo que he tenido para no devolverle el libro.

—¿Y cómo lo recibiste de él?

—De un modo raro.

—Vamos, cuéntame eso.

—El dos de noviembre último, día de difuntos, fue



sábado, pues bien, el domingo fuí á misa y nada de particular ocurrió; pero hice lo propio el siguiente domingo, y entonces encontré en el cajón de mi reclinatorio ese libro, pareciéndome extraño hallarlo allí toda vez que el cajón tiene cerradura y yo acostumbro á llevar, pendiente de mi camándula, la llavecita que sirve para abrir.... Mi conciencia no me permitió tocarlo, cerré el cajón y me dispuse á orar, haciéndolo en el mío propio. Cuando se hubo concluido el oficio de la misa, me retiré de la Iglesia sin haber, ni siquiera, abierto el cajón.... durante el resto del día estuve pensando, muy á pesar mío, en el libro y en quién pudo haberlo ido á dejar á aquel lugar; por la noche me molestó mucho el mismo incidente y por fin decidí ir por él al día siguiente,....... así lo hice, fuí al templo y lo traje á casa, aquí lo abrí y de sus hojas saltó ese papelito que contiene la dedicatoria. Esta es la verdadera historia del regalo; ahora dime: ¿cómo hago para devolverlo al que me lo regaló, no conociéndole ni sabiendo dónde se encuentra? ¿le conoces tú por ventura?

—No, en verdad, no sé quién pueda ser ese sujeto.

Sofía permaneció un momento reflexionando y después preguntó á Elena:

—¿Has dicho á tu padre lo que á mí me has contado hoy?

—Aunque repetidas veces lo he querido hacer, no he podido; ignoro la causa.

—Eso ha sido lo grave del asunto, porque tal vez tu padre conozca al individuo en cuestión, y él te habría sacado del apuro. Debiste habérselo contado todo, nunca conviene ocultar á los padres de una, lo que en la vida nos ocurre, porque ellos son nuestros mejores consejeros.

—Confieso que he obrado mal.

—En fin, procuraremos averiguar el paradero de

3



ese individuo y entonces si estás dispuesta á devolverle el libro, lo haremos inmediatamente.

—Y ¿cómo te las vas á componer para llevar á cabo esa investigación?, porque yo quisiera que papá no se enterara de ello; ¡me da tanta vergüenza!

—Pierde cuidado, no sabrá nada.

—Ni tu mamá!

—Ni ella.

—Gracias Sofía.

—Y, . . . como ahora ya se hizo un poco tarde, volveré mañana, para que dispongamos algo de los preparativos de nuestro ansiado viaje al mar, ¿verdad?

—Sí, te espero mañana.

—Adiós Elena.

—Adiós Sofía.

La hija de la viuda salió de casa muy contenta por haber descubierto, como si dijéramos, la punta de aquel enmarañado ovillo; su satisfacción se le pintaba en el rostro y tan ensimismada iba, que no se fijó en la presencia del señor de Solís, que oculto detrás de un biombo se hallaba próximo á la puerta de salida de la habitación de Elena.

* * *

El padre de Elena ignorando la llegada de Sofía se encaminó como de costumbre, de puntillas hacia la estancia de su hija, con objeto de observarla un rato, antes de entrar. Al llegar cerca de la puerta se ocultó detrás de un biombo que había allí como para reservar de las miradas indiscretas de los que acertasen á pasar por el corredor, á Elena y á sus amigas.

El señor de Solís oyó hablar y reconociendo la voz de la amiga de su hija, se dispuso á escuchar sin ser visto, todo lo que conversaban. De esta manera se



034505

enteró de lo que entre ambas niñas se dijo y cuando se habló del librito y de la dedicatoria, hizo un movimiento de asombro porque él ignoraba tal circunstancia.

—Debe ser algún pretendiente de Elena,—se dijo, pensativo,—no cabe dudar, es alguno que ha emprendido el juego del amor, designando á mi pobre hija para su víctima; ya averiguaré quién es.... ahora me explico, en parte, de qué causa depende el estado de ánimo en que se halla Elena.... ¿pero cómo es que mi hija no conoce á ese sujeto y, sin embargo, le demuestra algún cariño, entregándose á sus oraciones con el libro de él en sus manos?..... no, no es posible, Elena le conoce, ó por lo menos le ha visto.

Cuando Sofía salió de la habitación de su amiga se fue directamente á su casa y el señor de Solís, regresó á su habitación reflexionando qué pasos debía dar para esclarecer aquel asunto que se le presentaba un poco oscuro.

Al cabo de un momento resolvió ir á hacer una visita á la viuda y convenir con ella y su inteligente hija, el plan de conducta que en adelante seguirían.

La viuda y su hija se hallaban haciendo comentarios respecto del regalo y de la situación de la pobre Elena.

—Seguramente está enamorada, decía la viuda.

—Así lo supongo, y lo extraño del caso es que ella no conoce al sujeto.

—No lo creo yo así,—dijo el señor de Solís entrando en la habitación en donde no se le esperaba,—he oído las anteriores palabras á tiempo que llegaba y les doy mi opinión acerca del asunto.

La viuda y su hija se levantaron; y, ya repuestas de su natural asombro causado por las palabras del señor de Solís á quien ellas creían ignorante del descubrimiento hecho por Sofía, le saludaron brindán-



dole un asiento cerca de ellas como para hablar confidencialmente:

—Conque usted ya.....

—Sí, todo lo sé.... es decir exactamente lo que Sofía sabe.

—Entonces, Elena le ha contado ya ... dijo Sofía.

—Ni una palabra he hablado con ella después que usted salió de su habitación.

—Pues no me explico, articuló Sofía, algo pensativa.

—La cosa ha sido muy sencilla, cuando usted estaba en lo mejor de su careo, llegué yo de puntillas como lo hago desde hace algún tiempo para observar á mi hija, y al escuchar su voz, resolví quedarme detrás del biombo para oir todo.....

—¡Ah!.....

—¿No les parece á ustedes muy sencillo?

—Sí, dijeron á un tiempo las dos interlocutoras.

—Pues bien, ahora que ya estamos de acuerdo todos, vamos á discutir sobre el asunto.

—Yo decía á mi hija, que seguramente Elena está enamorada, y Sofía así lo supone aunque parezca extraño tal conducta, no conociendo al sujeto.

—Eso es lo que yo no creo,—dijo el señor de Solís,—que esté enamorada, bien puede suceder; pero que ella no le conozca ó por lo menos que no le haya visto màs de alguna vez, eso no me parece admisible.

—¿Pero usted se enteró de la manera cómo el individuo en cuestión hizo el obsequio? profirió Sofía.

—Sí, empero me parece una mentirilla de Elena.

—Me lo contó con mucha ingenuidad, además ella no estaba preparada para el interrogatorio que la hice sufrir y no tuvo tiempo para pensar en las respuestas; de ahí que crea yo en lo que me dijo. Esta vez como todas las anteriores Elena ha sido muy sincera y si algùn secreto me ocultó, que tenga re-



lación con el asunto, es distinto; procuraré arrancárselo.

—Yo por mi parte no descansaré hasta dar con ese sujeto.

—Eso es, dijo hasta entonces la viuda que se había mantenido muda para dar lugar á la reflexión,—el uno de un modo y la otra de otro, darán con la clave del enigma.

—Por todos estos servicios mis agradecimientos serán siempre imperecederos, dijo el señor de Solís levantándose para despedirse.







Capítulo IV.

Continúan las confidencias.




DE EL SALVADOR

El señor de Solís salió de casa de la viuda, abrigando la esperanza de dar con el individuo, por todos los medios que la prudencia le aconsejara, pues no quería obrar de manera que el asunto trascendiera de los límites en que á la sazón se encontraba. Ni siquiera debía Elena darse cuenta de las investigaciones emprendidas por él y por la familia Aguirre; además, el motivo, la causa, ó la razón de aquellos pasos, era para él, hasta cierto punto, indecoroso y aun más para su candorosa Elena, á quien consideraba pura de toda mancha, de todo contacto con la malicia; por consiguiente, nadie, salvo la familia Aguirre, debía de enterarse de la cuestión.

De la misma manera pensaban por su parte, la viuda y su hija, quienes verdaderamente profesaban á Elena y á su padre un especial cariño y una consideración suma. Podría decirse que las Aguirre y los Solís eran una sola familia.

Cuando el señor de Solís llegó á su casa, tuvo la idea, y así lo hizo, de ir á dar una ligera pasadita por la habitación de su hija.

Elena estaba en aquellos momentos arreglando la ropa que tenía en un armario, y como diera las espaldas á la puerta del corredor, no vió á su padre que con mucho cuidado asomó la cabeza por encima del biombo para ver lo que hacía su hija.

Convencido de que ella estaba ocupada en un tra-



bajo enteramente distinto de la causa de su preocupación, se retiró pensando:

—Indudablemente la confesión que de sus penas hizo mi hija á su querida amiga Sofía, ha aliviado en parte aquella congoja que tanto la hace sufrir. Ahora creo firmemente que mi hija no debe permanecer sola en su habitación, que debe tener siempre á su lado una compañera buena, honrada y de las mismas condiciones de ella, para que la distraiga de su ensimismamiento; y esa persona no puede ser otra mejor que Sofía..... ya veré como arreglo eso...... por ahora conviene reflexionar de qué manera me valgo para descubrir el paradero de ese sujeto, averiguar quien es él, de qué familia proviene, cuál es su nombre, su profesión ú ocupación, qué intención le guía con respecto de mi hija y si es posible, parar el golpe de una vez.

Con este monólogo, el señor de Solís llegó á su habitación, tomó asiento junto á su cama y con los codos en la extremidad de sus muslos y las palmas de sus manos sirviendo de apoyo á su frente calenturienta se dispuso á meditar. Así permaneció largo rato, hasta que Tomasa, la sirvienta, llegó á anunciarle que el almuerzo estaba listo.

El señor de Solís no tenía aquella mañana, nada de apetito; pero en la creencia de que no era conveniente que su hija se apercibiera de lo que le ocurría y se entorpecieran sus planes, se sobrepuso y levantándose de su asiento se marchó en dirección del comedor, con semblante apacible, resuelto á no dar á conocer á su hija nada que la infundiese sospechas.

Momentos después de haberse sentado él á la mesa, entró Elena, resplandeciente de hermosura, con su cabellera suelta; pues pocos instantes hacía que había salido del baño.

—¿Qué tal te encuentras hija mía?

—Perfectamente bien.


DE EL SALVADOR

—¿Parece que vino á verte esta mañana tu amiga Sofía?

—Sí, estuvimos departiendo largo rato.

—Como dos buenas amigas ó mejor dicho como dos buenas hermanas, ¿verdad?

—Ella me quiere mucho y yo la correspondo de igual manera.

—Así debe ser, hija mía.... y dime, ¿qué piensas de nuestro próximo viaje al mar?

—Que seré muy felíz, que gozaré mucho, y que con Sofía no desperdiciaremos tiempo para bañarnos, correr por aquellas pintorescas playas y hacer cuanto se pueda hacer honestamente.

—Me gusta mucho el plan.

—Y tú ¿qué piensas de él?

—Nada, que conseguiré el objeto que me propongo, es decir que olvidarás por algùn tiempo, aunque sea corto, tus cuotidianas devociones; y que con ello, volverán á tu espíritu la calma y la resignación necesarias, para que tu cuerpo recupere las energías perdidas, y reboses de salud, como cuando eras muy niña.

—Gracias infinitas te doy, padre mío, por tus intenciones tan buenas y por tus deseos tan magnánimos, que abrigas por mí, por esta tu hija que sabrá corresponderte con su cariño verdadero, única moneda de que dispone, para compensar tus favores.

—Escucha, hija mia, no es favor el que yo quiero hacerte, y si favor pudiéramos llamarle, ese sería mío, quiero decir, para mí, porque yo soy el que necesito de tu salud, yo soy el que ansío tu venturanza, porque siendo tú felíz, por consecuencia natural, tendré que serlo yo también; y, ¡he ahí! el egoísmo paternal, ahí tienes el YO á quien quiero hacerle semejante favor. De modo que no tienes que agradecerme nada.

—Puede que tengas razón, pero los dictados de



mi conciencia, me dicen que á tí debo lo que soy y lo que seré y que despuès de Dios, eres tú á quien debo estar agradecida. Y si tú te escudas en tu amor paternal para hacerme todo el bien que puedas, yo emplearé toda la fuerza de mi amor filial, de mi cariño y respeto, para compensar, con algo, esos favores que tú te empeñas en negar que los haces.

—Nunca he dudado de tu generoso corazón, y son indudablemente los sabios consejos de tu idolatrada madre, las santas doctrinas que ella supo, en buena hora, inculcarte, las que hoy están fructificando, porque encontraron en tu corazón de niña, un terreno abonado con la sencillez y la buena fé.

En tanto que la conversación giraba sobre el motivo que hemos ido mencionando, los Solís almorzaban tranquilamente, al parecer; pero en el fondo, el padre observaba á la hija con mucha atención, para recoger hasta el ùltimo detalle, que le pudiese servir para el logro de sus planes; y Elena, ignorante de tales pesquisas, no advertía la mirada escudriñadora del señor de Solís.

El almuerzo concluyó y ambos, á un tiempo, se levantaron de sus asientos y despidiéndose como de costumbre, el padre se encaminó á su habitación y Elena fuese á la suya.

***

—Después del almuerzo iré nuevamente á casa de Elena,—dijo Sofía á su madre, cuando el señor de Solís hubo salido de la de la viuda.

—Sí, es necesario investigar un poco más, quizá logres arrancarle un nuevo secreto.

—Es indudable que lo tiene, porque encuentro muy razonable lo que dijo el señor de Solís, ¿cómo es posible que una niña se enamore de un hombre



por el simple hecho de recibir un regalo, sin que antes no medie ni tan siquiera una ligera mirada?...... seguramente Elena ha visto al del obsequio, le ha encontrado aceptable, tal vez ideal; y brotó en su pecho virginal, aquella planta misteriosa que todos llamamos: *amor*.

—Sí, hija mía, Elena ha visto al *galán* y ambos se han sonreído, se han sentido y se han comprendido..... Elena conoce al del regalo.

—Por eso, precisamente, iré esta tarde donde ella so pretexto del viaje; y con mucha astucia, sabré arrancarle la verdad de lo que ocurre.

La viuda y su hija siguieron haciendo comentarios.

Por la tarde, Sofía llena de fe y de esperanza, se encaminó á la mansión de su querida amiguita.

Adelantémonos nosotros para saber qué hacía la protagonista de esta historia.

Elena cuando se hubo despedido de su padre se dirigió á su habitación.

Llegóse á la mesita de noche y por milésima vez, tomó de la gaveta, el libro de conchanácar y después de leer la dedicatoria, se puso á orar; pero con tan mala devoción, que en cuanto veía y comenzaba una oración, volteaba la hoja y principiaba otra. Por fin, tiró el libro sobre la cama que tenía al lado y lanzando un suspiro misterioso y leve, quedó sumida en una meditación profunda.

Elena reconcentró todos sus recuerdos y, sin darse cuenta, comenzó á hablar de esta manera, con voz entrecortada y dèbil:

—¿Por qué será, Dios mío, que no le he vuelto á ver?.... he ido á la Iglesia para buscarle con la mirada y.... nada; cuando voy por la calle, no desperdicio ocasión y ningún hombre se parece á él.... Esta ausencia tan larga, me preocupa....... ¡ah!, pero, ¿cuál es la causa de esta preocupación? ¿cuál es la razón de que tenga, ó mejor dicho, experimente este



interés?..... no sé, y sin embargo, así sucede..... hoy que Sofía conoce en parte mi secreto, la pediré que me explique el por qué de mis zozobras, ella sabrá decírmelo; pero no, Dios mío, ¿cómo voy á hacer para suplicárselo, si experimento la misma pena que cuando quise decírselo á mi padre?; y, ¿á qué viene esa vergüenza?

Elena con el corazón intranquilo y el ánimo un tanto decaído, siguió pronunciando frases incoherentes, pero siempre girando al rededor del mismo tema. Sus reflexiones y sus ideas la llevaron á un estado, que bien podía infundir fuertes sospechas de que su razón se hallaba en grave peligro.

Varias veces, fatigada, con la mirada insegura y el semblante descompuesto, se pasaba las manos sobre su frente como para libertarse de ciertos pensamientos que la mortificaban. Sus cabellos destrenzados, en parte le cubrían su lindo rostro y en parte caían como hilos sedosos, en desarreglo, sobre sus espaldas alabastrinas.

Otras veces, se levantaba de su asiento inconscientemente, para ir á tomar un objeto cualquiera que sin fijarse en él, volvía á poner en su sitio con la misma indiferencia con que sus calenturientas manos lo habían agarrado; y era que se hallaba en uno de esos momentos de terrible indecisión, en que nada se hace con sentido fijo, en que si se piensa en algo no se raciocina, y en que las ideas vagan confusas, en completo desórden por la mente irritada.

Así, la pobre Elena, poseída de esa especie de malestar del espíritu, sufría sin poder encontrar la manera de curar su mal; primero, porque no conocía qué clase de mal era aquel, y después porque no tenía el suficiente valor de recurrir á su padre ó á su amiga Sofía para consultarles. Aquello era muy difícil para ella, lo consideraba casi imposible; y sin embargo, en repetidas ocasiones había resuelto dar



ese paso, pero su corazón, sus deseos, su decoro, su timidez, su candor herido, la hacían retroceder y su intención no se realizaba nunca, y su mal seguía criando hondas raíces, seguía tomando alarmantes proporciones, avanzando terreno, y terreno muy abonado por la ignorancia, por el deseo inocente, pueril y caprichoso, con el capricho de la niñez, no con el capricho hijo del cálculo y de la malicia.

Elena tornó á sentarse de nuevo, después de dar algunos pasos al rededor de su habitación; volvió á quedar en la misma posición de antes: con las manos sirviendo de apoyo á su frente irritada. De cuando en vez, se le oían tiernos suspiros como nacidos de lo más recóndito de su sér.

Así, en ese estado de profunda melancolía, permaneció Elena lago rato. Cualquiera al verla, hubiera dicho que estaba dormida, pues había cerrado sus ojos; pero no, no dormía, estaba pensando, cavilando, todo estaba haciendo menos durmiendo.

El reloj de pared, con la lentitud acostumbrada y sin alterar en lo mínimo su compás dió cuatro campanadas.

Eran las cuatro de la tarde.

Sofía no tardaría en llegar, tal vez estaría llegando.

Pero nada de eso pensaba Elena, que continuaba en su estado melancólico.

De repente, cuando hubo escuchado las campanadas del reloj, recobró su ánimo y arreglándose la cabellera, fue á ponerse de pechos sobre la ventana que mira á la calle.

San Salvador, como de costumbre, á esa hora en que todo el mundo se halla entregado á las faenas del trabajo, tenía sus calles casi desiertas, y la que correspondía á la casa de los Solís, aun más por no ser de las más centrales, ni estar comprendida en la zona comercial; sin embargo, uno que otro transeunte pasaba á la sazón, cuando Elena se asomó á la



ventana. Á lo lejos y en dirección sur, Elena alcanzó á divisar á su amiga Sofía que venía con paso ligero en dirección de la casa de los Solís.

—Sofía viene á verme,—se dijo, y se dirigió á su tocador para arreglarse convenientemente su cabellera y estar lista para recibir á su querida amiga.

Para que el disimulo fuese completo, Elena se puso á leer en un tomo de versos del sentimental poeta Acuña.

Momentos después Sofía asomaba cuidadosamente la cabeza por encima del biombo con objeto de sorprender á su amiga; pero al verla tan apacible, tan tranquila, leyendo en uno de sus libros predilectos, optó por dejar su escondite y entrar á la habitación de su amiga.

—Muy buenas tardes, mi querida Elena, dijo entrando resueltamente.

Elena tiró sobre la mesa el libro de Acuña y levantándose de su asiento corrió a abrazar á Sofía, quien por su parte trató de hacer lo mismo.

—Buenas tardes, la contestó Elena, cuánto te agradezco tu visita.

—¡Ah! ¿conque te complace verme aquí?

—Sí, mucho.

—Pues, lo celebro; así, de ese modo, yo también experimento mucha satisfacción, porque veo que mi venida á tu casa no es importuna.

—¡Oh! de ninguna manera, jamás he sentido la menor molestia por verte en mi casa, todo lo contrario, siempre he sentido especial gusto estando á tu lado.

—Gracias.

—Eres mi mejor amiga y conozco perfectamente la grandeza de tu corazón, para no corresponder dignamente á los sentimientos cariñosos y fraternales con que me brindas.



—Mil gracias, Elena mía, á lo dicho puedes agregar, apartando toda clase de modestia, que tú eres mucho más digna de ser querida y estimada, porque el tesoro que encierra tu bondadoso corazón es mucho más grande que el del mío; yo apenas si merezco algún afecto; pero tú, poseedora de muchos dones, con que la Naturaleza ha querido dotarte, claro está que debes ser y eres acreedora á la consideración y aprecio de tus semejantes y en particular de tus amigas que, como yo, han tenido la dicha de conocerte y estrechar contigo relaciones de franca y cordial amistad.

—Todo eso que tú me dices, es hijo de tu cariño, de tu proverbial amistad; y aunque en parte no sea cierto, acepto en todo su significado, las expresiones que acabas de lanzar, para elogiarme, para demostrarme, una vez más, que en tí, puedo contar siempre con una hermana, esto es, con una persona amiga verdadera á quien yo también estimo en lo mucho que vale.

—En fin, dijo Sofía, á quien el giro de la conversación no le agradaba mucho,—las dos nos comprendemos, las dos nos queremos como hermanas; ¿para qué estar discurriendo sobre ese asunto?

—Dices bien.

—Ahora dime, ¿qué tal te sientes de salud?

—Perfectamente.

—¿Por manera que se efectuará nuestro viaje?

—El lunes próximo.

—Bien.... y.... ¿no has tenido noticias?

—¿De quién?

—De.... vamos, de.... del joven.

—No sé á quién te refieres.

—Al del regalo! al joven del librito de conchanácar! Elena se conmovió instantáneamente, su rostro



palideció ligeramente, pero lo suficiente para que Sofía se apercibiera de aquella palidez.

—Ya te he dicho que no le conozco, articuló con voz entrecortada, la pobre Elena.

—¿Qué no le conoces?

—No, mi querida amiga.

—A ese *no,* no le doy ningún valor.

—¿Por qué?

—Porque dudo mucho de su verdadera negativa.

—Y sin embargo, es muy verdadero, porque jamás he tenido relaciones de ninguna especie, con la persona que me ha hecho el obsequio.

—Eso sí, no lo dudo, porque de lo contrario yo sería una de las que le conocieran, conociéndote á tí, desde hace mucho tiempo.

—Y, ¿entonces?

—Mi duda consiste en que tú me dices que no le conoces.

Elena no contestó, pero en su semblante dejó traslucir algo que á Sofía indicaba que estaba en lo cierto.

—¿Por qué me ocultas la verdad? ¿no ves que yo puedo serte útil? ¿ó ya no tienes confianza en esta tu amiga que tánto te quiere?

Elena, por única contestación lanzó un suspiro muy leve y su mirada cambió de posición, quitándola del rostro de su amiga para dirigirla á otro punto de la habitación, como para disimular y evadirse de la contestación.

Pero á Sofía no se le escapó ese detalle y, fuerte en su propósito, acercó su asiento á la silla en que estaba su amiga, y tomándole cariñosamente una de sus manos, la dijo en tono meloso:

—Confiésame la verdad, tú conoces al sujeto en cuestión.... ó por lo menos le has visto más de alguna vez.

—Te repito que no le conozco—dijo Elena osando ver á la cara de su amiga.



—Pero ¿le has visto, no es verdad?

—Y cuál es tu interés en saberlo?

—Un capricho de tu amiga que te quiere y que como tú, también tiene corazón para amar.

Elena que, como ya lo habíamos dicho, tenía el firme propósito de hacer de Sofía su confidenta, y que momentos antes de la llegada de su amiga, se había convencido de la necesidad de contárselo todo para que ella le explicase la causa de su malestar, de aquel desasosiego que tanto la hacía sufrir, halló ocasión propicia para llevar á cabo su intento y por esa razón, cuando Sofía hubo dicho las anteriores palabras, se revistió de suficiente valor y contestó tímidamente:

—Pues bien, sí, le he visto dos veces.... ó mejor dicho, creo haberle visto.

—¿Cómo?, ¿crees tú haberle visto?

—Sí, así es la verdad.

—No comprendo.

—Escucha y comprenderás fácilmente que lo que te digo no es nada inverosímil.

—Bien, habla, quiero saber cómo pudo suceder eso.

Elena se limpió con su perfumado pañuelo blanco, unas gotitas de sudor que estaban adheridas á su frente tersa y blanca, también pasó su pañuelo por sus ojos, quizá para desprender alguna làgrima importuna y después de coordinar mejor sus recuerdos habló de esta manera:

—Para el día de difuntos, en este año, mi padre y yo dispusimos ir á colocar una ofrenda floral en la sepultura de mi madre; y con efecto, cuando ya tuvimos todo listo, con Tomasa, la sirvienta, y mi padre, en un carruaje de alquiler nos dirigimos al Cementerio General.... llegamos á la sepultura de mi madre, y; ¿cuál no sería nuestra sorpresa al ver colocada á la cabecera de la bóveda que cubre los restos de mi



madre, una hermosa corona de ciprés adornada con siemprevivas y una tarjeta en el centro, pendiente de unos hilos de seda negra, que decía así: «A LA MEMORIA DE LA INOLVIDABLE MATRONA DOÑA MARTA DURÁN DE SOLÍS, RECUERDO DE UN AMIGO FIEL QUE NO LA OLVIDA»...... mi primer pensamiento fue el de averiguar quién había ido generosamente á colocar aquella ofrenda que atestiguaba el recuerdo que por mi madre sentía; coloqué, ayudada de Tomasa, las coronas y ramilletes que yo había llevado y me postré para orar un rato por el alivio y descanso del alma de mi madre,..... cuando hube concluido mi oración, me puse de pié é inconscientemente, recorrí con la vista los diversos puntos del Cementerio y por entre unos frondosos cipreses, mi mirada tropezó con la de un joven vestido de riguroso luto que me veía con suma atención..., en aquel mismo instante, Sofía, experimenté por primera vez una sensación, extraña para mí, enteramente nueva, incomprensible y vaga, á la cual no le dí importancia alguna.....

Elena reprimió un suspiro y Sofía aprovechando el tiempo para desplegar sus labios, dijo:

—Ese es el joven del regalo!

—No sé, contestó Elena.

—¿Cómo?

—Escucha.... el choque de nuestras miradas casi fue instantáneo, fugaz, pero bastó para que yo, sin quererlo, me fijase en el joven vestido de negro..... dirigíme á donde estaba mi padre y dispusimos regresar á casa.... el carruaje nos esperaba á la puerta del Cementerio, cerca, muy cerca de la meseta que rodea la Ceiba; y, á tiempo de subir al vehículo, mi vista volvió á tropezar con la del joven que, reclinado junto al tronco del árbol, estaba viéndome con marcada atención, con semblante risueño y amable..... de nuevo volví á experimentar aquella sensación ex-



traña, que sintiera junto á la sepultura de mi madre, como si aquel joven tuviese poder para sugestionarme con su mirada.... por esa razón quizà, me dí cuenta exacta de que él me contemplaba á mí, exclusivamente á mí, de entre la multitud que había ido al Cementerio y que llenaba por completo la plazoleta en cuyo centro se levanta majestuosa é imponente la vieja é histórica Ceiba.... aquel estremecimiento que sintiera por segunda vez, ante la mirada del joven, me sugirió la idea de que bien podría ser él, quien hubiese ido á colocar la corona de ciprés en la sepultura de mi madre; y esa idea tomó proporciones tan grandes y tan rápidamente, que el sentimiento de la gratitud se despertó con fuerza en mi corazón; y dando por cierto, que él era el autor de aquella piadosa ofrenda, en el fondo de mi sér sentí grabada su imagen tan exacta, que continuaba viéndole sin tenerle delante. El carruaje llegó á casa y nosotros descendimos de él. El día lo pasé en un continuo pensar, muy á pesar mío, sobre el incidente del Cementerio y mis reflexiones llegaron á tal punto, que no me fue posible conciliar el sueño, sino ya muy entrada la noche..... al día siguiente fue domingo, y como de costumbre, fuí á oír la misa mayor á la Iglesia de Santo Domingo.., y... allí le volví á ver, estaba vestido de negro y de pié junto á un confesionario... me saludó cortesmente con una ligera inclinación de cabeza, saludo al cual contesté del mismo modo, no sin dejar de experimentar la misma sensación extraña é incomprensible.

Pasé los seis días de la semana con el alma intranquila sin alcanzar á comprender la causa; el recuerdo del joven, la corona de ciprés, su mirada expresiva, su talante, todo eso invadía mi pensamiento y llegué á sentir una especie de confusión de la cual quería libertarme, no obstante que yo misma sentía deseos de no abandonar.



Amaneció el siguiente domingo y fuíme á la Iglesia para oír la misa mayor como de costumbre; pero allá en el fondo de mi sér, había un ligero deseo de ver de nuevo al joven vestido de negro.... cuando entré al Templo, dirigí una mirada furtiva y sentí cierto pesar por no verle..... no había llegado, no estaba, ¿qué sería de él?...... con paso inseguro llegué á mi reclinatorio y al abrir el cajón para sacar mi libro de oír misa, encontré aquel librito de conchanácar de que ya te he hablado y cuya historia ya conoces.

—Y ¿has vuelto á ver al joven?

—En ninguna parte.

—Pero, ¿crees tú, que el joven del regalo y el del Cementerio sean una misma persona?

—No sé cómo contestarte esa pregunta; precisamente eso es lo que tanto me ha dado en qué pensar, por eso mismo te aseguraba la vez pasada, que yo no conozco á ese individuo, que no sé quién sea; y, aunque en el fondo de mi corazón abrigo la esperanza de que sea él el joven vestido de negro, que tres veces únicamente he visto, y á quien supongo autor de aquella ofrenda, no puedo asegurarlo, porque lo ignoro.

—Ciertamente, es extraño lo que pasa.

—Ahora dime, Sofía, explícame ¿qué es lo que por mi sér está pasando? ¿qué nombre lleva este mal que me hace sufrir? yo he recapacitado, he cavilado mucho, y no doy con la razón, el porqué de ese interés que siento por el joven vestido de negro, cuya ausencia tanto me ha preocupado sin quererlo, á punto de no sentir sosiego durante todo este tiempo atrás.

—Ese interés, Elena, puede llevar distintos nombres y no sería yo quien le aplicase uno de tantos, por temor de incurrir en un lamentable error.

—Pero puedes indicarme esos nombres.



—Ante todo, dime, ¿has dicho algo de lo que te pasa á tu padre?

—No, aunque he tenido varios impulsos.

—Ha sido una lástima.

—Tienes razón; pero un temor inexplicable me ha detenido y aun me detiene, muy á pesar mío.

—¿Quieres que yo se lo diga?

—No, Sofía, no vayas á decirle una palabra de lo que te he contado, no quiero que él se entere, tal vez le haría sufrir.

—Sin embargo, sería lo más conveniente...

—No, Sofía, por Dios, no le vayas á decir nada!

Sofía pensó que si insistía en contar al señor de Solís lo que ocurría á su querida amiga, ésta podía callar algo más de lo que tal vez tenía en secreto, y por esa razón desistió de su empeño.

—Bien, dijo, nada le diré; pero quiero darte un consejo que te servirá de mucho: es preciso que olvides por completo á ese joven, al del libro de conchanácar y todos los incidentes que han ocurrido desde el día de difuntos; yo los juzgo insignificantes y sin ningún valor, por manera que tú no debes dar importancia alguna á esos acontecimientos que en la vida de una, se repiten á cada rato, es preciso ser fuerte y no dejarse llevar de los primeros impulsos de un sentimiento desconocido..... voy á retirarme y volveré mañana.

Al concluir de expresarse así, Sofía se levantó de su asiento y al ir á despedirse de su amiga con un fuerte y cariñoso abrazo, notó que de los lindos ojos de su querida Elena, bajaban lentamente dos lágrimas cristalinas.

Las dos sintieron una conmoción en todo su sér.

Las dos se vieron un instante y se comprendieron.

Sofía estaba ya convencida de que su amiga había comenzado el dulce calvario del amor.

Elena, tímida y confusa, daba gracias á Dios de



tener á su lado á una amiga verdadera, fiel y bondadosa que podía servirle de confidenta.

Almas grandes y vírgenes las dos, comprendieron, sintieron todo el fuego, todo el ardor de una juventud ávida de experimentar goces inefables, desconocidos.

Sofía calculaba en su interior cuál era la verdadera situación de Elena y ésta ignorante, sólo veía en su amiga una especie de tabla de salvación.

Pasado un instante de tierno arrobamiento, las dos amigas volvieron á confundirse en un solo y apretado abrazo, sus rostros se juntaron y el calor de la sangre hacía saltar á sus mejillas un color de rosicler encendido; de sus ojos brotaron lágrimas y sus corazones latían con más fuerza.

Sofía fue quien primero se serenó y tomando entre sus manos la encantadora cabeza de Elena depositó en sus mejillas un beso fraternal al cual correspondió su amiga, con un tierno suspiro acompañado de una sonrisa leve pero muy expresiva.

Momentos después las dos amigas se separaron.



CAPÍTULO V.

Remembranzas.



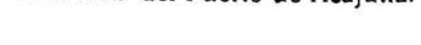

DE EL SALVADOR

Veinte años atrás á la época en que ocurrieron los hechos que hemos venido narrando, uno de los vapores de la línea de Panamá á San José de Guatemala, el «Columbus» que á la sazón se hallaba anclado en la rada de La Libertad procedente de Ancón y puertos intermediarios, se alistaba para zarpar con rumbo á Acajutla y San José de Guatemala.

En la tarde del día 8 de diciembre de 1861 el «Columbus» majestuosamente tranquilo, recibía en su seno los últimos fletes de la carga que había de llevar á lejanas playas y comenzaban á embarcarse los pasajeros que emprendían el viaje.

Cuando todo estaba ya listo, el Capitán del «Columbus» después de recibir la orden del zarpe, dió sus últimas instrucciones y la máquina comenzó á funcionar. Algunos pasajeros, embargados en la contemplación de la inmensidad del Océano, se quedaron sobre cubierta para admirar, más á su gusto, tan vasta cantidad de agua, paseándose á lo largo de las bandas, recibiendo en su rostro las caricias de la brisa del mar y dilatando sus pupilas para abarcar con la vista cuanto más podían, los lejanos límites del gran charco.

Serían poco más ó menos las once de la noche cuando el infortunado «Columbus» por el punible descuido de los encargados de manejarle, varó sobre un arrecife de la Punta Remedios á tres millas casi, de la rada del Puerto de Acajutla.





La noche estaba serena y la brisa sosegada.

Todo el mundo dormía tranquilamente, y sobre cubierta dos pasajeros fumando sendas pipas de aromático tabaco, conversaban sentados sobre un rollo de cable, junto á la banda derecha del navío.

Á poco, se levantaron para irse á recostar y dormir un rato, pero al llegar á sus camarotes rodaron por el piso á impulsos de un fuerte é inesperado raspón que la nave sufrió sobre una de las rocas del arrecife; tras ese primer choque, se sucedieron otros, y la confusión entre los pasajeros se dejó sentir con todo su pavor. Unos corrían sin saber para qué por uno y otro lado, otros se dirigían á cubierta; y, entretanto, el Capitán del barco, con toda energía y serenidad, hizo cuanto estuvo de su parte para restablecer el orden. Mandó á los de la tripulación que trabajasen con esmero y prontitud para tratar de sacar la nave de entre las rocas; pero todo esfuerzo resultó infructuoso y así tenía que ser por uno de los decretos de la Providencia; porque si se hubiera logrado sacar al «Columbus» de aquella peligrosa situación y se le hubiese llevado á un lugar de bastante profundidad, se habría ido á pique en tan pocos instantes, que toda salvación personal hubiera sido ilusoria, pues á la media hora del primer raspón contra las rocas, ya había tanta agua dentro como afuera.

Esto mismo comprendió el Capitán y ordenó á sus subalternos que suspendieran sus trabajos en ese sentido. El peligro no consistía en que pudiera hundirse, pues ello era imposible estando varado; el riesgo consistía en que el buque se hacía pedazos con estrépito aterrador y que cada instante que pasaba, la nave sufría deterioros de tal magnitud, que pronto quedaría reducida á un montón informe de tablas.

Á la hora de haberse varado, la bomba alimenta-



dora de una de las calderas, reventó produciendo un estruendo tal, que el pánico en los pasajeros y tripulantes llegó á su colmo; el departamento de fogoneros quedó totalmente inundado de agua hirviente y los fuegos quedaron apagados no pudiendo trabajar más la máquina. Mientras tanto, la nave seguía haciéndose mil pedazos, entre las lamentaciones aflictivas de los que aun permanecían en su averiado seno, y el crugir constante y progresivo de su maderamen.

Cuando el Capitán comprendió que todo esfuerzo por librar la nave era inútil, ordenó que fuesen en un bote del infortunado «Columbus» al Puerto de Acajutla, que, como hemos dicho, distaba del lugar de la catástrofe, aproximadamente unas tres millas, á traer una de las grandes lanchas que sirven en el Puerto para la carga y descarga.

La lancha llegó á cosa de las cinco de la mañana y en aquel instante, todo el mundo se lanzó en completa confusión. Ya era tiempo!

Cuando la lancha y dos botes del «Columbus» se habían retirado del buque cerca de dos millas, éste se partió por la mitad hundiéndose inmediatamente toda la proa.

Al amanecer del día siguiente ya no se veían vestigios de aquella nave que en noche trágica vino á perecer entre las rocas de Punta Remedios, dejando en playas salvadoreñas á pasajeros náufragos y tal vez empobrecidos.

Del cargamento nada se pudo salvar, todo se fue al fondo del mar; y en cuanto á los equipajes, raro fue el pasajero que logró salvar el suyo.




DE EL SALVADOR

Entre los náufragos del «Columbus» se hallaba un caballero español. Llamábase: Jorge Sanfeliz.

Este sujeto, atraído por las noticias que recibiera en su país natal, de que en Centro-América era fácil reunir, con poco trabajo, un capital suficiente para todas las comodidades que requiere la vida en Europa, realizó cuanto poseía y tomó pasaje en uno de los vapores trasatlánticos que hacían la travesía por la vía de Panamá.

La suerte quiso que Sanfeliz tomara pasaje en Ancón á bordo del «Columbus» para que perdiese lo poco que tenía, precisamente cuando llegaba al término de su viaje.

No por eso, Sanfeliz, perdió sus esperanzas, ni su espíritu emprendedor sufrió menoscabo alguno; todo lo contrario, se revistió de mayores energías y comenzó la lucha por la vida, trabajando primeramente en Sonsonate.

La suerte que se había propuesto serle adversa, no le dejó prosperar y pasó largos dos años trabajando sin conseguir fruto alguno.

El clima tropical no le sentó bien y adquirió muy pronto nuestra enfermedad endémica: el paludismo.

Con la salud sumamente resentida por las contínuas manifestaciones de la enfermedad, se trasladó á San Salvador con objeto de someterse á un tratamiento médico serio y constante; pero como carecía de todo recurso, tuvo que ingresar al Hospital. Probablemente el cambio de clima efectuó en él una mejoría al poco tiempo.

Se sintió con fuerzas para trabajar y pidió la alta que le fue concedida en el acto.

Sanfeliz salía de aquel templo de caridad, sin un centavo en el bolsillo, sin más ropa que la que llevaba puesta y sin contar con un amigo que le tendiese la mano; pero llevaba la fé en Dios y la esperanza



de obtener trabajo de alguna manera, para lo cual se creía fuerte y con suficientes energías.

El azar le llevó á las puertas de la casa de los Durán.

Esta familia era en aquella época, una de las más bien acomodadas y relacionada con lo mejor de la sociedad capitalina; se componía del señor Durán, su digna esposa y tres hijos: dos hembras y un varón; entre las hembras, la mayor contaba á la sazón diez y ocho años de edad y se llamaba Marta.

Un corazón todo bondad, una alma generosa y sencilla, dotada de todas las virtudes, Marta era por su índole, por su carácter y por su belleza, el encanto de la familia Durán y de todas las amistades que frecuentaban la casa.

Una de las virtudes que más predominaba en el corazón de Marta era el sentimiento de la caridad; jamás pudo escuchar de labios de sus semejantes queja alguna, que no se aprestase á oirla con el corazón enternecido; y, con muy buena voluntad, auxiliaba al menesteroso, protegiéndole siempre incondicionalmente.

Marta Durán era el paño de lágrimas de la mayor parte de los pobres de San Salvador, todos ocurrían á ella para cubrir sus necesidades; y los padres de Marta que conocían el lado flaco de su hija, jamás le pusieron obstáculos para que ejerciera en favor de sus semejantes esa virtud excelsa.

Jorge Sanfeliz tuvo la oportunidad de ser recibido por Marta, quien se hallaba sola en los momentos en que él llegó fatigado y desconsolado á tocar las puertas de aquella casa generosa.

Sanfeliz saludó tristemente á Marta y con voz quejumbrosa, le expuso su lamentable situación para implorar al fin de la historia, un pequeño favor mientras su suerte, cansada de hacerle sufrir, le levantaba la terrible consigna.



Marta como de costumbre escuchó atenta las quejas de aquel individuo á quien ella jamás había visto, y con lágrimas de compasión en sus hermosos ojos, le ofreció su casa para que se albergara en ella las veces que tuviese por conveniente y desprendiéndose de su pecho un valioso collar de oro, lo puso en manos de Sanfeliz diciéndole:

—Haga usted el uso que quiera de esta alhaja.

Sanfeliz tembló ante semejante acción generosa; y, ofuscado, no supo de momento articular palabra; sólo se atrevió á ver con suma admiración á aquél ángel de bondad.

Pasado un instante y repuesto de su natural confusión, se expresó en estos términos:

—Señorita, voy á aceptar este inmenso favor que vuestro generoso corazón me concede; primero, porque procediendo de esas manos bienechoras, temo ofenderla no recibiéndolo y después, porque creo poseer un corazón lo suficientemente noble para saber agradecerle eternamente este servicio que liga mi existencia con la de un ángel, por medio de los lazos de la gratitud.

—Puede usted estar seguro, señor, que esta acción mía, la considero como un deber; y, por consiguiente, queda relevado de todo agradecimiento. Si la suerte sigue siendo adversa para Ud. le quedaré altamente agradecida si me busca.

Sanfeliz se arrodilló ante Marta y respetuosamente tomó una de sus manos para depositar un beso casto y limpio de toda malicia, y lleno del más puro agradecimiento.

Momentos después Sanfeliz salía de casa de los Durán.

Iba con el corazón pleno de gratitud para Marta y con el pensamiento fijo en la idea de que todavía se encontraban en la tierra, ángeles de bondad y de dulzura que sabían mitigar las penas agenas.



Cuando su espíritu recobró la calma necesaria, su primer pensamiento fue el de empeñar aquella alhaja para atender á sus primeras necesidades y después, con su trabajo, recuperarla de nuevo y devolvérsela á Marta.

Como en aquella época no habían establecimientos de préstamos sobre prendas, Sanfeliz pasó el resto del día sin encontrar quien le facilitara algo sobre aquella valiosa alhaja. Por la noche, cansado de tanto andar y fatigado por el hambre, fuese á casa de un joyero á quien le propusiera desde por la mañana, el préstamo de dinero sobre el collar; pero el joyero, firme en su resolución, no quiso darle nada sino era por compra de la alhaja.

Por fin convino Sanfeliz y recibió del vendedor de joyas la suma de ciento cincuenta pesos por el collar.

Con aquél dinero se procuró un poco de ropa y sin desmayar un instante, al cabo de tres días de fatigas, encontró ocupación en una tienda de abarrotes propiedad de un paisano de él.

Excusado parece decir que Sanfeliz no perdió de vista á Marta, de quien recibiera tan señalado favor, en instantes tan angustiosos para él; por supuesto que su objeto era admirar en ella á su ángel de salvación, y no á una simple mortal á quien se le pudiera profanar.

Para Sanfeliz, Marta era inviolable y hubiera dado la vida antes que consentir en que de algún modo se le hiciese sufrir.

Por lo que respecta á Marta, instantes después de la salida de Sanfeliz, no volvió á acordarse del incidente; así ejercía ella, el divino sentimiento de la caridad.

Sanfeliz siguió trabajando con verdadero empeño en la tienda de su paisano y se hizo querer de él á punto de que se consideraba seguro de prosperar.



Cuando sus ocupaciones se lo permitían, solía darse una pasada por la casa de Marta con el único fin de verla, que ya para él, era aquello una especie de necesidad vital.

En una de tantas ocasiones, observó que otro individuo rondaba la casa de su protectora y se propuso averiguar quién era y con qué intenciones andaba cerca de aquel lugar para él muy sagrado por habitar allí su ángel bueno.

Sanfeliz intranquilo se afirmó en su generosa idea y no perdió de vista, desde aquel día, al individuo en cuestión.

Poco tiempo después supo que aquel personaje era el apuesto caballero don Julio de Solís, que pretendía con amores castos á la bondadosa Marta, á quien había elegido para formar con ella su hogar.

Sanfeliz supo también que á Marta no le desagradaban las nobles pretensiones del señor de Solís, y convencido de que las cosas marchaban por el camino de la nobleza, desistió de su espionaje voluntario, sin que ninguna de las dos personas objeto de sus atenciones, se apercibieran de las maquinaciones de él.

El señor de Solís logró, bien pronto, ser presentado en casa de Marta y muy luego dió à conocer sus intenciones. Como pertenecía á una familia honorable y rica, los padres de Marta consintieron en dársela por esposa.

La boda se efectuó y Sanfeliz la presenció de incógnito.

Tres años llevaba Sanfeliz de trabajar en el almacén de su paisano, cuando éste resolvió enviarle á Guatemala para que, como socio de la casa comercial, se pusiera al frente de una semejante en aquella capital. Sanfeliz aceptó la propuesta y un día, con el corazón entristecido por la idea de que ya no volvería á ver á su Marta, para él tan querida y tan



respetada, se fue á Guatemala, no sin antes darse una pasadita por la casa de ella para verla por la postrera vez.

Desde el día en que Sanfeliz llegara en buena hora á casa de los Durán, su suerte cambió por completo y hasta consiguió el restablecimiento de su quebrantada salud.

En Guatemala los negocios prosperaron rápidamente y muy pronto Sanfeliz se estableció por su propia cuenta, separándose de su paisano en muy buenas relaciones de amistad y de comercio.

Sanfeliz contrajo matrimonio en Guatemala con una hija de otro paisano, rico también y de buena familia.

La suerte caprichosa siempre que se trataba de él, le envió un hijo al cabo del primer año de matrimonio; pero para su desgracia, le quitó, con tal suceso, á su querida esposa.

Semejante desgracia la resistió Sanfeliz con valor estoico, y se propuso criar á su hijo y educarle en los sentimientos nobles de su corazón.

Cuando fue oportuno, cumplió el precepto ritual de la Iglesia católica qué, como buen español, profesaba con fé y constancia; llevó á la pila bautismal á su hijito é hizo que su padrino le inscribiera con el nombre de él; quería que hubiese en el mundo otro Jorge Sanfeliz á quien tal vez la suerte no fuera tan adversa como había sido para él.

*
* *

El señor de Solís también se vió favorecido de la Providencia, con la venida al mundo de su muy querida Elena, único vástago que la suerte le deparara; y el hogar que compartiera con la virtuosa Marta



permaneció feliz durante largos años, sin que una nube viniese á empañar el cielo esplendoroso de la mansión de los Solís.

Crecían, pues, ignorando cada uno la existencia del otro: Jorge Sanfeliz, hijo, en Guatemala y la bella Elena Solís Durán en San Salvador.

Así transcurrieron muchos años..

De este modo fue, cómo la familia Solís y la viuda del Coronel Aguirre y su apreciable hija ignoraban por completo la existencia de otros seres que debido á la magnanimidad de Marta sentían por ellos un afecto profundo y un respeto tan grande.

Don Jorge conocía á los Solís y también á la viuda á su hija, pero él había tenido siempre el capricho de permanecer desconocido para ellos.

Cuando las necesidades se lo exigían ó sus ocupaciones se lo permitían, Sanfeliz dejaba sus negocios en Guatemala y venía á San Salvador con el único objeto de ver durante algunos pocos días á Marta. Esto era para él, algo así como una necesidad; el fuego intenso de su reconocimiento y ¡quien sabe si no habría mucho de amor! le pedía una tregua de calma, un lenitivo que apaciguara su sed de cariño y de gratitud; para eso, para verla y sentir el alivio necesario á su espíritu, para eso venía únicamente.

Y llegaba á San Salvador.

Y lo primero que hacía era buscar en su casa y después en los paseos públicos ó en los Templos, á su querida Marta.

Sanfeliz conocía perfectamente, como todo un correcto caballero, sus deberes; sabía qué clase de conducta debía observar en presencia de Marta virtuosa, de Marta casada, de Marta madre, de Marta su protectora, de aquella criatura excelsa y plena de bondad y dulzura.

Y por eso cuando Sanfeliz lograba encontrar en alguna parte á *su Marta,* como él la llamaba en su inte-


DE EL SALVADOR

rior, un sentimiento de profundo respeto y veneración invadía todo su sér; y si algún pensamiento pecaminoso había abrigado antes en su cerebro, la irradiación de luz divina, que acompañara á Marta, hacía borrar, desaparecer toda idea de pecado en el cerebro y en el corazón de Sanfeliz.

¡La veía!

Se extasiaba en su contemplación, apartándose lo suficiente para que ella no le viese.

No quería que su mirada tropezara atrevida è insolente con la mirada dulce y apacible de Marta.

Y todo él se convertía en ojos, en ojos para contemplar al sér á quien tanto venerara!

Así era enteramente feliz!

Y cosa rara en el corazón de aquel hombre.

En presencia del señor de Solís, del esposo de su querida Marta, ningún sentimiento avieso experimentaba.

Ni la envidia, ni el despecho, ni los celos habían jamás encontrado terreno en el corazón de Sanfeliz, antes por el contrario, un respeto y un afecto inexplicable, pero verdadero, sentía por aquel caballero, dueño de su más preciada prenda.

Y había una razón para ello.

¿No era para Marta, aquel hombre, su esposo?

¿No sentía por él una pasión sublime, grande?

¿Marta al lado del señor de Solís, no era dichosa?

¿Á qué interrumpir, pues, la dicha y venturanza de su Marta, con pesares que él procurase con sus celos ó con una conducta incorrecta?

Este era el escudo, ó mejor dicho, la valla infranqueable que hacía del señor de Solís una persona inviolable. Sanfeliz no se atrevería jamás á ofender á aquél en lo más mínimo.

Era de su Marta y, por consiguiente, Sanfeliz cuidaría de él, como cuidar de su propia Marta.



Cumplida su misión en San Salvador, Sanfeliz regresaba á Guatemala con el corazón entristecido.

Esta fue la conducta que observó durante largos años el protegido de Marta, sin que sus familiares y amigos se apercibieran de ello.

Por fin la suerte marcó la fecha en que Marta debía rendir el tributo debido á la madre tierra, y Sanfeliz se hallaba á la sazón en San Salvador.

Con el corazón traspasado de dolor asistió á los funerales de su muy querida Marta, y cuando todos los que acompañaron el féretro, se hubieron retirado del Cementerio, él con lágrimas en los ojos y santa devoción, dobló sus rodillas y elevó preces por el eterno descanso del alma de aquella mujer ejemplar, de aquel sér generoso y limpio de toda mancha.

Varios dias permaneció Sanfeliz en San Salvador, después del fallecimiento de Marta, y los dedicó á llorar su desventura, algunas tardes se encaminaba silenciosamente hacia el Cementerio con objeto de visitar la tumba que guardaba los venerandos restos de aquella santa mujer.

Allí en aquel recinto sagrado, experimentaba los más dulces sentimientos y á la vez los más acervos dolores, al considerar que ya su Marta jamás volvería á aparecer ante sus ojos ávidos de verla y contemplarla, como en mejores tiempos y en días más felices.

Quizá el señor de Solís no sentiría tánto la ausencia de su digna esposa y amante compañera, como lo llegó á sentir Sanfeliz.

Y fue que Sanfeliz vivió únicamente para rendir siempre eterno tributo de agradecimiento hacia aquel sér, para él excelso y venerable.

Pasaron varios días muy tristes para nuestro hombre, y calculando que su salud podría resentirse, resolvió regresar á Guatemala para hacerse cargo nue-



vamente de sus negocios y tratar de olvidar de alguna manera semejante desgracia.

En el primer vapor que pasó rumbo al Norte, Sanfeliz se embarcó resuelto á no volver más á San Salvador, en donde dejaba sepultado aquello que más llegó á apreciar en el mundo después de los seres que le dieron la vida.

Pero al siguiente año, por la misma época, Sanfeliz tuvo necesidad de hacer un viaje á San Salvador, para atender á algunos negocios. Aprovechó entonces la oportunidad de darse una pasada por el Cementerio y visitar, con mucho respeto, el lugar en donde permanecían los restos de su inolvidable Marta.

Esta conducta,—como era natural, dado el empeño de ocultarse en que persistía Sanfeliz,—era desconocida para el señor de Solís y para su encantadora hija, quienes ni siquiera tenían idea de que pudiera existir un hombre que guardara los mejores recuerdos de su deudo y que venerase con tanto respeto su memoria, como solamente ellos lo podrían hacer.

El tiempo pasó.

Elena desconsolada y triste también pasó el otro año de luto, viviendo del recuerdo de su madre y en medio de oraciones, hasta el día memorable en que su destino, puso al joven vestido de negro ante sus ojos en el Cementerio General, y el día en que encontrara en el cajón de su reclinatorio el famoso librito de conchanácar con la dedicatoria que tanto había leido.

Entonces Elena se entregó á otra clase de recuerdos, por supuesto, sin olvidar el de su madre.

Ya nuestros pacientes lectores, están enterados de la vida que llevó la hermosa hija del señor de Solís. Ahora procuraremos narrar de qué manera se sucedieron los demás hechos que dieron márgen al deseo de escribir esta pequeña historia.

Pasemos á otro capítulo.





CAPÍTULO VI.

La corona de ciprés.




DE EL SALVADOR

Los negocios de Sanfeliz marchaban por aquella época admirablemente, á punto de creer él, que muy en breve llegaría el tiempo en que podría descansar de todas sus fatigas y desvelos.

Se acercaba el día de finados y estando aun en Guatemala, se formó el propósito de venir á San Salvador á colocar un recuerdo en la tumba de la que había sabido enjugar sus lágrimas en ocasión tan aciaga para él.

Preparó el viaje con objeto de realizarlo en el primer vapor que tocase en Acajutla.

Su hijo Jorge le acompañaría por primera vez, con intención de que él participase de lleno en el cumplimiento de aquel sagrado deber de gratitud.

Así las cosas, sobrevino á Sanfeliz un percance que imposibilitó su proyectado viaje.

Una repentina enfermedad, le obligó á guardar cama, y entorpeció sus proyectos; pero queriendo que sus deseos se vieran colmados, en parte siquiera, llamó á su hijo y le habló de esta manera:

—Hijo mío, como te manifesté en días pasados, me había prometido hacer, muy en breve, un viaje á la capital de la vecina República, con objeto exclusivo de hacer una visita á la tumba de la santa mujer de que tántas veces te he hablado y para quien quiero que tú guardes todo el respeto y veneración á que el sentimiento de la gratitud te obliga, desde



que ella con tan suma bondad, supo aliviar un día, las penas de tu padre; pero desgraciadamente la suerte ha querido entorpecer mi proyecto y aunque ya me siento bastante mejorado, el doctor ha dicho que no debo hacer el viaje porque expondría mi delicada salud á una crisis que podría serme fatal.

—Así lo creo yo también, y respetuosamente te aconsejo que sigas en todo, las indicaciones del médico.

—Sí, está bien; pero es el caso que ya está muy cerca la fecha en que todo San Salvador ocurre al Cementerio para colocar en las sepulturas de sus queridos deudos, ofrendas que patentizan sus recuerdos imperecederos, y yo, que, como sabes muy bien, tengo allá en aquel sagrado rincón, una deuda de gratitud, no puedo permitir que mi ofrenda se quede sin lucir sus galas; y para realizar esos deseos te he llamado con el fin de suplicarte que tú, en nombre mío, vayas á colocar en la tumba de doña Marta Durán de Solís una corona de ciprés; acto que debes realizar con todo el sigilo necesario para que ninguno de sus deudos se dé cuenta de lo que vas á hacer, porque deseo que ellos desconozcan siempre nuestra existencia y los motivos que nos ligan hacia ellos.

—Con todo gusto cumpliré tus órdenes; iré á San Salvador, buscaré sin que nadie se entere, el lugar que guarda los sagrados restos de nuestra protectora, colocaré con santa veneración la ofrenda que tú me indicas y sin tardanza alguna, regresaré á tu lado inmediatamente.

—Gracias, hijo mío, este favor que hoy vas á hacerme aliviará, en parte, mi malestar y aun puedo asegurarte que á tu regreso estaré completamente restablecido.

—Esos son mis deseos.

—De manera, pues, que dentro de dos días debes partir.



—Sí, padre mío.

—Ya te daré el dinero que necesites.

—Y también las instrucciones precisas para que tus deseos se vean colmados.

—Mis instrucciones se reducen únicamente á dos puntos: primero, mucha, muchísima reserva, ¿oyes?, que nadie, ni el señor de Solís, ni su encantadora hija, ni la familia Aguirre, ni ninguno de sus conocidos, sepan lo que tú, por mandato mío, has ido á hacer.

—Pierde cuidado, que tus órdenes, en ese sentido, serán satisfechas.

—El otro encargo se reduce á traerme noticias de ellos, quiero saber cómo se hallan; pero sin olvidar, te lo repito, la reserva absoluta en cuanto á que nadie se entere de nuestros pasos. ¡Ah! debo hacerte una advertencia; Elena la hija ùnica de aquella santa mujer, es extremadamente hermosa, el vivo retrato de Marta, y desde luego te suplico que la veas con ojos de mucho respeto, para que su presencia no provoque en tí sentimientos malévolos que puedan desvirtuar nuestra regla de conducta. Si su persona te agrada, que de seguro te agradará, debes considerar que ese agrado ha de ser siempre en la base del respeto y la veneración de que se hizo acreedora la autora de sus días.

—Esa recomendación, padre mío, será el escudo en que han de estrellarse todos los sentimientos que ella pueda despertar en mí; pero ten presente, que mi condición de hombre joven, me hará luchar.

—Esa lucha será honrosa, y si de ella sales triunfante, cuenta que sabré agradecértelo toda la vida.

—Procuraré complacerte en todo.

—Gracias, hijo mío.

Sanfeliz se incorporó en la cama porque oyó pasos en la habitación siguiente.

—Alguien viene, dijo, puedes retirarte.



—Volveré después.

El médico, pues no era otro el que llegaba, asomóse á la puerta, estrechó la mano del hijo de Sanfeliz que salía en esos momentos, y se dirigió al lecho del enfermo.

—¿Cómo va ese cuerpo?

—Creo que mejor, mi querido doctor.

—¿Véamos el pulso?

Sanfeliz alargó el brazo, y el galeno tras breves instantes que ocupó para tomar el pulso, dijo con semblante tranquilo y con muestras de satisfacción:

—Esto va bien, amigo Sanfeliz, la calentura ha rebajado lo suficiente para augurarle un pronto restablecimiento; supongo que mis indicaciones se han observado?

—Tal como usted lo ordenó.

—Bien, ¿las cucharadas se han concluido?

—Aun queda algo para este día.

—Vamos á cambiar el medicamento.

El doctor sacó su libreta de recetas y escribió una nueva fórmula.

Esto lo va usted á tomar por la noche en una tizana, y le recomiendo mucha quietud y bastante reposo, nada de proyectos de viaje ni de negocios.

—He resuelto no salir de casa hasta que usted me lo indique.

—Eso está bien, volveré mañana para ver cómo sigue.

—Gracias doctor.

El médico se levantó del asiento y después de tomar nuevamente el pulso al enfermo, se retiró.



Dos días después el hijo de Sanfeliz, se despedía de su padre para partir con rumbo á San Salvador, á



donde debía desempeñar la misión que el autor de sus días le había encomendado.

Jorge salía por primera vez de la casa de su padre para realizar un viaje relativamente largo para él, y algo en su interior le preocupaba, más aún después de haber escuchado de labios de su padre palabras de recomendación en favor de aquella niña, que él desconocía personalmente y que deseaba conocer de vista ya que de referencias podía pintarla hasta en sus menores detalles.

No obstante la curiosidad y el deseo de verla, Jorge Sanfeliz hijo, se había hecho la formal promesa de no cometer acción alguna que dañase la acrisolada reputación de la hija de una mujer, para quien su padre guardaba en su agradecido corazón, tanto respeto y tanto reconocimiento.

El viaje lo realizó felizmente y sin contratiempo de ninguna especie.

Por primera vez pisó las sucias y pedregosas calles del San Salvador de aquella época.

Tomó hospedaje en uno de los principales hoteles, y por la mañana del día siguiente al de su llegada, se informó convenientemente de todo aquello que necesitaba saber, para cumplir con buen éxito el encargo de su padre.

Un improvisado *cicerone* que en la calle encontró, le condujo al Cementerio de la ciudad; y allí con el respeto que le inspiraban los sentimientos nobles del autor de sus días y el sitio sagrado en que se hallaba, recorrió todas las avenidas y calles de la ciudad del silencio y del olvido.

Bien pronto, tuvo la suerte de encontrar lo que con ahinco buscaba.

La situación, los detalles que del mausoleo le diera su padre, la inscripción.... en fin, todo indicábale que se hallaba frente por frente del lugar en donde reposaban los venerandos restos de Marta; allí era



donde debía satisfacer los justos deseos del protegido de ella, que aun guardaba en su corazón todo el fuego ennoblecedor de la gratitud.

El joven Sanfeliz tomó nota de todos los detalles, y después de un ligero paseo que, por vía de curiosidad, hizo por las calles silenciosas de la Necrópolis, se dirigió á su residencia.

Como ya estaba muy próxima la fecha en que debía cumplir su misión, ese mismo día de su visita al Cementerio ordenó la hechura de una hermosísima corona de ciprés adornada con siemprevivas y crespones negros.

Se procuró una cartulina enlutada de buena calidad, y él propio escribió con reposada calma la inscripción que ya nuestros queridos lectores han leído en los capítulos anteriores.

Hecho esto, se dedicó á conocer la capital, visitó los parques y los lugares más concurridos, sin olvidar la casa de habitación de los Solís.

Empero, su suerte no le permitió ver á Elena, cosa que tanto deseaba.

Quería convencerse por sus propios ojos de lo que tanto y tanto le dijera su padre.

Su calenturienta imaginación le pintaba á la hija de Marta radiante de belleza, y su vista ansiosa buscaba las irradiaciones de aquel sér deslumbrante, no para profanar sus virtudes excelsas con los brutales deseos de un amor vulgar, sino para admirar en ella, la perfección suma que solamente en un ángel puede encontrarse.

Pero sus deseos no debían ser colmados todavía.

Tenía que esperar el día señalado por la suerte.

Y el joven Sanfeliz, paciente por naturaleza, esperó.

Además, el tiempo corría veloz, y el día de finados estaba ya próximo.

Era natural pensar que en esa fecha la familia Solís iría también á depositar en la tumba de Marta, ofren-



das que demostrasen el recuerdo que de ella guardaban sus deudos; y allí sería la ocasión propicia de conocer á Elena en persona, pues idealmente ya la conocía.

Sólo faltaba confrontar el sujeto con la idea.

Esto ansiaba hacer el joven Sanfeliz.

Algo interiormente le decía que se preparara; que en su espíritu se operaría una evolución extraña; que la presencia de Elena, sería para él un acto trascendental en su vida.

Pero él tenía presente las recomendaciones de su padre y el firme propósito de cumplirlas con exactitud; lucharía, pues, interiormente, si era preciso, antes que violar las promesas empeñadas ante el autor de sus días, á quien él respetaba mucho.

Elena sería respetada.

Elena debía recojer el fruto del sembrado que dejara Marta en el corazón agradecido de los Sanfeliz.

Almas grandes como la del joven Sanfeliz y la de su noble padre, no podrían alterar en lo mínimo su regla de conducta, cuyo principio invariable era el respeto absoluto para todas las personas que pertenecieran á la familia Solís.

El joven Jorge sentía ya, hacia Elena, una inclinación indescriptible. ¿Era que la amaba? ó ¿era que los sentimientos de gratitud que, hacia la familia Solís, le había inculcado su padre tenían puntos de contacto con el sentimiento del amor?

¿Cómo definir ese algo, que en su ánimo existía?

¿Cómo calificar esa ansiedad que sentía?

Ese desasosiego, esa inquietud, ¿á qué atribuirlo?

El joven Sanfeliz, inexperto, nuevo en achaques del amor, no comprendía que en su corazón había también brotado aquella planta misteriosa de que hemos hablado ya.

El amor había desplegado sus regias galas en el

6



corazón del joven Sanfeliz en donde había formado ya un altar para rendir el culto debido á ese sublime sentimiento bajo cuya sugestión todo se vuelve ilusiones, esperanzas y ensueños teñidos con el color de rosa que da el deseo. En ese altar se destacaba ya, radiante de hermosura y castidad, la bella imagen de Elena, la hija de Marta.

Esta era la causa de la intranquilidad que en su ánimo experimentara el joven Sanfeliz.

***

El propio día de finados el joven Sanfeliz vestido de riguroso luto, se encaminó al Cementerio cerca de las dos de la tarde, acompañado de un sirviente quien llevaba á cuestas una hermosísima corona de ciprés para ser colocada en la tumba de Marta.

Sanfeliz escogió esa hora por ser la única más á propósito para cumplir el encargo de su padre, sin que nadie lo notara; y así sucedió, porque á la sazón muy poca gente había llegado al Cementerio.

En los días primero y dos de noviembre de cada año, todo San Salvador se da cita en la Necrópolis.

Quiénes para ofrendar artísticos y vistosos recuerdos á la memoria de sus padres, esposos, hijos ó parientes; quiénes para admirar con profundo respeto aquellas ofrendas; quiénes para lucir sus galas personales y sus ricos trajes; quiénes por mera curiosidad innata en el hombre y peculiar en la mujer, y quiénes impulsados por la corriente van allí sin tener algo qué hacer ni idea alguna preconcebida.

Desde el comienzo de la calle principal que da acceso al Cementerio hasta las puertas de entrada, suele verse todos los años por la misma época, un inmenso cordón de gente en incesante ir y venir.



Unos cargados con sendas y hermosas coronas de ciprés natural ó artificial, otros, cual nazarenos improvisados, con cruces á cuestas; éstos, con cestas llenas de adornos apropiados al caso, aquéllos con largas sartas de cadenas de papel y otras prendas propias para el arreglo conveniente y vistoso de mausoleos, bóvedas etc.

A la derecha y á la izquierda de la no muy ancha calle del Panteón, se sitúan las infatigables y constantes vendedoras de chucherías, entre las cuales se ven las típicas *pupusas* y los clásicos *pasteles,* resavios de nuestros pasados tiempos que han venido á ser como una especie de necesidad en toda fiesta que se celebra al aire libre.

En la plazoleta del Cementerio y al rededor de la vieja é histórica Ceiba se constituyen otros tantos puestos de ventas; todo lo cual imprime á aquella conmemoración, un aspecto de feria que jamás estará en armonía con el sentimiento fervoroso que á aquel santo lugar nos lleva en días de grande pesar.

En el interior del Cementerio se nota, en aquellos dos días, el movimiento general de las personas que con piadoso afàn, con lágrimas en los ojos y musitando oraciones, arreglan artísticamente las sepulturas donde yacen en eterno sueño: el padre ó la madre, el esposo ó la mujer, el hijo, el hermano, el pariente y el amigo querido, cuyo recuerdo no se ha borrado todavía de la memoria de los vivos.

Hacer una minuciosa descripción del Cementerio de San Salvador sería muy importante por las glorias que él encierra; pero resultaría esa descripción muy larga y molesta para los pacientes lectores y por eso desistimos de ese intento.

Colocada en el sitio conveniente la ofrenda enviada por Jorge Sanfeliz desde Guatemala, en donde postrado en el lecho del dolor recordaba á su generosa protectora, el joven Sanfeliz despidió al sirvien-



te y se concretó á visitar de pasada, las demás tumbas, admirando el gusto y la variedad de adornos con que habían sido engalanadas por sus deudos.

La tarde avanzaba paulatinamente y las personas afluían en grupos más ó menos grandes, todas dispuestas para el arreglo de sus respectivos puestos.

El Cementerio iba siendo insuficiente para contener aquel inmenso gentío.

Sanfeliz, sin perder de vista la sepultura de Marta, se extasiaba en la contemplación de aquel incesante movimiento; de vez en cuando dirigía su mirada hacia las calles, para ver si columbraba por entre tantísima cabeza humana, la de su desconocida y encantadora amiga Elena, la hermosa hija de Marta.

Estaba ansioso por verla, por sentir muy cerca su perfume, su aliento, en fin todo aquello que sirviera, viniendo de ella, para amortiguar su ansiedad, para acallar los gritos de aquel sentimiento puro y casto que ella le había sabido inspirar aun sin conocerla, para sofocar, en parte, siquiera los impulsos de un amor verdadero, *amor-sentimiento, no amor-sensación.*

El joven Sanfeliz no conocía personalmente á Elena; pero las referencias que de ella le había hecho su padre bastaron para interesar su corazón de niño.

Un mundo de ilusiones se forjó en su mente y de ese mundo de ilusiones nació arrogante y con todo el fuego de la pasión, aquel amor puro y casto que sentía hacia aquella criatura, cuya imagen llevaba grabada en el alma.

El joven Sanfeliz se hallaba bajo el influjo de un amor platónico.

Es decir, Jorge no conocía á Elena y sin embargo, la amaba.

La amaba en sueños porque la había visto reflejada en los blancos rayos de la luna, porque la había sentido en el cálido ambiente del céfiro, porque la



había escuchado en el tierno arrullo de la tórtola, porque la había contemplado con los ojos de su imaginación en todas las bellezas con que nos brinda la Naturaleza.

En este mundo de ensueños é ilusiones, teniendo por confidente á la poesía, el joven Sanfeliz había llegado á experimentar ese sentimiento puro á cuya virtud se había verificado el enlace invisible de su alma con la del sér á quien profesara sus mejores simpatías.

Severo Catalina, al hablar del amor platónico lo divide en dos sectas: la de los *sentimentalistas* y la de los *sensacionistas.*

Dice que los primeros parten de la idea y los segundos de la impresión. Que los primeros suelen perder la cabeza y conservar el corazón y los segundos suelen perder el corazón y conservar la cabeza.

Sanfeliz pertenecía á la secta de los *sentimentalistas.* En la escuela de su amor tenía por cabeza de proceso: la idea.

Había sentido el influjo de la idea, en breve sentiría el influjo de la impresión.

***

El joven Sanfeliz se hallaba en aquellos momentos arrimado á un corpulento árbol de ciprés, no muy distante del sitio en que se encontraba la sepultura de Marta, cuando vió llegar á una familia vestida de riguroso luto.

Su corazón enamorado le indicó instantáneamente que se hallaba frente por frente de la familia Solís, y que aquel ángel personificado que acompañara al señor de cabeza encanecida, era Elena, la bella hija de Marta.



La evolución que se operó en el ánimo y en todo su sér fue intensa, su emoción fue grande y sumamente agradable.

Nuestro joven devoró con mirada de fuego la encantadora figura de Elena quien estaba radiante de hermosura. Lo negro de sus vestiduras hacía resaltar la blancura de su terso cutis; y las perfiladas líneas de su rostro y su esbelto talle conmovieron tierna y apasionadamente al joven Sanfeliz, quien no perdía un momento, contemplándole extasiado.

Concluida la faena, los Solis dispusieron retirarse, pero antes Elena impulsada por el sentimiento de la curiosidad, levantó sus ojos del sitio en que se encontraba su querida é inolvidable madre, y los dirigió hacia otros puntos del Cementerio.....

Füe cuando sonó la hora del destino.

Fue cuando se operó en su sér aquella sublime transición que tanto la hiciera sufrir.

Fue cuando sintió por primera vez aquella sensación extraña, incomprensible.

Fue, por ùltimo, cuando sus ojos tropezaron con la simpática figura del joven Sanfeliz que la contemplaba con admiración y respeto.

Sus miradas se cruzaron y ellos se comprendieron.

La planta misteriosa había brotado con todo su esplendor, con todo su perfume.

El enlace de aquellas dos almas se había verificado sin más testigo que la suerte.

El amor, ese sentimiento sublime que se siente, pero que no se define, había fundido aquellas dos almas en una sola; el destino las había juntado, ellas se habían contemplado mutuamente un instante nada más, y este instante fue suficiente para que se entendieran, para que con su latido, aquellos dos corazones sencillos entonasen el himno del amor.

Los Solís se retiraron de aquel sitio para ellos muy



conmovedor y el joven Sanfeliz en el deseo de contemplar por segunda vez á su adorada Elena, corrió por distinta calle y se dirigió á la meseta que circunda la Ceiba, punto dominante desde donde podía, á su gusto, satisfacer sus legítimos deseos.

Así sucedió.

Ya colocado en un buen puesto, vió salir á la familia Solís y su sér, todo concentrado en sus ojos, devoró á la bella Elena.

Sus miradas volvieron á encontrarse llenas de pasión, plenas de dicha y de emoción.

El carruaje en que subieron los Solís partió torpemente por entre aquella multitud y el joven Sanfeliz se quedó en aquel sitio, viendo ir al vehículo en el cual se marchaba el sér más querido de él.

La esperanza de volverla á ver le animaba.

Un autor célebre ha dicho que «la esperanza es un árbol en flor que se balancea dulcemente al soplo de las ilusiones »

La del joven Sanfeliz era de esas esperanzas, porque acostumbrado ya á amar Elena idealmente, no le preocupaba su ausencia. Las ilusiones, los ensueños le habían acariciado y no le abandonarían.

El la amaba y presumía que era amado.

Eso le bastaba para estar tranquilo, lo único que en verdad le mortificaba, era tener que cumplir estrictamente el encargo de su padre.

Debía respetar á aquella criatura; y aun más, permanecer ignorado de ella.

Este era el único punto negro que se destacaba en el esplendente cielo de su felicidad.




DE EL SALVADOR

CAPITULO VII.

El Librito de Oraciones.





El joven Sanfeliz permaneció algunos momentos más en el sitio en donde se quedó cuando el carruaje que conducía á los Solís, partió de la plazoleta del Cementerio.

Empero, aquel incesante ir y venir de la gente, nada de importancia tenía para él, ya que su única preocupación era producida por la partida de Elena, con quien no pudo hablar, ni podría en lo de adelante, en cumplimiento de lo prometido á su padre.

El veía aquel bullicio, aquel heterogéneo remolino de gente, pero con los ojos de su inteligencia veía á su adorada Elena dentro del vehículo que caminaba despacio, abriéndose campo por entre aquella verdadera ola humana.

Los instantes que él permaneció en aquel sitio fueron pocos; y como ningún interés le inspiraba aquella congregación de gente, dispuso,—y así lo hizo—retirarse á su domicilio.

Cuando hubo llegado al cuarto del hotel en donde se hallaba hospedado, se echó vestido en la cama, y dio rienda suelta á su calenturienta imaginación.

Su pensamiento vagó por distintos rumbos: tan pronto se encontraba al lado de su padre en Guatemala, dándole cuenta exacta de su cometido, tan pronto se hallaba á los pies de su amada expresándole con frases elocuentes y apasionadas lo mucho



que la quería, lo mucho que por la ausencia de ella estaba sufriendo en silencio.

Como el sentimiento que más dominaba en su espíritu, era el del amor, su pensamiento se detuvo largo rato entretenido en forjarse un mundo delicioso, lleno de venturanzas y placeres, un verdadero paraíso en donde él era Adán y su querida Elena, Eva; que juntos, muy juntos, adorándose hasta lo imposible, reinaban en aquel esplendoroso país de la dicha.

En aquel mar insondable y desconocido de ilusiones y ensueños, el joven Sanfeliz navegaba llevando por piloto, la promesa empeñada ante el autor de sus días, de respetar á la bella hija de Marta, quien no debía, ni siquiera, conocer la existencia de los Sanfeliz, y mucho menos el vínculo que unía á las dos familias.

Esta era la nube negra que oscurecía el cielo de sus esperanzas; el joven Sanfeliz, sufría, luchaba entre el deseo y la palabra de honor empeñada, entre el sentimiento y el deber, entre el amor y el olvido.

El resto del día lo pasó triste, intranquilo, desesperado; y hasta se sintió enfermo.

A la mañana siguiente, levantóse muy temprano, se arregló convenientemente y fuese á la Iglesia de Santo Domingo, en donde esperaba ver, de lejos siquiera, á Elena.

Largo rato permaneció en el atrio de la Iglesia viendo desfilar á las bellas sansalvadoreñas que con beatífico paso y las miradas al suelo pasaban delante de él, sin darse cuenta de su presencia.

El momento se acercaba.

Elena, la hermosa hija de Marta, no tardaría en llegar también.

El joven Sanfeliz lo presintió y temiendo cometer alguna indiscreción, que echara á perder el buen éxito de su misión, se ocultó, de tal manera, que él podia ver sin ser visto.



Ya era tiempo.

Elena radiante de hermosura, con su vestido negro y la mantilla echada del todo sobre su bella cabeza, pasó cerca de él, sin haberle visto.

Ella entró al Templo, y el joven Sanfeliz la siguió á una prudente distancia sin perderla de vista.

La vio reclinarse y entregarse á sus oraciones; y él, colocado junto á un reclinatorio, se entregó de lleno á la contemplación de su adorada. Allí esperó hasta el final de la misa.

Concluído el santo sacrificio, la gente comenzó á retirarse por distintos rumbos. Elena aun permanecía en su reclinatorio, orando; y el joven Sanfeliz de piés junto al reclinatorio, extasiado, ni siquiera pensaba en retirarse, ¿y para qué estando allí Elena?

Durante la misa, el joven Sanfeliz había tomado una resolución firme: la de largarse á Guatemala dentro de dos ó tres días; pero antes, dejar á su Elena un pequeño recuerdo.

Un recuerdo que ella conservaría sin saber de dónde le habría venido.

La idea concebida la debía poner en práctica en ese mismo día.

Pero también, contra todo su sentimiento, se conformó con otra idea, la de que ya no volvería á ver más á su adorada Elena. Aquella era la última ocasión de que disponía para verla, para contemplarla con sus propios ojos...... después la vería; pero en sueños, con los ojos de su imaginación.

Por fin, Elena, después de persignarse y de cubrirse perfectamente, se levantó y tomando precisamente por la nave lateral en donde se hallaba nuestro joven, pasó cerca de él, tan cerca, que sus alientos casi se confundieron y sus miradas se encontraron.

Fue aquella la tercera vez que Elena vió al joven vestido de negro, y la tercera vez que sintió en su



sér aquel estremecimiento extraño que tanto la había confundido.

Los dos se miraron, pues, por la postrera vez quizá.

La corriente impulsora del amor quedaba establecida entre aquellas dos almas grandes.

¿Qué importaba la falta de una declaración amorosa pronunciada por los labios, si el latido de sus corazones ponía de manifiesto la pasión que ambos sentían?

¿A qué desplegar los labios para hablar de amor, si sus corazones fundidos en uno solo, desde aquel instante, habían producido el efecto más sorprendente y eficaz?

Además, ni Elena, ni el joven Sanfeliz habían jamás hablado de amor, ni era aquel el sitio más apropiado para hablar en tal sentido; y por sobre todo eso, existía la severa prohibición para el joven Sanfeliz, de faltar en lo mínimo, al respeto de la hija de Marta.

No debían, pues, hablarse de amor; y sin embargo, lo habían hecho en la elocuencia de una mirada!

El joven Sanfeliz saludó con una ligera inclinación de cabeza y una pequeña sonrisa delatora de todas sus simpatías, á la hermosa hija de Marta, y ésta recogió aquel homenaje mudo, pero elocuente, y lo estampó en su corazón de niña.

Elena salió del templo y el joven Sanfeliz se quedó dentro.

Veamos qué se proponía.

*
* *

Cuando la Iglesia de Santo Domingo quedó casi desolada, nuestro joven se acercó al reclinatorio de Elena y lo examinó atentamente, notando que el ca-



jón en que su dueña guardara su libro de oraciones estaba cerrado con llave.

—Será preciso, se dijo, que un herrero intervenga en la operación, porque de lo contrario me sería imposible llevar á feliz término mi propósito; voy á buscarle y con mucho tino trataré de que me ayude en esta empresa.

Al salir del Templo, nuestro joven tropezó con un rapazuelo, quien mediante una pequeña paga, le llevó á la herrería más cerca del punto.

El joven Sanfeliz, preguntó á un oficial del taller, por el maestro.

—Servidor de usted, caballero, contestó un hombrecillo ennegrecido.

—Deseo tratar con usted un asunto algo reservado.

—Bien, entonces salgamos de la fragua, y vamos á mi cuarto.

Ambos salieron, en efecto, de la fragua y atravesando el patio de la casa entraron á una especie de rancho con techo de paja y teja.

—Puede usted hablar sin cuidado, dijo el maestro poniendo al lado de nuestro joven, un taburete para que se sentara.

—La cosa no tiene importancia, dijo Sanfeliz, yo solamente quería que sus oficiales no se enteraran de lo que voy á decirle.

—Perfectamente, hable usted.

—Deseo que usted me haga una llavecita.

—¿Tiene allí la muestra?

—No, precisamente es para reponer la que servía y que se ha extraviado!

—Entonces será necesario ver la chapa ó cerradura.

—Para lo cual le ruego acompañarme.

—Bien, espéreme un momento.

El maestro se levantó para ir en busca de los utensilios que necesitaría.



Hecho esto, salieron en dirección de la Iglesia.

Por el camino, el joven Sanfeliz fue explicando al maestro de herrería, los puntos que juzgó necesario que él conociera, y le recomendó mucha reserva, para lo cual le ofreció una buena propina, aparte del valor de su trabajo.

Cuando llegaron, ya el Templo estaba desierto y á propósito para el objeto.

El maestro examinó la cerradura y dijo:

—Es muy fácil hacer la llave.

—¿Puede usted dármela hoy mismo?

—Dentro de media hora.

—Vamos, pues, trabajando.

El maestro comenzó la operación necesaria para recoger el molde de la llavecita y ambos se largaron á la fragua.

—Espere usted un momento en el cuarto, que dentro de breves instantes tendrá usted en sus manos lo que desea.

—Gracias, dijo Sanfeliz, encaminándose al rancho.

Media hora después entregaba el maestro á Sanfeliz, la llavecita.

—Aquí tiene usted, le dijo nuestro joven, entregándole. con vivas muestras de alegría, cierta cantidad de dinero,

El joven Sanfeliz, salió de la herrería y fuese directamente al Templo, á donde llegó bien pronto.

Acercóse al reclinatorio, introdujo la llave en la cerradura y, con verdadera satisfacción, abrió el cajoncito.

Una vez probada la llave se retiró, sin que nadie en absoluto le hubiese visto, pues, á la sazón la Iglesia, por ser hora de almuerzo, estaba enteramente sola.

Aquel mismo día recorrió las pocas librerías que en aquel entonces habían en San Salvador.

Por fin encontró lo que buscaba: un bonito libro


DE EL SALVADOR

de oraciones, con pasta de conchanácar y una crucesita de oro en la pasta principal.

—Este está á propósito—se dijo—es un bonito recuerdo que ella tendrá de mí, porque no dudo que lo aceptará. Ella se ha fijado bien en mí, y tengo la convicción de que casi no le soy indiferente; de ahí que abrigue la esperanza de que le gustará mucho.

Pagó el valor del libro y se dirigió á su domicilio.

Allí se entregó de lleno á su único pensamiento, dando rienda suelta á su exaltada fantasía.

El mundo, la vida, la felicidad, todo se reducía á pensar en su idolatrada Elena y lo único que le hacía sufrir mucho, era la idea de que muy en breve tendría que partir de San Salvador, dejándola tal vez para siempre.

Al día siguiente, á la misma hora en que fue á probar la llavecita que le hiciera el maestro, se fue al Templo, con objeto de depositar, en el cajón del reclinatorio de Elena, el librito de oraciones; pero antes escribió en una hojita de papel, la famosa dedicatoria que ya conocen nuestros lectores, y que tántas veces leyera Elena en su aposento.

La Iglesia estaba solitaria, el joven Sanfeliz no perdió instante, abrió el cajón y depositó en él, aquella prenda que debía representar un papel importantísimo en el proceso de su amor.

Trabajo le costó desprenderse de aquel lugar en donde siempre llegaria Elena, la hermosa hija de Marta, la prenda más preciada de su ardiente amor, á elevar preces..... Allí, postrada de rodillas, tomaría entre sus manos aquel librito de oraciones y rogaría por él.... por él, que lejos muy lejos, también haría otro tanto, aunque en distinta forma tal vez.

Por fin, haciendo un esfuerzo, se levantó para retirarse de aquel santo lugar. Antes de salir dirigió

7



una mirada á una imagen de la Virgen María y sintió en su alma una especie de consuelo, que le llenó de esperanzas.

Tan pronto como llegó al cuarto del hotel donde estaba hospedado, se entregó al arreglo conveniente de su equipaje, pues al día siguiente emprendería viaje de regreso á Guatemala, en donde ansioso le esperaba su padre.

El joven hacía sus preparativos maquinalmente, sin darse cuenta quizá de lo que hacía.

Su espíritu vagaba en torno de Elena.

Su pensamiento no se apartaba un instante de aquel sér que había sabido inspirarle una pasión tan grande, tan sublime, como la que supo inspirar en el corazón del viejo Sanfeliz, la hermosa Marta.

El día del viaje amaneció.

El joven antes de salir de la población pasó un momento primero á la Iglesia, después al Cementerio y por último frente á la mansión de los Solís, en donde una vaga esperanza alimentaba el deseo de ver á Elena para decirla con los ojos todo cuanto en aquellos momentos sentía.

Pero todo fue en vano!

Elena no apareció en ningùn punto. La suerte así lo quiso.

Tal vez no convenía que se vieran!

El joven Sanfeliz partió, pues, con el corazón traspasado de dolor y de pesadumbre.

Se iba y dejaba en San Salvador su alma, su corazón, su vida, su dicha, su bienestar. Todo lo dejaba dejando á su Elena.

—Adiós San Salvador! adiós hermosa patria de mi bien querido, adiós lugar sagrado en donde queda depositado el sér á quien adoro!—estas expresiones salieron de lo más íntimo de su sér, en el preciso momento en que perdía de vista las casas más salientes de la población;—pero allá, allá en aquel ca-



joncito de su reclinatorio, queda el testigo mudo de mi pasión, ese librito de oraciones se encargará de decirla lo mucho que la amo, él sabrá convencerla de que no la olvido y él tendrá siempre el cuidado de impresionarla de tal manera que no me olvidará un momento, y que en todos los instantes de su vida me tenga presente.

Estos pensamientos fueron tranquilizando el espíritu de aquel joven de alma grande, que en cumplimiento de una palabra empeñada, sacrificaba su dicha y su bienestar!

Y como recordarán nuestros lectores, aquellos encargos que el joven enamorado diera, á un cuerpo inanimado, á una prenda inconsciente, se cumplieron con exactitud.

Porque ya hemos visto las impresiones que la inocente Elena sufrió en posesión de aquel recuerdo, de aquel objeto brindado de tal manera por un individuo desconocido para ella, y que se decía *amigo fiel* de su madre.

***

Tres ó cuatro días después, el viejo Sanfeliz estrechaba, en fuerte abrazo, á su querido hijo, que regresaba de cumplir el encargo que le diera.

—Vamos, hijo mío, cuéntame detalladamente todo, todo lo quiero saber, quiero tranquilizar mi espíritu y sólo tú puedes hacerlo, relatándome cuanto has hecho, visto y oído; vamos, habla pronto y no te olvides del menor detalle.

Nuestro enamorado joven contó todo cuanto los lectores conocen ya; por manera que pasaremos en silencio la conversación sostenida entre el padre y el hijo. Solamente diremos que el joven pasó también en silencio, lo de su amor, lo del librito de oraciones,



y los propósitos que se había formado para en lo porvenir.

Sin embargo, el viejo Sanfeliz que también había experimentado las mismas sensaciones en presencia de su inolvidable Marta, no dejó de notar en su hijo, cierta cosa que le indicaba algo y que le hacía temer un más allá lleno de pesadumbres.

El era un incorregible defensor de la honra de los Solís y jamás permitiría que su hijo llegase á cometer una acción mala, que viniese á desvirtuar su regla de conducta.

El joven nada le dijo de sus amores hacia la bella Elena, ni de sus esperanzas y ensueños; pero él lo adivinó en parte, para eso tenía la experiencia adquirida en sus largos años.

No sería él quien se engañara fácilmente.

Cuando el joven se retiró á su aposento con pretexto de descanzar de las fatigas de su viaje, el viejo amigo de Marta se entregó libremente á sus pensamientos. Coordinó sus ideas y forjó un plan de conducta que pusiera á salvo el honor de los Solís.

—Tengo la seguridad plena—se dijo—de que mi hijo viene perdidamente enamorado de la hermosa hija de Marta; y es natural que así sea, él es joven y lleno de aspiraciones, ella es bella y puede inspirar cariño hasta en el hombre más irreconciliable con el amor. Lo que yo siento es que mi hijo tenga que sacrificar su tranquilidad, su dicha, su bienestar ante el deber de proteger á Elena de una acción que llegue á perjudicarla en lo mínimo. Si mi hijo la ama, que la ame en silencio, máxime si ella tiene elegido ya el que debe ser su compañero de vida....... ¡ah! entonces la cosa es todavía peor para mi hijo, porque tendrá que sufrir de la mismísima manera que yo sufrí cuando supe que Marta contraería matrimonio con el señor de Solís..... Si Elena tiene su corazón libre de todo sentimiento amoroso, mi hijo



tendrá que sufrir también porque ¿cómo hacerse amar de ella, si debe ser totalmente desconocido? la cosa resulta bastante difícil. Yo procuraré convencer á Jorge de que es preciso que la olvide, que destierre de su corazón ese amor que siente por ella y que hasta el presente me ha ocultado, como si yo no fuera suficiente á adivinar lo que ocurre..... Elena de seguro, no tiene idea de que existe mi hijo,—esto si Jorge ha cumplido exactamente mis instrucciones,—y ¿Cómo es posible que ella le ame sin conocerle siquiera? ¿cómo espera este muchacho ser correspondido, en sus afectos, por una persona de quien él es desconocido? Bien me dijo antes de partir, que había de luchar; pues que luche, ya le pasará....

Jorge Sanfeliz, padre, siguió discurriendo poco más ó menos en estos ó parecidos términos hasta muy avanzado el día.

Nunca llegó él á imaginarse el grado que, en tan poco tiempo, había alcanzado el amor en el joven corazón de su querido hijo, y mucho menos pensó en que podía haber llegado á inspirar la misma pasión en el alma de Elena.

De esto tenía que convencerse muy pronto, como lo veremos nosotros.

~~~~


~~~~


DE EL SALVADOR

CAPITULO VIII.

En la ausencia.




DE EL SALVADOR

Con el regreso de su hijo, y el restablecimiento completo de su salud, Jorge Sanfeliz volvió á su vida normal, atendiendo personalmente á sus negocios, con la ayuda de su inteligente hijo, quien no obstante su edad, ya era entendido en los achaques comerciales.

Los días pasaban, y los dos Sanfeliz hacían vida distinta cuando estaban separados y común cuando la necesidad les juntaba.

El joven huía la compañía de su padre, porque ansiaba estar solo para entregarse al dulce embeleso de sus recuerdos, para traer tranquilamente á su memoria, las lindas facciones de su idolatrada Elena, aquella angelical criatura que dejara en San Salvador. Para solazarse en la soledad, con el recuerdo de aquellos pocos días que pasó contemplando al único sér que amara con pasión vehemente.

«¿Qué importa el espacio y la distancia para dos almas que están fundidas en una, para dos corazones que están engarzados por mano de un ángel?,» ha dicho un autor notable; y es la verdad, porque los ausentes que se aman, son los verdaderos, los únicos hijos del amor.

Así: Jorge y Elena se amaban sin haberse declarado su pasión; pero la sentían y esto era suficiente.

El amor puro, el amor-sentimiento no necesita de correspondencias, ni de incentivos para su existen-



cia; basta y sobra con los recuerdos. Ellos constituyen su vida, ellos son su alimento; y tanto la mujer como el hombre, cuando aman de verdad, no necesitan de verse para sentir lo que sienten.

Ellos tienen en la ausencia, doble vista: la del espíritu y la de la fantasía.

En todo lo que ven en derredor de ellos creen ver al sér, objeto de su amor. Muchos creen que la ausencia es un medio para olvidar: nosotros creemos que no, porque cuando hay verdadero amor, éste se purifica con la ausencia y lejos de perder su mérito se aquilata mucho más, como sucede con el oro en el crisol.

Jorge veía en todo á su Elena: un reflejo de la luna, le traía recuerdos de su amada; el céfiro suave que acariciaba su calenturienta frente y que jugaba indiscreto con sus cabellos, refrescándolos, le traía el aliento perfumado de Elena.

La avecilla que, juguetona y vivaracha, se posaba en el árbol más próximo, era para él, el alma de la dueña de sus pensamientos, que iba á endulzar con sus melodiosos trinos, los momentos de éxtasis, en que se hallaba.

Cuando la naturaleza dormía, y todo parecía inerte en su derredor, él velaba, porque sentía necesidad de hablar con las estrellas, ver reflejada en su constante titilar, las hermosas pupilas de su Elena.

La brisa que se agita, la tenue gasa de una nube, el gorgeo de los pájaros, el perfume de una rosa, todo respiraba amor para él.

En las tardes, cuando el sol se ocultaba lentamente entre celajes de oro y grana, cuando el céfiro agitábase dulcemente por entre los árboles, Jorge con el recuerdo perenne de su querida Elena, salía de paseo, y con su eterna melancolía, compañera inseparable de los enamorados y de los poetas, soñaba tristemente, sentía la presión de aquel amor puro y



casto que le había sabido inspirar una mujer joven y bella.

Para Jorge, el paseo no tenía otro atractivo que el de estar solo, para dedicarse de lleno á sus ilusiones y esperanzas, para soñar con mejores días, con placeres solamente imaginados por él, para contemplar pintada en los crepúsculos, la bella imagen de su adorada, para oír su voz en el murmullo de un arroyuelo, para aspirar en el perfume de las flores, el aliento lejano del objeto de su amor.

Así era la vida de aquel joven vestido de negro, que en el Cementerio de San Salvador cautivó el corazón vírgen de la hermosa hija de Marta.

¡Quién fuera poeta, para pintar más dulcemente la vida de nuestro joven enamorado!

¡Sólo ellos tienen ese dón de adivinar los sentimientos más íntimos del alma; y no sólo de adivinarlos, sino que la destreza para explicarlos en un lenguaje melodioso y elocuente!

Ellos que dicen lo que sienten, con palabras tan dulces, son los únicos que podrían sacarnos de este aprieto.

¿Pero, vosotros lectores queridos, que tenéis también los mismos atributos de nuestro joven enamorado, no habéis sentido alguna vez, la impresión de un amor ausente?

¿Decid, si no habéis sufrido en esa ausencia?

Y, sin embargo, lejos de olvidar á vuestro bien amado, os habéis sentido inclinado á él.

Pues esto mismo pasaba con el infortunado joven.

*
* *

El padre de Jorge, no le perdía de vista, diariamente le observaba; estaba al tanto de los progresos



que el amor hacía en el corazón de aquel joven lleno de energías y de ilusiones.

El viejo sufría más, mucho más, porque él hubiera deseado borrar de la memoria de su hijo el recuerdo de Elena, hacer que la dejase de amar, que la olvidase; y eso era difícil, era empresa magna, tan magna, que solamente emprenderla era ya un imposible, y al mismo tiempo, deseaba que su hijo fuera feliz, que aquella pasión que le dominaba tuviera buen éxito.

He aquí la lucha.

El deseo de agradar á su hijo y el deber de respetar á Elena, cosa que él mismo se había impuesto y que estaba resuelto á cumplir hasta el último instante de su vida, como recompensa que la gratitud le dictaba.

El joven, por su parte, sufría también, pero sus penas eran de distinta especie, y además, tenía lenitivos aconsejados por la esperanza de un día venturoso.

Varias veces había intentado desobedecer á su padre y largarse á San Salvador, llegar hasta donde estaba Elena, postrarse de rodillas ante ella, hablarle con frases apasionadas de aquel profundo amor que había sabido inspirarle, y después de todo esto, pedirle un consuelo, una esperanza, algo que le hiciese cobrar nuevas energías, que le mantuviese en acción, que le hiciese sentir la vida.

Estas ideas vagaban de sólito por su mente y le mantenían en una constante excitación de espíritu que le proporcionaba, entre veces, sufrimientos que él calificaba de dulces cuando el recuerdo de su amada le animaba; y amargos, cuando consideraba la imposibilidad en que se hallaba de satisfacer sus deseos, por la invariable voluntad de su padre, que tenía un corazón de acero.

Dicen que las almas grandes no son las que más aman á menudo, es decir con un amor violento; que es necesario una verdadera inundación de pasión pa-



ra conmoverlas y llenarlas. Esto podrá tener mucho de verdad; pero también es muy cierto que cuando ellas empiezan á amar, lo hacen á perfección, sin petulancia, sin obstinación, sin hipocresía, lo hacen mucho mejor, porque ellas no lo buscan, ellas lo sienten y lo comprenden. He ahí la diferencia que existe entre el amor de una alma grande y el de una alma pequeña: el primero es sincero, y el segundo es superficial, hijo muchas veces de la impresión, otras del cálculo y otras del deseo brutal.

Por eso, en una alma grande, todo es grande.

Jorge poseía una alma grande, de ahí que amara fuertemente á Elena, quien por su parte experimentaba respecto de Jorge, un amor intenso, grande, tan grande como grande era también su alma.

Ambos, pues, se amaban con intensidad; lo único que faltaba era que se lo comunicasen mutuamente, para obtener el inefable placer de oírse promesas de amor.

Severo Catalina dice que nada hay tan poético ni más grandioso que el amor de dos personas que nunca han hablado de amor. Puede ser que tenga razón; aunque es de suponerse que tal poesía solamente la aprecien las personas mismas que nunca han hablado de amor y lo llegan á sentir; porque nadie sabe de amor hasta que no lo siente.

Desde que el hombre existe, desde que no estuvo solo en el mundo, desde que apareció á su lado un sér contrario á su sexo, lleno de virtudes, lleno de belleza, lleno de sentimientos y sensaciones, desde entonces viene hablándose de amor; y cuando los primeros poetas cantaron en salmos, las dulzuras del amor, se comenzó á discutir sobre la materia, y han pasado siglos de siglos y la cuestión sigue intacta, sin resolverse, ¿á qué obedece esto?

¿Será que el hombre carece de la sabiduría necesaria para definir el amor?



¿Será el amor una ciencia cuyo conocimiento haya quedado reservado para otros seres mucho más superiores que el hombre?

Algunos autores han convenido en que los poetas son los únicos que pueden acercarse al conocimiento de esa ciencia, porque en su cerebro y en su corazón existe algo de sobrehumano que les eleva á otras regiones á donde la generalidad de los mortales no alcanza á llegar.

Para que os convensáis, de que existe esta opinión, tened la bondad de leer las siguientes líneas:

« Solamente los poetas, que reciben en los rayos de la luna raudales de inspiración, comprenden lo que dice al alma su melancólica palidez; ellos saben el secreto de la nubecilla que flota, y ven palpitar el seno de las flores, y comprenden el vago rumor de la fuente que murmura, y traducen el lenguaje de los ruiseñores y el ternísimo arrullo de las tórtolas. Ellos son los únicos que han podido decir: «he aquí el amor.»

* * *

Para el viejo Sanfeliz, la situación anormal de su querido hijo, era motivo de inquietudes.

Inquietudes que, como es natural, le proporcionaban un continuo sufrimiento; porque aunque él conocía bien qué clase de mal era el que aquejaba á Jorge, y conocía también cuál era la medicina, no podía aplicársela por las circunstancias que ya conocemos.

Un día de tantos, Sanfeliz llamó á su hijo y le habló de esta manera:

—He notado, hijo mío, que desde tu regreso de San Salvador, á donde fuiste por mandato mío, á


DE EL SALVADOR

cumplir un deber de gratitud, te encuentras de otro modo, has cambiado de vida, hoy te has vuelto reservado, poco comunicativo, como si algo que no comprendo, que no adivino, acontece á tu espíritu..... He notado cierta palidez en tu semblante, cierta descomposición en todo tu sér; y luego, no me explico la razón que tengas para hallarte de tal manera, máxime cuando aun eres muy joven;.... ahora te he llamado para que hablemos con franqueza, para que me cuentes lo que te ocurre.....

—Cuánto te agradezco, padre mío, esta entrevista que tánto he deseado!

—Y por qué no la habías solicitado?

—Por respeto.

—Vamos, por respeto, ¿acaso has cometido alguna incorrección en los actos de tu vida?

—Algo hay de eso, aunque me considero inocente de toda mancha, es decir: si he sido malo, no ha sido por culpa mía, el destino así lo ha querido.

El viejo Sanfeliz, que ya había adivinado el amor de su hijo, sonrió de tal manera que si el joven lo hubiera visto, habríase ahorrado muchas palabras para explicarle su situación.....

—Con que has sido malo, has cometido incorrecciones, hablas de culpas y del destino; y nada de eso me referiste á tu regreso de San Salvador..... esa ha sido otra incorrección más; pero en fin, más vale tarde que nunca..... habla, cuéntame todo.

El joven Sanfeliz comprendiendo que nada conseguiría con el silencio y que más bien irritaría á su padre si continuaba ocultándole la pasión que sentía por Elena, decidió confesárselo todo.

Y revistiéndose de valor, coordinó todos sus recuerdos y refirió punto por punto cuanto le había ocurrido desde su encuentro con Elena, sin omitir incidente alguno.



El viejo Sanfeliz escuchó con atención cuanto le refirió su hijo y después de reflexionar un rato, habló á su hijo en estos términos:

—Ciertamente tu conducta no se ha ceñido en todo á las instrucciones que te dí la víspera de tu partida á San Salvador, y ahora tenemos que lamentar las consecuencias, que ojalá no lleguen á ser fatales.

—Me exigiste respeto para Elena y he cumplido, me recomendaste reserva y también he cumplido; ahora en cuanto al afecto que ella me inspiró, debo confesarte que ya existía desde mucho antes, por las referencias que de ella me hacías antes de que yo la viera.

—Pero debiste refrenar esos sentimientos, en vista de la imposibilidad que hay de poderlos favorecer.... Elena no te conoce, te ha visto según tú dices tres veces nada más; pero ¿es suficiente eso para que ella llegue á quererte? ¿sabemos acaso si ella tiene libre de compromisos su corazón de niña?

—En cuanto á la primera pregunta, creo poder contestarte con alguna seguridad: que á Elena no le soy indiferente; mi corazón me indica que debo tener fe y esperanzas; y en cuanto á la segunda, dudo mucho que Elena siendo tan joven y viviendo tan retraída en su casa, al lado de su padre que es un santo varón, tenga, ó mejor dicho, haya tenido antes de conocerla yo, otro hombre en quien fijarse.

—Por manera que tú crees que Elena te ama?

—No aseguro tanto, solamente digo que no le soy indiferente y que podría conseguir mucho de ella, si mi ausencia no se prolonga.

—Pero es preciso que nosotros permanezcamos aquí, lejos de ellos, que no sepan siquiera que vivimos.....

—Esa tu resolución es la que me llena de pesadumbre, porque siguiendo esa regla de conducta, jamás veré colmadas mis aspiraciones; y tú sabes



muy bien que no hay amor sin ambición. Son dos sentimientos que van siempre juntos y que residen en el corazón: yo amo, por consiguiente, ambiciono algo, ese algo es el amor de ella, la felicidad que me proporcionaría el derecho de decir que es mía, exclusivamente mía.

—Sueñas mucho hijo mío, y eso me desconsuela!

—Y yo temo á veces desobedecerte, tal es el grado de desesperación á que me conduce la situación en que me hallo!

—¡Ah!, pero jamás debes hacer eso; mira: te propongo un proyecto, quieres que hagamos un viaje á Europa, iremos á España, visitaremos la casa solariega de nuestros antepasados, y si alguno sobrevive nos presentaremos á él para que nos reconozca; pasado algún tiempo, tú te quedas allá y yo me vengo á continuar los negocios que dejamos en Guatemala, de esta manera, te divertirás y olvidarás esa pasión que hoy te está consumiendo.

—Padre, iré con gusto por obedecerte, haré cuanto te plazca ya sea en España ya sea en cualquier lugar que tú me indiques; pero,—como todo reo sujeto á una pena capital,—pido una merced antes de sujetarme á la mía.... es una merced que tú me vas á conceder en gracia á mi sumisión y al respeto que me inspiras. ¿Puedo confiar en obtenerla?

—Sí, te la concedo con mucho gusto.

—Pues bien, pasemos primero á San Salvador, deseo ver por última vez á Elena, quiero destilar la última gota de sangre de mi corazón en la postrer mirada que yo le dirija furtivamente.

—Eso que me pides es bastante serio, puede llegar á tener fatales consecuencias; tù no debes presentarte á ella.

—No olvides que me has concedido la merced que te solicité.



—Sí, es verdad, iremos primero á San Salvador, allí permaneceremos á lo más tres días, que yo aprovecharé también para despedirme de ellos y principalmente de Marta, sin apartarnos de nuestra reserva.

Jorge, el enamorado joven, sintió una especie de vértigo al considerar la inmensa dicha que le esperaba. Ver á Elena, contemplarla nuevamente, aun cuando no fuera más que un instante, un segundo tal vez, ver de nuevo á su adorada, esa era una felicidad inefable!

—¿Cuándo nos iremos? preguntó impaciente el joven Jorge.

—Haremos lo posible por marcharnos antes de quince días.

—Bien.

—Pero, ya sabes, tres días de incógnito nada más en San Salvador, y después á España en donde te quedarás hasta que yo te lo ordene.

—Pierde cuidado, iré conforme y jamás intentaré desobedecerte.

—Puedes retirarte, ve á pasear, procura olvidar esa pasión que tanto te embarga.

—Adiós padre mío.

Jorge se levantó del asiento y salió de la estancia llevando en su corazón un mundo de esperanzas y de ensueños que el proyectado viaje de su padre le había hecho entrever.

En cambio, el padre se quedó un tanto pensativo, considerando lo mucho que sufriría su hijo después que partieran de San Salvador; pero es preciso, se dijo, que así sea, nosotros no debemos molestar en lo mínimo á esa honorable familia, digna de todas las consideraciones; además, Elena debe tener ya su novio á quien de seguro ama con ternura, ¿cómo es posible que mi hijo, intente entonces, conseguir algo de ella, sin dejar de ser importuno? Yo lo siento en



el alma, porque se trata de mi hijo, pero mi deber me indica que debo ser severo en este caso.

Los quince días pasaron y para el joven Jorge fueron quince siglos de constantes alternativas entre recuerdos y esperanzas, entre sufrimientos y dichas producidas por la idea de que muy en breve abrasaría con su mirada de fuego á su adorada Elena.

Y algo en su interior le decía que tuviese esperanzas, que su suerte no era tan aciaga para que le desamparara.

—Presiento, se decía, á solas en su habitación, presiento que el viaje terminará en San Salvador, no obstante que mi padre es muy severo y muy recto en sus resoluciones; hay un no sé qué, que me dice que Elena me ama, esto me da fuerzas, y me infunde esperanzas, ella será mi tabla de salvación, dado caso que sean ciertas mis presunciones. Todo se reduce á llegar á San Salvador, allá veremos.

Y no dejaba de tener sus razones el joven Jorge para pensar de tal manera.

Nosotros lo veremos también.




DE EL SALVADOR

CAPITULO IX.

A orillas del mar.




DE EL SALVADOR

Nuestros lectores tendrán la generosidad de recordar que en el capítulo segundo de esta obrita se habló del proyectado viaje al mar, que el señor de Solís propuso á su encantadora hija, con objeto de que olvidase en medio de aquella alacridad constante en que permanecen los paseantes á orillas del mar, las penas morales que tanto la habían hecho sufrir.

El creyó siempre que allí, en las playas pintorescas, en aquellas noches espléndidas en que la luna envía sin escrúpulo alguno, todos sus rayos de plata sobre los millares de personas, grandes y chicas, que juguetonas y vivarachas, gritan, cantan, ríen, y corren en toda la extensión de las playas; que en medio de aquellas espansiones del espíritu, su hija dejaría forzosamente su pálida melancolía, olvidaría sus penas y volvería á recobrar su animación.

El día en que debían partir en compañía de la inteligente y astuta Sofía, estaba ya muy próximo.

Sofía y Elena lo tenían todo listo, juntas habían hecho los preparativos; y como Elena había encontrado en su querida amiga, una confidenta adecuada á sus deseos, para comunicarle todos sus pensamientos, todos sus recuerdos, para hablar con ella de sus esperanzas y de sus ilusiones, su espíritu había recobrado un tanto la calma necesaria para soportar aquella vida de pesadumbres en que la dejara el jo-



ven vestido de negro que en un día de tristes remembranzas había visto por primera vez en el Cementerio.

Constantemente las dos amigas hablaban de él; y Elena había llegado á tal confianza, que en repetidas ocasiones había hecho de palabra el retrato exacto de aquel joven, á punto de que Sofía podía decir al verle: este es el causante de las hondas penas de mi infortunada amiga.

La víspera del viaje, las dos amigas, encerradas en la estancia de Elena, hablaban de esta manera:

—Voy creyendo, amiga mía, —decía Elena —que debo renunciar á verle personalmente, pues el tiempo pasa y él jamás aparece ante mis ojos.... á veces mi imaginación supone que sería un sueño.... y quizá llegaría á creerlo, si no tuviera el recuerdo mudo y elocuente, el famoso librito que de manera rara hizo llegar á mis manos......

—Es preciso que tengas un poco más de paciencia, las cosas, tarde ó temprano, se arreglan satisfactoriamente, conforme los designios de la sabia Providencia que nunca se equivoca en sus obras; yo supongo que él está ausente, que él volverá un día ú otro; pero volverá, y volverá tal vez para no irse más, para decirte, si es que te ama, lo mucho que siente su corazón por tí......

—Tú eres, Sofía de mi alma, el rocío que refresca mi vida, sin tus palabras de consuelo y esperanzas, tal vez hubiera ya abandonado este mundo en donde tanto he sufrido en mi temprana edad; pero confío en la Providencia, ella me ha enviado el mal, ella me enviará el remedio.

—Además, es necesario que no te dejes dominar por esa pasión, que allá en el mar dejes olvidadas todas tus tristezas; eres joven y bonita, y si aquel que tanto ha llegado á interesar tu alma, no es el elegido de la suerte para compañero de tu vida........



—No habrá otro, Sofía, no habrá otro!

—¿Tan grande es el amor que le profesas?

—Sí!—dijo Elena—lanzando un suspiro que fue toda una explosión de cariño—le quiero á tal punto que si él hubiese dejado de existir, mi corazón habría dejado de latir; si vivo es porque un rayo de esperanza me anima, si aun tengo fuerzas, es porque ignoro si él vive ó muere; tú, amiga mía, que me quieres tanto, y que por tu condición de niña, conoces poco más ó menos lo que es el corazón de la mujer, debes comprender la razón por la cual, he llegado yo á experimentar, súbitamente casi, esta pasión hacia un individuo que me es desconocido, que está ausente y que sin haber escuchado de sus labios una sola palabra de amor ha llegado á conquistar mi corazón...... tal vez si le hubiera seguido viendo no le querría tanto; pero su ausencia, su silencio, su tardanza en aparecer contribuyen cada día á que le ame más.

Elena, que al pronunciar estas últimas palabras, tenía llenos los ojos de lágrimas, se llevó el pañuelo para limpiárselas, y haciendo un gracioso mohín con los labios, se levantó rápidamente de su asiento, como para que su amiga no se diese cuenta de que lloraba, y fue á arreglarse su hermosa cabellera ante el espejo.

Pero Sofía que no olvidaba un tan solo momento la misión que su madre y el señor de Solís le habían confiado, no perdió de vista el menor movimiento, el menor detalle de aquella escena.

Ella comprendía perfectamente cuál era el verdadero estado de su amiga.

Sabía la grandeza de alma, la pureza de corazón, la sencillez del proceder de su compañera, y la admiraba, la compadecía y la cuidaba.

Lo único que ella no había podido explicarse ciertamente, era la conducta observada por el joven ves-



tido de negro, á quien ella casi conocía ya, por lo mucho que de él había hablado con su amiga, ese silencio, esa ausencia eran suficientes motivos para desconcertar á cualquier mujer. ¿Por qué si él la amaba, no se presentaba á ella, para hacer méritos en favor de su amor? ¿y si él no sentía por ella igual afecto? ¡oh! no había para qué pensar en semejante cosa..... Elena moriría, como partida por un rayo, si supiera que á eso se debía la ausencia de su bien amado, de aquel sér á quien tanto quería!

No, eso no podía suceder jamás..... y sin embargo, estaba en lo posible......

Pero Elena creía todo lo contrario; ella con su dón natural, había adivinado el amor de aquel joven.

En sus ojos, en su sonrisa, ella había visto reflejado el amor; y aquel amor era para ella, únicamente para ella.

¿Qué le importaba que aquel joven no le hubiese hablado de amor? ¿acaso no había sentido el palpitar de su corazón? ¿acaso no se había fijado en la timidez y el embarazo de aquel joven al pasar ella cerca de él?

Para una mujer delicada, para una alma grande, dicen que no hay declaración de amor más seductora que la timidez y el embarazo de un hombre de talento, y que la mejor declaración de amor es la que no se hace, porque cuando el hombre siente mucho, habla muy poco ó no habla.

Es preciso confesar que hay mucho fondo de verdad en esa opinión porque el misterio, el silencio, la reserva, son las condiciones más íntimas de todo amor puro, sencillo y elevado.

Un amor sin misterios, un amor sin reservas, es un amor vulgar, sin atractivos, sin encantos, es un amor burdelesco, indigno é impropio de las almas de cierto temple.

Y Elena que juzgaba á su joven desconocido con



una alma grande, digna de su cariño y de sus mejores consideraciones, no podría jamás llegar á creer que él pudiese haberla engañado.

*
* *

En la época en que sucedieron los acontecimientos que hemos venido narrando, aun no estaba inaugurada la línea férrea que une á la Capital con el Puerto de Acajutla pasando por la pintoresca ciudad de los cocos.

El viaje se hacía desde San Salvador hasta la vecina ciudad de Santa Tecla en el famoso ferrocarril de sangre ó tranvía, pues aunque la línea férrea ya estaba casi concluída no estaba todavía en servicio. En Santa Tecla había que tomar asiento en la diligencia ó alquilar una cabalgadura para llegar hasta la Ceiba del Guarumal, á donde llegaba el ferrocarril que conducía á Sonsonate y de este lugar al Puerto de Acajutla.

Este fue, pues, el itinerario que nuestros viajeros tuvieron que seguir para llegar en la tarde de un día hermoso y sereno á las playas anchas y saludables del Puerto de Acajutla.

Era en el mes de enero.

La temporada de mar estaba en su apogeo, los dos ó tres hotelitos que hacían el servicio, estaban totalmente atestados de gente de todas las clases sociales, y á la orilla del mar se habían construído ramadas también para hospedaje, las cuales estaban asímismo, llenas de gente.

Pero el señor de Solís, previendo tal cosa, se había anticipado á contratar dos piezas del antiguo hotel Miramar que se destacaba á pocas varas de la playa, muy cerca del muelle.



Ahí quedaron instalados convenientemente.

La noche del día en que llegaron, la luna con toda su majestad de reina pálida, enviaba sus plateados rayos á la inmensa aglomeración de gente que se había dado cita en las hermosas playas del mar.

Todo allí era felicidad, todo alegría, todo contento.

Tan pronto se oían estridentes carcajadas, como gritos y exclamaciones patentizando así el espíritu genial y alegre de los habitantes de estos pueblos.

A la luz de la luna se distinguían por todos lados grupos de señoritas y de galantes jóvenes que con la alegría retratada en el semblante se entregaban á cultos esparcimientos, improvisando juegos de toda especie que hacían amena la permanencia en aquellos deliciosos lugares, en donde el pesar y la tristeza brillaban por su ausencia.

Otros en alegres carabanas recorrían del brazo toda la extensión de las playas......

Y á lo lejos se oía, á veces, la melodiosa voz de alguna garrida doncella que al compás de la inseparable guitarra, entonaba cánticos de amor, á excitativa de su enamorado galán ó de sus queridas amigas.

¿Quién pensaba en dormir, aun cuando la noche avanzara?

¿No era aquello un verdadero edén de dichas y de placeres?

Todo el mundo allí reunido pensaba solamente en disfrutar de aquella felicidad.

Elena y Sofía acompañadas del señor de Solís, después de cenar y de descansar un rato de las fatigas del viaje, se arreglaron según la costumbre y la moda observada á la orilla del mar y salieron á dar un paseo por entre medio de aquellas olas humanas que iban y venían á lo largo de la playa.

Elena había suplicado de antemano á su amiga Sofía que procurara no permanecer largo rato en



compañía de las amigas que allí encontrasen, que ella haría lo mismo, que de esa manera estarían siempre solas, y que así gozaría mucho más.

Por estas recomendaciones Sofía comprendió cuáles eran las miras de Elena, al querer apartarse del bullicio y de la alacridad constante que reinaba en aquellos sitios.

Quería estar únicamente con ella, para tener siempre ocasión de hablar de sus cuitas.

El paseo lo verificaron nuestros personajes sin contratiempo alguno; una que otra salutación más ó menos sincera fue todo lo que recibieron de sus antiguas amistades.

Al ver pasar á Elena del brazo de Sofía, las amigas de otros tiempos se quedaban comentando acerca de ellas:

—¡Qué cambio tan radical ha sufrido Elena! exclamaban unas.

—¡Qué retraimiento tan largo! decían otras.

—Y qué extraño que haya venido al mar! proferían las más.

—Elena sufre mucho—dijo una dándose aire de estar bien enterada—desde la muerte de su madre, la pobrecita no ha dejado de llorar, y eso que ya hace algún tiempo.

—Como que ya hace más de dos años, dijo una de tantas.

—No,—articuló otra—no debe llorar tanto por la ausencia de su madre... ¡qué va á ser eso! llorará por alguna otra razón; ¡qué sabemos nosotros lo que le pasará!

—Dependerán esos lloriqueos de algunos amoríos mal correspondidos?, profirió, precisamente, una de esas que llevan al ángel de su guarda en la cara.

—Puede que sea así, le contestaron, ella es bonita y además el padre tiene dinero.

Dicen que tenía; ahora ya no tiene nada, la prueba



es que se han retirado á llevar una vida de encierro y soledad......

—¡Claro! no quieren tener testigos.....

—Ni amigos.....

—En fin, dejémosles en paz, nada nos importa lo que á ellos les ocurra.

—Sí, prosigamos nuestro juego....... ¡á ver! ¿de quién es esta prenda?......

Y las comentaristas siguieron su entretenimiento sin acordarse más de nuestros personajes.

Los Solís y Sofía llegaron al hotel un tanto fatigados.

El señor de Solís se retiró á su dormitorio para descansar un poco, arrecostado en una hamaca de pita.

Nuestras dos protagonistas se quedaron en el corredor sentadas en sendas haraganas, contemplando el incesante movimiento de las olas que, en ruido atronador, se rompian á cada instante contra las rocas y peñascos.

Hablaron de la imponente belleza del mar; del piélago infinito que recamado de hermosas y brillantes estrellas cubría como una especie de inmensa bóveda, aquel dilatado charco que en su grandioso seno daba hospedaje á aquella inmensidad de agua; de la reina de la noche que con paso lento y majestuoso recorría su órbita enviando á la tierra con maternal amor, sus luminosos rayos de luz.

Hablaron por fin, del joven ausente, autor culpable de tantas pesadumbres, y cuando la noche había avanzado mucho y la luna pretendía esconderse al final de su carrera luminosa, ambas amigas fuéronse á acostar en sus respectivos lechos, en donde les esperaban todavía, largos instantes de insomnio, dedicados á la sucesión de recuerdos.




DE EL SALVADOR

Con poca diferencia se pasaron los cuatro primeros días de temporada.

La animación no decaía un ápice.

Todo el mundo gozaba á su modo, sólo Elena y Sofía retraídas, apartadas hasta cierto punto de aquella genial comunidad, pasaban los días en alternativas de dicha y pesadumbre.

Porque la enérgica Sofía, había llegado al fin á participar de las penas de su querida amiga; eso sí, sin olvidar el cumplimiento de su misión, pues tenía presente los encargos que tanto el señor de Solís como su madre le habían dado.

Y no desperdiciaba detalle alguno, de todo tomaba exacta cuenta y lo comentaba según su ilustrado y recto criterio.

El quinto día amaneció más animado que los anteriores. Pasada la hora del café, se comenzó á notar un incesante movimiento en el muelle.

Era que esa misma mañana había atracado en la rada del Puerto de Acajutla, uno de tantos vapores que hacen la travesía; y todos querían ir á bordo para visitar y conocer el barco.

El señor de Solís propuso lo mismo á su hija y á Sofía; pero ambas se excusaron, alegando que tenían temor de marearse, que solamente irían al muelle para ver á los pasajeros que iban á desembarcar.

El señor de Solís no insistió.

Dos horas después, cuando juzgaron oportuno, se dirigieron al muelle.

Los empleados se veían en serios aprietos para efectuar sus trabajos, debido á la aglomeración de la gente, que había ocurrido á presenciar la llegada de los pasajeros, como si aquella operación hubiese sido enteramente nueva, ó como si entre ellos viniese algún personaje de mucha importancia.

Los Solís lograron colocarse en un puesto dominante; desde donde estaban, podían presenciar la



bajada y la subida del redondel de hierro con asientos, que sirve para el tráfico de pasajeros del muelle á la lancha y vice-versa.

Una lancha atraída por el remolcador se acercaba presurosa al atracadero del muelle; venía con poca gente, quizás serían los últimos pasajeros.

Elena fijó su vista en un punto negro que venía dentro de la lancha, su corazón palpitaba fuertemente, algo interiormente le decía que fuese fuerte; pero ella, á medida que la lancha avanzaba iba poniéndose mal.

Sofía notó la repentina indisposición de su amiga y con mucho disimulo llamó la atención del señor de Solís, quien hubiera querido regresar inmediatamente con su hija al hotel; pero la situación en que se hallaban, entre tanta gente, hacía difícil, llevar á cabo tal propósito.

Sofía, acercose más á Elena y al oído de ella le preguntó:

—¿Qué sientes, qué te pasa, por qué estás tan pálida y con el semblante alterado?

En aquel preciso momento, la lancha atracaba al muelle y los trabajadores bajaban rápidamente la canastilla.

Elena con un estremecimiento nervioso y sin apartar la vista de la lancha, dijo casi inconscientemente:

—Mira! ¿ves á ese joven vestido de negro?

Sofía dirigió la vista á donde le señalaba su amiga, y en efecto, vio á un joven que, acompañado de un señor de mayor edad, se disponía á subir á la canastilla.

Elena no pudo resistir la sensación que le produjo el encuentro de aquel joven y cayó desmayada en brazos de su anciano padre.

Sofía se dijo—este es el joven del libro de oraciones. Y acto contínuo trató con el señor de Solís de



abrirse campo por entre la gente para largarse al hotel.

Sanfeliz y su hijo, pues no eran otros los que acababan de desembarcar, no se dieron cuenta del incidente ocurrido á Elena; y los concurrentes al muelle achacaron el desmayo á una especie de mareo que la señorita habría sufrido á la vista inmediata de las olas del mar.

Algunas personas caritativas ayudaron al señor de Solís y á Sofía á llevar á Elena al hotel, en donde después de aplicarle algunas medicinas propias para el mal, la paciente recuperó el uso de la razón.

En un momento en que se quedaron solos, el señor de Solís, que aun no se reponía del susto que llevara con la repentina indisposición de su hija, dijo á Sofía :

—Conoce usted, por ventura, la causa del desmayo de mi hija?

Sofía dirigió una mirada atenta á la enferma como para asegurarse de que no le oiría y contestó :

—Alcancé á saberlo de boca de ella, porque instantes antes de que le sobreviniera el síncope, observé que su semblante palidecía y temiendo lo que en seguida sucedió, la interrogué; y, por toda contestación, me señaló á un joven vestido de negro que venía en la lancha, y cuya imagen quedó grabada en mi mente de tal manera que podría señalárselo á usted en cualquier momento.

—¿Y qué piensa usted de ese joven?

—Que ese, es el joven del Cementerio, el de la corona de ciprés, el del obsequio del librito de oraciones y......

—El que tiene á mi hija enferma.

—Sí, estoy totalmente convencida de que Elena le ama y le ama tan ardientemente, que sería fatal en ella una contrariedad cualquiera.



—¿No cree usted, que sea posible hacerla que le olvide?

—Lo juzgo imposible; si en su ausencia le ha amado tánto, ¿qué será teniéndole presente?

—Y usted cree que ese joven es capaz de amar á mi hija, con la misma fuerza con que ella le ama?

—Y por qué no? ¿acaso no es él un sér sujeto á experimentar igual sentimiento?; además, Elena me ha dicho muchas veces que ella se siente correspondida, que lo único que no se explica, es la ausencia tan larga de él, el mutismo en que ha vivido, en fin circunstancias tales que la han hecho sufrir; pero jamás dudar de que él la ama.

—¿Será preciso hablar con ese joven?

—Démosle tiempo; tal vez él lo haga primero, no le perdamos de vista..... y sobre todo, no olvide nunca, y téngalo siempre presente, aquello de las frases escritas en la cartulina enlutada que ostentaba la corona de ciprés, que él puso en la tumba de doña Marta, ¿recuerda usted?

—Sí, decían: «A la memoria de la inolvidable matrona doña Marta Durán de Solís, recuerdo de un amigo fiel que no la olvida,»—¿no es esto?

—Ya veo que tiene usted buena memoria..... ahora dígame, ¿qué piensa de esas palabras: «recuerdo de un amigo fiel?»

—Pues, que ese joven tuvo relaciones de alguna especie con mi difunta esposa!

—Claro, puesto que se llama amigo fiel de ella, algo de particular ocurriría entre los dos; y es preciso averiguarlo.

—Ciertamente, yo lo averiguaré.

Sofía nada contestó porque notó en aquellos momentos un ligero movimiento que su amiga hizo.

Los dos interlocutores se acercaron al lecho y con solícito cuidado auxiliaron á la paciente, hasta hacerla entrar en el uso de la razón.



Cuando Elena se incorporó ligeramente, el señor de Solís se retiró de la estancia, juzgando prudentemente que convenía dejar solas á las dos jóvenes; así, su hija no sufriría pena alguna viéndole presente.

—Dios mío, Sofía de mi alma, díme, ¿qué ha pasado por mí?

—Muy poco, casi nada, reposa algo más y después hablaremos.

—Me siento fuerte.

Sofía, con pretexto de arreglar el mobiliario se retiró del lecho; pero Elena sentándose del todo en la cama, llamó á su amiga dulcemente:

—Ven Sofía, hablemos, cuéntame: ¿le viste?

—Sí, le ví.

—Y ¿qué te pareció?

—Muy agradable, muy simpático.

—¡Ah! sí, es muy simpático! Elena lanzó un suspiro y se quedó pensativa.

Después de algunos momentos de pausa volvió á preguntar á su amiga:

—Y papá, ¿dónde está?

—Está allí, en su habitación.

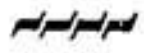
—Y ¿qué dijo?

—Se afligió mucho al verte desmayada; pero ya está tranquilo, no tengas ningún cuidado.

—De él, del joven, ¿qué me dices? ¿presenció mi desmayo?

—Lo ignoro, porque era tanta la gente que había en el muelle, que no sé si se daría cuenta de tu enfermedad.... descansa un rato más, y después hablaremos largamente.

Sofía salió de la habitación y Elena arrecostándose suavemente en los almohadones, reconcentró su espíritu y se entregó de lleno á sus ilusiones y recuerdos.




DE EL SALVADOR


DE EL SALVADOR

CAPITULO X.

La entrevista.




DE EL SALVADOR

Ni Sanfeliz ni su hijo se dieron cuenta del pequeño incidente ocurrido á Elena, porque era tanta la gente que en el muelle había, que se hacia imposible distinguir á las personas una por una.

Además, los Sanfeliz ignoraban por completo que los Solís estaban de temporada en el Puerto, ellos suponían que estarían en San Salvador; de ahí que no se preocuparan por buscarles entre aquel gentío.

Desembarcaron y después de reclamar la entrega de sus equipajes, trataron de buscar hospedaje en uno de los hoteles, lo cual también era imposible conseguir, por las mismas razones. Sin embargo, había que esperar allí hasta la partida del tren, ya fuese por la tarde ó al día siguiente á las diez de la mañana. Todo por haberse hecho el desembarque á una hora muy avanzada de aquella mañana.

Nuestros pasajeros lograron con algún trabajo, acomodarse en un cuartito, especie de buhardilla, que lograron conseguir en el hotel Miramar, precisamente el hotel que ocupara la familia Solís.

El resto de la mañana se pasó ligeramente y á la hora del almuerzo todo el mundo ocurrió á ocupar sus respectivos puestos en las mesitas colocadas expresamente para el objeto, en los corredores bajos del hotel.

Allí llegaron los Solís.

Y también llegaron los Sanfeliz.



Pero éstos, inconscientemente, se colocaron en una de las últimas mesitas; lo cual no les impedía ver á todas las demás personas.

El joven Sanfeliz fue el primero que vio á Elena y al señor de Solís, que se hallaban sentados con Sofía en la otra extremidad del local.

En el primer momento Jorge, también sintió un ligero desvanecimiento á la vista inesperada de su amada; pero logró sobreponerse y con mucho disimulo se puso á observar. Al cabo de unos momentos, Sofía que también se había puesto, por su parte, en observación disimulada, logró ver al joven vestido de negro, que en esos instantes también tenía fija la mirada en la mesita que los Solís ocuparan.

Sofía nada quiso decirles á sus compañeros y se concretó de lleno, á observar al joven.

Elena que ya se hallaba completamente restablecida, comía con algún apetito, sin levantar la vista de la mesa ni mucho menos dirigirla á los demás comensales.

El señor de Solis observaba á su hija, sin dejar de dar sus miradas de vez en cuando á los concurrentes.

Y Sanfeliz padre, por su parte, también hacía lo mismo que el señor de Solís, no perdiendo de vista á su hijo.

Entre Jorge y Sofía muy pronto se estableció una corriente de inteligencia de la cual se aprovecharon como lo veremos en seguida.

El almuerzo concluyó y todo el mundo fue desfilando por distintos rumbos.

Los Solís fueron los primeros que abandonaron el comedor; y al pasar á corta distancia de la mesita que ocupaban los Sanfeliz, Elena que ya había sido prevenida por Sofía de la presencia del joven Jorge en el comedor, volvió á verle; pero esta vez, procuró hacerlo, con más presencia de ánimo que en el mue-



lle. Le encontró bastante pálido y algo más delgado.

Su corazón latió fuertemente, parecía salírsele del albo encierro en que yacía, para caer rendido de amor á los pies de su dueño.

El joven Jorge á su vez, sintió igual emoción en presencia de Elena; y en un instante de dicha, de placer y de ventura, sus ojos se encontraron, sus labios sonrieron y sus almas grandes, volaron con presteza á unirse en estrecho abrazo.

El choque de sus miradas duró un segundo; pero ese segundo fue tan largo como un siglo, para comprenderse, para decirse lo mucho que se amaban.

El viejo Sanfeliz, también reconoció al señor de Solís y á su encantadora hija, y como herido súbitamente por un rayo, sintió una conmoción muy grande en su espíritu, que le dejó demasiado impresionado.

En el primer momento, nada supo qué pensar.

La presencia de sus amigos tan queridos y á los cuales jamás había hablado, le era molesta en aquella ocasión, conociendo las aspiraciones de su hijo.

El encuentro podía ser muy peligroso; pero afortunadamente allí estaba él para parar todo golpe funesto para la hermosa hija de Marta.

El la defendería contra todo atentado que su hijo fraguara en desdoro de su honra; y no porque él creyese capaz á su hijo, de cometer semejante acción, era porque él sabía, por experiencia, hasta donde llega de incauto, el corazón de un joven enamorado, inexperto y desesperado.

—Es necesario vigilarle, se dijo, no perderle de vista para evitar toda tentativa.

Ellos también concluyeron de almorzar y levantándose de la mesa se dirigieron á su cuarto.

—¿Supongo que ya habrés visto á Elena? dijo el viejo Sanfeliz, sentándose en una haragana.



—Ciertamente, contestó Jorge, no pudiendo retener un suspiro.

—Entonces......

—¡Entonces qué!

—Que ya está demás que vayamos á San Salvador.

—¡Padre!, ¿por qué te muestras tan severo conmigo?

—Así conviene en las actuales circunstancias, es necesario que nos vayamos, para evitar todo mal á esa criatura.

—Pero si yo no le estoy haciendo ningún daño, ni intento hacérselo; la amo demasiado para pensarlo siquiera!

—Pero ella no te ama.

—¡Ah! mucho, mucho me ama, estoy perfectamente seguro de su amor, padre mío.

—Pero, ¿tú has hablado con ella?

—Jamás, pero sus ojos, sus labios, su hermoso continente, el latido de su corazón, todo me dice que ella me ama, y yo creo no estar equivocado.

—Sería preciso convencerse de ello.

—Procuraré hacerlo.

—No corre prisa.

—En todo caso, te recuerdo la promesa que me hiciste en Guatemala, de venir á San Salvador, de pasar en dicha ciudad, tres días lo menos, y de permitirme ver á Elena; ¿por qué, pues, ahora quieres, olvidando el cumplimiento de tu palabra, no llegar á San Salvador?

—Porque ya la has visto; principal objeto de nuestra venida á este país.

—Yo espero, que tú sabrás darme el ejemplo, cumpliendo lo prometido.

—Bien, será cumplida mi palabra, pero debes obedecerme en todo.

—Quedarás satisfecho de mi conducta.



El viejo Sanfeliz, levantóse del asiento y salió al corredor para pasearse á lo largo.

Jorge, haciéndose el indiferente, se echó en la cama é hizo que dormía, pero todo su pensamiento lo concentró en el desarrollo de una idea que había concebido durante la conversación sostenida con su padre.

Tal idea consistía en procurarse una entrevista con aquella joven señorita, que parecía ser amiga y confidenta de Elena.

—Conviene cuanto antes, pensó, que yo hable con esa señorita á solas, ella puede serme muy útil, pero lo difícil es obtener de ella esa entrevista, pues mi padre, empeñado en evitar mis amores, procurará destruír todos mis proyectos. ¡Ah! ya he dado con la manera de hacerlo, me valdré de un criado del hotel..... vamos, ese es el camino.

Jorge se levantó, se asomó al umbral de la puerta y vio que su padre hablaba con un individuo en la extremidad norte del corredor. Entonces aprovechando esa felíz oportunidad, corrió hacia la escalera y bajó á la cantina del hotel, en donde pidió recado de escribir.

Obtenido lo que deseaba, escribió en un pedazo de papel unas cuantas líneas, dobló el papelito y con él en la mano se fue donde el cantinero.

—Dígame usted, señor, ¿cuál es el cuarto que ocupa el señor de Solís?

—En el piso superior, nùmero ocho.

—Gracias.

Jorge hizo señas á un rapazuelo que se hallaba jugando muy cerca del lugar, con otros amiguitos.

El muchacho se acercó y Jorge le dijo:

—Ven conmigo, vas á ganarte un real para que compres más bolitas de mármol.....

El muchacho siguió á Jorge, quien se encaminó al piso superior del hotel; al llegar á la planta del



corredor, buscó á su padre con la vista y le vio hablando aún con el mismo individuo. Satisfecho de su suerte, fuese, seguido del muchacho, en busca del cuarto número ocho.

No tardó en hallarle y cuando estuvo seguro de que allí estaba la señorita que acompañaba á Elena, se inclinó y habló al oido del muchacho:

—¿Ves esa pieza que tiene entornada la puerta?

—Sí señor.

—Pues bien, vas y allí encontrarás á una señorita recostada en una haragana y á otra sentada, á corta distancia, en una mecedora, entras resueltamente y sin detenerte llegas hasta ponerte en medio de las dos, quedando tú de espaldas á la que ocupa la mecedora..... así en esta postura..... entiendes?

—Perfectamente señor.

—Toma este papelito, llévalo en la mano izquierda y cuando estés frente á frente de la señorita que está en la haragana, le tiendes el sombrero con la mano derecha y le pides una limosna por Dios, que tienes hambre; y al mismo tiempo, por la espalda le haces señas á la otra para que tome el papelito que llevarás en la mano izquierda.... ¿has comprendido la lección?

—Sí señor.

—Veamos; haslo delante de mí.

El muchacho tomó su sombrero con la mano derecha y el papelito con la izquierda é hizo todo cuanto Jorge le había indicado.

—Bien, le dijo, si logras con éxito, entregar el papelito, te llevarás una buena propina.

—Quedará usted satisfecho, señor.

—Aquí espero.

El muchacho, que no tenía nada de tonto, llegóse al umbral de la puerta y despuès de saludar con voz de hambre á las señoritas que encontró en la postu-



ra que el señor le indicara, entró resueltamente sin detenerse hasta colocarse en medio de las dos.

La comedia quedó bien representada.

Sofía tomó el papelito de manos del muchacho y Elena no se dió cuenta de ello por estarle viendo.

—¿Dices que tienes hambre?

—Sí señorita, hace dos días que no pruebo bocado.

—Sofía, has el favor de alcanzarme el portamonedas que está allí.....

Sofía se levantó y fue á traer el portamonedas, que Elena abrió y dando un real al muchacho, le dijo:

—Toma y ve á comer.

El muchacho tomó el dinero que le dió la señorita y corriendo salió de la pieza.

Jorge estaba arrimado á una de las ventanillas de la persiana que cubre el corredor y su mirada se extendía hacia la inmensidad del océano, cuando sintió que le halaban suavemente el vestido.

—Señor, le dijo el muchacho, su encargo está cumplido, la señorita Sofía tomó el papelito y la otra me dió ésto de limosna.

—¿Cómo has dicho? Sofía.....

—Sí, la señorita Sofía tomó el papelito.

—Bueno, toma y no dejes de estar por ahí por si te necesito otra vez.

El muchacho tomó de manos de Jorge lo que éste le daba y se retiró ofreciéndole no irse muy lejos de aquel lugar.



—En todas partes, se encuentra personificada la miseria, articuló Elena viendo salir al muchacho.

—Ciertamente, contestó Sofía, ese muchacho debe ser un ejemplar.

—Hijo, tal vez, de alguna madre infortunada.


DE EL SALVADOR

Las dos amigas exhalaron á un tiempo un suspiro imperceptible: la una recordando á su amado y la otra, sugestionada por la idea de que algo iba á suceder con el encuentro del joven vestido de negro.

Aquel papelito que de una manera *sui géneris* le había llegado, alguna noticia importante le llevaría, tal vez sería algún anónimo infamante, tal vez sería un aviso preventivo. Sofía sentía ya la necesidad de leerlo, pero por una inspiración felíz se detenía á hacerlo delante de su amiga. No quería que ella se enterara de lo que pudieran decirle, sin antes analizar aquellas versiones que bien podrían serle perjudiciales para su delicada persona, máxime encontrándose en un estado de salud demasiado impresionable.

La suerte favoreció los deseos de Sofía, pues, Elena ensimismada, fuese quedando dormida en la haragana que convidaba al sueño ayudada de la fresca brisa del mar que se colaba por entre las tablitas de la persiana.

Cuando Sofía calculó que Elena se hallaba perfectamente dormida, acercóse á la ventana que daba al mar y desdoblando el papelito con verdadera ansiedad, lo leyó rápidamente.

Estaba consignado en estos términos:

«Señorita: Una pasión muy grande devora mi corazón y abrasa mi alma; me considero correspondido por su hermosa amiga y algo sobrenatural me indica que es usted el ángel bueno que nos defenderá contra todo peligro. Por esa razón no vacilo, abusando de su bondad, en suplicarle encarecidamente que me conceda unos momentos de audiencia, para explicarle mi conducta, para comunicarle ciertos datos que interesan mucho. El respeto profundo hacia la mujer, es mi norma; juro á usted, señorita, que será respetada; y como abrigo la esperanza de que usted atenderá mi súplica, ya que de ello depende la felicidad de su amiga, á quien tanto quiere, me



atrevo á indicarle que esta noche á las doce estaré esperando verla, en la ventanilla que da frente al mar y á la puerta del cuarto que ustedes ocupan. Besa á usted los pies, su adicto servidor.—J.»

Sofía leyó y releyó aquellas líneas y poseída enteramente de los conceptos que encerraban, se puso á discurrir qué debía hacer en presencia de aquellas anómalas circunstancias.

Conceder audiencia á solas, á un hombre desconocido, era para ella un acto al cual no podía fácilmente avenirse; pero se trataba de su amiga, de la infortunada Elena, de aquella criatura á quien ella quería mucho y á quien era preciso salvar á todo trance de aquel estado en que se hallaba, amenazada de una enfermedad que podía ser fatal. Tal vez de aquella entrevista dependía la solución favorable.

Pero, ¿qué sería lo que tendria que decirle aquel joven? Que amaba mucho á Elena, que su intención era casarse con ella para hacerla feliz, que su dicha dependía de que fuese correspondido por ella, de que.... en fin, otras tantas cosas parecidas y que ya ellas lo sabían perfectamente. ¿Esto sería lo interesante? Nada de interés encontrábale Sofía.

—De seguro, — se decía, — es otra cosa lo que él desea decirme; y yo debo oirle, los deberes de amistad me lo exigen; pero mi decoro personal me lo impide, ¿qué hacer, Dios mio?

En estas reflexiones se hallaba la fiel amiga de Elena, cuando acertó á llegar por donde ella estaba, el señor de Solís.

Sofía sintió los pasos de alguien que se acercaba y ligeramente dobló el papelito y lo escondió, hecho ésto volvió la vista y se tranquilizó segura de que era el señor de Solís quien se acercaba á ella.

—Está dormida mi hija, — dijo él cuando estuvo frente á Sofía.

—Sí señor, se halla descansando, y usted llega



muy á tiempo, pues tengo algo importante que comunicarle.

—¿Sí?, vamos á ver, hija mía.

—¿Recuerda que le dije que él sería el primero en hablar?

El señor de Solís hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y dijo con tono de admiración:

—¡Ya habló!

—Casi, casi, es decir no ha hablado, pero ha escrito, tengo carta de él.

—Muéstramela.

—Me pide una entrevista, dijo Sofía entregando al señor de Solís el papelito.

El padre de Elena se colocó las gafas y leyó con rapidez el contenido del papelito que ya conocen nuestros lectores.

—¿Qué piensas hacer? dijo á Sofía entregándole el papel.

—Precisamente, eso iba yo á consultarle.

—A mí me parece conveniente que ocurras á la cita, yo estaré oculto y cerca de ustedes para evitar cualquier evento. Esta acción, hija mía, llenará de mayor gratitud mi corazón, es preciso averiguar quién es ese joven, cuáles son sus intenciones, á qué viene, y todo eso puedes tú saberlo esta noche. Mi hija le ama, he comprendido que sin el amor de ese joven ella moriría y antes que verla morir, prefiero verla al lado de ese joven desconocido.

—Parece ser de familia honrada y noble.

—Si así es, tanto mejor, yo no me opongo á los amores de ellos, sería infructuoso, de modo pues, que hay que arreglar esto pronto para que las penas cesen y todos seamos felices.

—De manera que usted opina porque yo ocurra á la cita.

—Te lo agradeceré toda mi vida, hija mía, y pro-



cura arrancar á ese joven todo cuanto sepa para saber á qué atenernos.

—Procuraré complacerle.

—Eres muy bondadosa, hija mía, y así, caminando de acuerdo los dos, tengo la seguridad de que haremos feliz á Elena.

—Ese es mi único afán, mi único anhelo.

—Gracias, Sofía.

Ambos oyeron en aquellos momentos, ruido en la estancia en donde dormía Elena.

—Quizá á despertado, dijo Sofía, encaminándose á la habitación.

El señor de Solís se retiró al suyo, cavilando sobre los acontecimientos del día.

***

Jorge Sanfeliz hijo, cuando despidió al muchacho, quedóse pensativo, reflexionando respecto de la suerte que había tenido para satisfacer sus deseos.

—Sofía, — este es el nombre de la amiga de Elena, se dijo, — ¡vaya! es un paso más, porque si ella me concede la audiencia que le he solicitado, ya podré llamarla por su nombre, ¡ha sido una feliz casualidad! ¡Ah! yo confío en mi buena estrella. Sofía tiene todas las trasas de ser bondadosa y no me rechazará...... yo debo decirla todo y suplicarle que me ayude en la empresa que me propongo llevar á cabo...... mi padre está malditamente empeñado en llevarme á España y si logro hablar con Elena creo que podré conjurar ese peligro. Otra ausencia larga me mataría; y ésta tiene el riesgo de ser indefinida.

El día se pasó sin otro incidente particular que pueda interesar á los lectores.



La animación á orillas del mar tiene también su flujo y reflujo, y la marea de la dicha y de la alegría crece de punto á ciertas horas.

A la hermosa puesta del Sol, cuando el grandioso faro se ocultaba en el ocaso, entre medio de celajes y crepùsculos, todos los paseantes salían de sus escondites en donde se habían abrigado de los candentes rayos solares y recorrían alegres y bulliciosos las riberas del mar.

Pronto llegó la noche.

La luna con su séquito de rayos plateados tardaría esa noche en aparecer, pues, obedeciendo al fenómeno invariable á que está sujeta, su salida triunfal tenía que verificarse algo tarde.

Sin embargo, la alacridad no decaía un instante.

Todos gozaban, todos reían y gritaban demostrando la expansión del espíritu.

Las horas pasaban veloces y solamente para Jorge tardaba en llegar la de la cita.

Con intención premeditada invitó á su padre á dar un paseo por la playa del mar y le llevó á donde más gente había; allí, entre el bullicio y la alegría encontraron personas amigas con quienes entablaron conversación. El viejo Sanfeliz á pesar de su experiencia, era incauto, no comprendió el plan de su hijo y se entregó de lleno á las delicias de una plática amena y recordatoria de sus pasados tiempos, con un personaje de su misma edad.

Cuando la hora se iba acercando, Jorge logró escaparse de la presencia de su padre, favorecido por el ir y venir de la gente que se apiñaba á orillas del mar.

Libre de las miradas de su padre, Jorge corrió velozmente al Hotel, subió la escalera y se fue á colocar en el sitio convenido.

Instantes después la puerta del cuarto de enfrente



se abrió con mucho sigilo, para dar paso á Sofía que iba á la entrevista.

—Señorita — dijo Jorge, viéndola acercarse — cuente usted que mi agradecimiento será eterno.

—Y yo le ruego á usted ser breve, en gracia á la bondad con que he acogido su súplica.

—La he molestado, señorita, porque comprendo que usted es la única persona que puede resolver la situación en que me hallo.

—Ante todo, diga usted con quien estoy hablando.

—Con Jorge Sanfeliz hijo, pertenezco á una familia honrada y de antecedentes limpios, soy joven, pues aun no cuento veinticinco años, amo con delirio á Elena y mi único afán es poderla llamar mi esposa, hacerla felíz y vivir para ella, pero mi padre que tiene motivos de profundo agradecimiento hacia la familia Solís, por favores pecuniarios que recibiera de doña Marta, se ha empeñado en permanecer ignorado de ellos, pero sin dejar un momento de agradecer aquellos beneficios. El conoce mis amores con Elena y está dispuesto á llevarme á España á donde me dejará imposibilitado para venirme; todo, porque no quiere que yo hable con Elena y mucho menos que me case con ella; el viaje lo hemos emprendido ya; pero yo he logrado hacerle venir siquiera tres días á San Salvador, para ver por última vez á Elena, á esto obedece mi presencia en estos lugares; y yo, que estoy para irme de aquí, de aquí donde dejo mi corazón, mi alma, mi vida, me atrevo á suplicar á usted señorita, que parece ser muy amiga de Elena, que la ruegue en San Salvador, si es que han de irse pronto ó aquí mismo si tardaran en regresar, que me conceda unos momentos; quiero que ella sepa de mis labios muchas cosas que yo debo decirle antes de irme para siempre, para no volver.

Al oír esto Sofía tembló, porque conocía á Elena, sabía que sin Jorge, ella también moriría pronto, co-



mo muere el pez fuera del agua, como muere todo individuo faltándole el aire, así moriría aquella criatura faltándole su Jorge.

—¿Cómo se llama su padre?

—Jorge Sanfeliz, lleva mi propio nombre, y es una persona severa en sus costumbres, franco en su proceder, leal en su amistad y decidido en sus resoluciones. El ha jurado permanecer ignorado de ustedes y lo hará si alguna circunstancia mayor no se lo impide, de ahí que yo esté condenado por obediencia, por sumisión á sus designios, que me serán fatales sin la ayuda de ustedes, en quienes abrigo toda esperanza.

—¿No tiene algo más qué decirme?

—Una pregunta solamente, que me diga usted si es verdad que Elena me ama.

—Todas las apariencias indican que es usted correspondido; pero yo nada puedo asegurarle.

—Ahora, dígame por último, si debo esperar una resolución favorable respecto de mis deseos en cuanto á hablar con ella.

—Haré cuanto esté de mi parte por complacer sus deseos; pero conviene que usted también lo intente por medio de su padre el señor de Solís.

—¡Ah! imposible, sería contraproducente, si mi padre sabe que yo he hablado con el señor de Solís, se irritaría demasiado y pronto tendríamos que embarcarnos, le he prometido permanecer ignorado y debo cumplir la palabra.

—Entonces debe ignorar esta entrevista.

—Nada sabe.

—Y ¿cómo se haría, pues, para que usted y Elena se viesen y hablasen?

—Eso es distinto, yo mismo lo procuraré y además hablando yo con ella, satisfago mis deseos que son los postreros, y aunque él lo sepa nada importa desde que siempre tendré que ausentarme; pero si



sabe que he hablado con el señor de Solís, no me dejaría hablar con Elena.

—¿Cuándo se marchan ustedes á San Salvador?

—Mañana, mi padre es recto, hemos venido para estar tres días en la capital, estén ustedes ó no, en ella; así, pues, permaneceremos los tres días al cabo de los cuales nos marcharemos invariablemente.

—Bien, confíe usted, yo haré cuanto esté de mi parte para complacerle.

—Rindo á usted mis más expresivos agradecimientos por todas sus bondades y cuente usted á Elena lo mucho que la amo, mientras yo personalmente puedo decírselo.

—Ahora voy yo á interrogarle.

—Puede usted hacerlo, que con todo gusto le contestaré, diciéndole únicamente la verdad.

—Fue usted quien colocó en la tumba de doña Marta aquella corona de ciprés y aquella tarjeta enlutada con una inscripción?

—Sí señorita, lo hice por mandato de mi padre, quien desde Guatemala, me envió expresamente á ese fin.

—Y fue usted quien dejó para Elena un libro de oraciones con una dedicatoria?

—Es enteramente cierto. Ví á Elena por primera vez en el Cementerio de San Salvador, la contemplé extasiado y sentí desde aquel memorable día, un amor intenso, devorador hacia tan hermosa criatura, procuré verla otra vez y otra vez, y comprendí que si permanecía en San Salvador acabaría por no regresar á Guatemala y por disgustar gravemente al autor de mis días; fue entonces que concebí la idea de dejar á Elena ese recuerdo, que le estuviese hablando constantemente de mí, que fuese testigo mudo de sus cuitas, que recogiese sus íntimas impresiones.

—¿Y eso lo sabe su padre?



—Tuve que confesárselo, se disgustó mucho; pero acabó por perdonarme esa imprudencia.

—Pues bien, ahora vamos á retirarnos y como mañana parten ustedes, procure verme pasado mañana en la iglesia de Santo Domingo, después de la misa.

—Gracias infinitas, amiga mía, el favor que usted me concede no sabré jamás como recompensarlo, pero no dude que mi gratitud será eterna, y que siempre la respetaré á usted como á mi salvadora.

Los jóvenes se separaron; Jorge fuese y Sofía entró á su estancia.



CAPITULO XI.

Conciliación.




DE EL SALVADOR

Elena dormía profundamente, ignorando por completo el peligro en que se hallaba su amor, no sabía que el joven había venido solamente á despedirse de ella. Su sueño, aparentemente, parecía haberse realizado y eso la hacía dichosa.

Él estaba allí; ella le había visto ya varias veces. Ambos se habían hablado de amor sin pronunciar una palabra; es decir en ese lenguaje mudo, que sólo los enamorados comprenden, porque sólo ellos tienen el dón de conocer las expresiones del sentimiento íntimo y noble.

Sofía entró en la estancia; y, caminando de puntillas, se acercó al lecho de Elena y la contempló, más hermosa que nunca, su alabastrino pecho se ensanchaba y se oprimía pausadamente con un compás invariable, denotando la felicidad, la paz del alma, la tranquilidad de su espíritu.

En esos instantes Sofía sintió pasos dentro de la estancia y volvió á ver rápidamente. Era el señor de Solís que en su ansiedad por saber lo que la amiga de su hija había conversado con el joven desconocido, había resuelto interrogar á Sofía aquella misma noche.

—Soy yo, hija mía, — dijo llegando muy quedo cerca de la cama de Elena — he querido saber hoy mismo lo que platicaste con ese joven, y aquí me tienes haciéndote esa súplica.

—Ha hecho usted muy bien en venir. Yo también



deseaba verle esta misma noche, porque urge que nos pongamos de acuerdo para conjurar el peligro.

—¿Cómo? peligro has dicho! ¿cuál es ese peligro? ¿en qué consiste?

—Sentémonos y hablemos.

Los dos interlocutores se sentaron cómodamente á una distancia regular del sitio en que se hallaba Elena; podía ésta despertar y enterarse de lo que iban á hablar, cosa que no convenía que sucediera.

Sofía comenzó á hablar. Contó al señor de Solís todo lo que Jorge le había dicho, sin olvidar un solo detalle y después de relatar aquella historia, que ellos aceptaron como verídica, por las circunstancias en que ellos se encontraban, por la espontaneidad del joven, por el estado de ánimo que observaban en Elena, se pusieron á hacer comentarios según su propio criterio.

—Por fin ¿qué piensas tú que debemos hacer en este trance, hija mía? dijo el señor de Solís cambiando de postura en su asiento.

—Por lo pronto, creo que conviene irnos á San Salvador, que termine mañana la temporada de mar; creo que á Elena no le disgustará esta resolución, y contenta aceptará nuestro regreso, máxime cuando sepa que Jorge se va también.

—Bien, nos iremos mañana.

—Sí, pero no en el mismo tren en que ellos se marchen, debemos irnos en el de la tarde.

—Es verdad, pues bien, nos iremos en el que tú indiques; y estando en San Salvador ¿qué haremos?

—Dejaremos pasar el primer día para observar el curso de los acontecimientos; además, allá tenemos á otro consejero que es mi madre, ella podrá ayudarnos en esta ocasión...... lo que sí creo que conviene hacer, es no desperdiciar la venida de ese señor Sanfeliz y de su hijo, porque con otra ausencia más ó menos larga y quizá interminable, Elena, cuya



pasión ha crecido de punto desde ayer, no resistiría y podríamos presenciar muy pronto, fatales consecuencias, que después deploraríamos. Ellos se aman, él por lo visto es todo un caballero, joven, elegante, de buena posición y aun creo que de buena familia, por consiguiente, nada hay que á usted pueda disgustarle, para aprobar esa unión.

—Ese es mi parecer; además, deseo hacer feliz á mi hija y si en eso consiste su dicha, no seré yo quien le ponga obstáculos para su realización, antes bien, ayudaré con toda la fuerza de mis pocas energías á conseguírsela.

—Tiene usted un corazón generoso, señor de Solís, y la Providencia le premiará por todas sus bondades.

—Ahora, vamos á dormir, hija mía, mañana dispondremos el viaje, tú te encargarás de prevenir á mi hija.

—Pierda usted el menor cuidado, yo me encargaré de que Elena sepa todo lo que convenga.

—Adiós hija mía.

—Buenas noches, señor de Solís.

El señor de Solís fuese á su cuarto; pero sin la menor intención de acostarse, aunque cansado no sentía deseos de echarse, la situación anómala en que se hallaba, el deseo de hacer felíz á su hija, el porvenir de ella, todo ese cúmulo de reflexiones se agolparon en su debilitado cerebro y lejos de permitirle un rato de reposo, le llenaron de intranquilidad su espíritu.

Y había razón para ello.

El señor de Solís sabía perfectamente que su hija, aquella tierna mariposa que su suerte le había deparado, aquella alma pura y casta, aquella inocente criatura que jamás había exhalado una ligera queja delante de él, sufría en silencio; y él era testigo de esos sufrimientos sin poderlos mitigar. Su única es-



peranza había sido hasta entonces la familia Aguirre, en ellas confiaba para lograr el mejoramiento físico-moral de su amada hija.

La viuda y su hija, buenas personas, se habían propuesto ser útiles en aquella ocasión y el señor de Solís tenía en ellas una fe ciega á punto de no replicar ni rechazar, á veces, lo que ellas se proponían hacer.

De ahí que cuando Solía, le dijo que era preciso que la temporada de mar concluyese para ellos y que debían regresar á San Salvador, él ni siquiera tuvo la intención de replicar, aceptó inmediatamente el consejo y sólo pensó en llevarlo á cabo. Tal vez en San Salvador se podría encontrar la solución de aquella situación anómala de Elena.

El señor de Solís permaneció largo rato sentado en una haragana, con la vista fija en el techo de la habitación; detrás de él y sobre una mesita de bambú, se encontraban algunos efectos de su uso y un quinqué de gas que alumbraba ténuemente la estancia, quizá á consecuencia del poco gas que tenía ó de lo delgado de la mecha.

A la luz de aquella lamparilla, la habitación quedaba sumida en una semioscuridad á lo cual contribuía la pantalla de color verde que cubría el tubo de vidrio del quinqué.

El señor de Solís al entrar, era tal su preocupación, que olvidó cerrar la puerta de su cuarto que comunicaba con el corredor.

La luna cansada de enviar sus hermosos rayos en aquella apacible noche, se ocultaba ora entre los vaporosos pliegues de una nube blanca, ora entre la intensa negrura de otra nube cargada de gases.

La noche había avanzado mucho, casi tocaba á las puertas el nuevo día.

El señor de Solís continuaba en su asiento cuando un ligero toque en la madera de la puerta, producido



por los nudillos de una mano, le arrancó del sopor en que se hallaba, y enderezándose en la silla dirigió su vista hacia el sitio en que se oyó el ruido. Sus ojos distinguieron la silueta de un hombre que le saludó desde la puerta.

—¿Qué desea usted? articuló el señor de Solís, poniéndose completamente de pié.

—Solicito de usted unos pocos momentos de audiencia.

—Me parece que la hora no es la más oportuna para esa clase de solicitudes; además, en estos momentos voy á meterme en cama, mañana vuelva usted.

—Señor, se trata de un asunto importante.

—Bien, guárdelo usted para discutirlo mañana.

—Es que en ello consiste la felicidad de su bella hija.

—¿Qué? ¿cómo? ¿qué es lo que usted dice?

—Eso, precisamente, eso es lo que quiero decir, si usted me lo permite.

—Pero, ¿quién es usted? ¿porqué razón se interesa en asuntos de mi familia?

—Oigame usted, por favor, señor, y después juzgará según su criterio.

—Bueno, adelante, tome asiento en esa silla y comience por decirme á quién tengo por huésped esta noche.

El individuo entró, se sentó en la silla que el señor de Solís le indicó, y tras unos breves instantes que ocupó en arreglar su indumentaria, como para dar tregua, quizá, á su entendimiento, profirió del siguiente modo:

—Soy Jorge Sanfeliz, hijo de otra persona que lleva mi mismo nombre.

El señor de Solís no pudo reprimir un movimiento de sorpresa al saber que se hallaba nada menos que delante del pretendiente de su hija; su primer im-



pulso fue el de echar fuera, á aquel atrevido que de tal manera y á tal hora llegaba á importunarle; pero gracias á una inspiración divina, recordó los consejos de Sofía y además, las palabras que el individuo le había dicho al entrar, referentes al bienestar de su querida hija.

—¿Y qué desea usted de mí?, contestó el padre de Elena, clavando su penetrante mirada en la figura del joven que se hallaba á pocos pasos de él.

—Señor, vengo para hablar con usted de un asunto que nos interesa á todos.

—Sí, ya lo ha dicho, veámos ¿qué asunto es ese?

—Voy primero á hacerle, con todo el respeto que su persona me merece, una confesión franca, sincera y verdadera: La señorita Elena, su encantadora hija, ha sabido inspirar, con sus encantos y sus virtudes, una pasión en mi alma, tan grande, que no me sería posible resistir la última decisión de mi padre, que se niega de todo punto á tolerar y mucho menos á aprobar mi conducta, que nada tiene de incorrecto. El me ha dicho esta misma noche, que está resuelto á embarcarse mañana mismo, que no estará tranquilo hasta que lleguemos á España, en donde piensa dejarme con la familia de que descendemos para evitar así, que se desarrollen nuestras relaciones entre su hija y yo, pues él ha jurado permanecer ignorado de ustedes por motivos que sólo él conoce.

El joven suspendió de hablar, para limpiar el sudor que le brotaba de la frente, y continuó:

—Ignoro, aunque lo supongo, si su bella hija, correspónde á este amor intenso que me devora, pero abrigo la esperanza de que ella, que es tan buena, sabrá compadecerse de mí, con la ayuda de usted á quien me acojo por que sé que atenderá mi súplica...... De usted depende, señor, la felicidad de su hija, si es que ella me ama, y la dicha de este mortal, si consigo de usted el favor que voy á



pedirle...... ante todo voy á declarar solemnemente, ante las canas honorables que pueblan su venerable cabeza, la siguiente promesa que me he hecho: si no consigo lo que me propongo, si mi padre á pesar de todo, logra embarcarse mañana mismo rumbo á lejanas playas conmigo, juro por los manes de mi madre, á quien no tuve la inmensa dicha de conocer, que antes de verme separado del objeto de mi amor, sufriendo eternamente la nostalgia de su ausencia, pondré fin á mis tristes días. No habrá caminado el barco muchos nudos, sin que el océano, abriendo sus inmensas fauses, reciba en su seno el cadáver de este desgraciado que hoy, lleno de esperanzas aún, implora de su generoso corazón un favor muy grande..... para obtener ese favor no tengo méritos, bien lo comprendo; pero si usted me lo permite, le contaré una historia que mi padre me ha relatado varias veces, para que yo me identifique con él y participe de la inmensa gratitud que guarda en su corazón, no sólo por aquella santa señora progenitora de su apreciable hija, sino por usted y por su descendencia.

—Ya escucho esa historia.

El joven Sanfeliz acercó un poco la silla y contó al señor de Solís toda la historia que ya nosotros conocemos, sin olvidar un detalle por pequeño que fuese. Después le habló de lo de la corona de ciprés, de lo del librito de oraciones y sus tres primeros encuentros con Elena, de donde nació aquella pasión tan grande que los dos jóvenes se profesaban.

El asunto de la conversación fue tan interasante para el padre de Elena, que poco por poco fue sintiendo cierta inclinación favorable al joven Sanfeliz. Todo lo que le dijo tenía puntos de contacto con lo que él propio había observado en su hija, lo cual contribuyó grandemente á que diese completa fe y crédito á cuanto le expuso.



El joven Sanfeliz, en su relato, llegó hasta contar al señor de Solís, su reciente entrevista con la señorita Sofía y agregó:

—Cuando yo me separé de la bondadosa amiga de la señorita Elena, su muy apreciable hija, tuve el atrevimiento de quedarme por allí cerca, para observar lo que ocurriera; y, con efecto, pocos momentos después ví que usted salía de esta habitación y entraba en la de ellas; yo salí de mi escondite y fuíme á oír lo que ustedes hablaban, colocándome para ello junto á la puerta de entrada, que usted había dejado entornada..... escuché perfectamente lo que ustedes hablaron y vuestra conversación ha inundado de esperanzas mi alma, ha tranquilizado mi espíritu; pero..... precisamente cuando usted se despedía de la señorita Sofía, sentí que alguien me halaba del brazo.... era mi padre, que iba en busca mía y que me halló en donde él suponía.... esto le ha encolerizado tanto, que rompiendo su promesa solemne, me ha dicho que mañana mismo, si hay lugar, nos embarcaremos para no volver jamás.... esto como usted comprende, señor de Solís, viene á destruir por completo todas mis esperanzas, viene á anular todas mis aspiraciones, que son las mismas de su distinguida y amable hija y por consecuencia lógica, dado el acendrado amor paternal de usted, son las mismas suyas.... ¡perdón por mi atrevimiento! Yo he velado el sueño de mi padre y cuando me convencí de que él no sentiría nada, he abandonado mi lecho, y resuelto á soportar cuanto me suceda, he venido á importunar á usted, para hacerle una petición y una sùplica; mi petición se contrae á solicitar de usted la mano de su encantadora hija, la señorita Elena, con quien deseo contraer matrimonio y la súplica se refiere, caso de que usted resuelva favorablemente mi petición, á que tenga la bondad



de suspender su viaje á San Salvador, mientras logro conjurar la cólera de mi padre.

—Es verdaderamente extraño el capricho del padre de usted, y ya tengo curiosidad por conocerle, dijo el señor de Solís, no haciendo caso de la petición y solicitud del joven; y, levantándose de su asiento como para indicar al pretendiente de su hija, que la entrevista había concluido, agregó con alguna solemnidad, — mañana trataremos de arreglar ese asunto de algún modo. —

El joven Sanfeliz se levantó también de su asiento y haciendo una reverencia se despidió del padre de su amada protestándole su agradecimiento por la atención con que le había escuchado y por la actitud en su favor.

El señor de Solís se metió en cama, con la mira de conciliar el sueño y restablecer sus agotadas energías con el descanso; pero fue inútil todo esfuerzo, había tanto en qué reflexionar, que su espíritu permaneció intranquilo, y el sueño huyó lejos, muy lejos.......

El joven Sanfeliz por su parte, con fe en el corazón y abrigando esperanzas de un porvenir venturoso, se encaminó á su habitación; cuando estuvo cerca tomó algunas precauciones para el caso de que su padre hubiese notado su ausencia.

Empujó suavemente la puerta del cuarto que ocupaban su padre y èl, y entró de puntillas.....

Todo estaba tranquilo.

A la tenue luz de los débiles crepúsculos que ya comenzaban á aparecer, precursores del próximo día, distinguió á su padre dormido en su lecho.

El fuese al suyo y acostado esperó la salida del sol para lanzarse de la cama, pues era tal la excitación de su ánimo que no pudo, ni siquiera intentó conciliar el sueño.



*
* *

A la mañana siguiente, después del desayuno, el señor de Solís hizo llamar á su habitación á su hija, por medio de un sirviente del hotel.

—En qué puedo serte útil, padre mío, dijo Elena entrando en la habitación.

—Como probablemente está cerca ya nuestro regreso á San Salvador, deseo que me arregles todas mis cositas que, como tú ves, están todas en desorden.

—Con mucho gusto, no era preciso que me lo indicases, voy á hacerlo al momento.

—Sí, hija mía, mientras tanto iré á dar otro encargo á Sofía, quien supongo estará en.....

—Ciertamente está ocupada en arreglar lo nuestro, dijo Elena, sin presumir nada de lo que se proyectaba.

El señor de Solís que á drede había desarreglado su valija y había puesto en completo desorden todo lo suyo, salió dejando á su hija entretenida en aquel trabajo.

Sofía, cuando supo que el señor de Solís llamaba solamente á su hija, supuso que algo de importancia habría y esperó tranquilamente, sentada frente á un espejito, ocupada en arreglarse su cabellera.

En esa ocupación la encontró el padre de Elena, quien acercando una silla á la de Sofía, la dijo:

—Anoche cuando me retiré de aquí, tuve una visita en mi cuarto.

—¿De quién? ¿del señor Sanfeliz?

—No, del hijo.

—¿Del pretendiente de Elena?

—El mismo.

—Y.........

—Nada, que tras contarme su historia y la de su



padre que viene á ser casi la misma, me pidió la mano de mi hija y me suplicó suspender el viaje para mientras logra, — dice él — conjurar la cólera de su padre, que le avanzó escuchando arrimado á la puerta, lo que nosotros conversábamos anoche.

—Y usted ¿qué le contestó?

—Que hoy arreglaríamos de alguna manera ese asunto.

—Sabe usted si el padre de ese joven, en presencia de su conducta, habrá tomado alguna medida extrema? ¿nada le dijo á ese respecto el joven?

—Sí, me dijo que su padre rompiendo su promesa solemne de ir hasta San Salvador y permanecer allá tres días, haría todo lo posible por embarcarse mañana mismo si había lugar,

—Muy grave se está poniendo el asunto.

—Además, el pretendiente de mi hija, ha jurado ante mí, por los manes de su madre que si eso llegase á suceder por desgracia, no dejaría caminar muchos nudos al barco sin que el mar, abriendo sus inmensas fauses, le recibiese en su seno.

—Lo que daría por triste resultado, la muerte de nuestra muy querida Elena......

—¡No digas semejante cosa! ¡cómo es posible concebir esa idea tan funesta!

—No olvide usted que Elena ama con vehemente pasión á ese joven y que dado su estado de salud no podría resistir un pesar de esa naturaleza.

—¡Sí, es verdad! — articuló con tono lastimero el señor de Solís, meneando para uno y otro lado pausadamente la cabeza — es preciso remediar á tiempo el mal.

—¿Y qué se propondrá el padre de ese joven con esa conducta tan extraña?

—Es un capricho, nada más que un capricho; pero un capricho que nos puede estar caro.



—El dice que no quiere que nosotros le conozcamos, ¿verdad?

—Sí, ese es su propósito.

—Pues bien, ¿qué le parece si usted se presentara ante él suplicándole su amistad é invitándole á pasar á San Salvador siquiera sea por unos pocos días?

—Hija, ese paso creo que por dignidad no debo darlo.

—Se trata del bienestar de Elena.

—Sí; pero ¿dónde has visto tú, que el padre de una señorita busque......?

—Este es un caso excepcional, señor de Solís, hay que conjurar el peligro y tratándose de su hija á quien tánto quiere usted, no debe vacilar en los medios de hacerla feliz.

El señor de Solís, apoyó los codos en sus piernas y en los huecos de sus manos depositó su calenturienta y dolorida frente, dejando escapar un suspiro lastimero que fue á encontrar eco en lo más recóndito del pecho de Sofía.

Tras breves instantes, el señor de Solís, recobrando su ánimo y resuelto, se levantó articulando:

—Voy en busca de ese hombre!

El señor de Solís salió de la habitación dejando á la buena amiga de Elena en profunda meditación.

Momentos después entró Elena, radiante de hermosura, pero dejando ver en su semblante las huellas del pesar que la venía haciendo sufrir. Hacía veinticuatro horas poco más ó menos que no veía á su amante.

¿Qué sería de él? ¿se habría ido otra vez?

Sofía al verla llegar, se levantó de su asiento y acercándose á ella la dijo con melosa entonación:

—Amiga mía, la mañana está muy fresca y el día muy hermoso ¿quieres que nos vayamos á bañar?

—No tengo muchas ganas; pero te acompañaré por complacer tus deseos.



—No, es que si tù no quieres, nos estaremos aquí.... yo si te proponía el baño es porque... ¡ mira que rebozante de alegría está la playa! todo el mundo está bañándose y allí tal vez podríamos encontrar.... ¡ vamos, ya tú sabes á quién!

—¡ Ah! sí, dijo Elena, suspirando, desde ayer por la mañana no le veo.... vamos, pues.

Sofía tomó de una silla toda la ropa de baño de ella y de su amiga y asiendo del brazo á Elena la invitó á bajar á la playa.

Entre tanto, Jorge que no sentía más gusto que en estar contemplando la hermosa figura de su adorada Elena, burló la vigilancia de su padre y se dirigió al mar en la esperanza de ver entre las bañistas á su bien amado.

Esta circunstancia hizo que el señor de Solís encontrase solo al padre del joven.

Cuando Sanfeliz vio entrar en su habitación al esposo de su inolvidable Marta, no pudo reprimir un movimiento con el que, á las claras, denotó su contrariedad. Aquello era ya el colmo y miles de conjeturas se cruzaron en un instante por su mente; sin embargo, pudo reprimirse y levantándose de su asiento saludó al señor de Solís con una reverencia diciéndole:

—Muy buenos días, caballero, sírvase tomar asiento y hágame el favor de decir en qué le puedo ser útil.

—Gracias, señor mío, dijo el padre de Elena, algo molestado por aquel recibimiento tan ceremonioso como frío, y sentándose en el asiento que Sanfeliz le indicó, continuó de esta manera:

—Supongo fundadamente que usted me conoce.

—Supuesto que usted dice que hay fundamento para conocerle yo á usted, el hecho será cierto; pero es el caso que yo no recuerdo.....

—Es inútil, señor Sanfeliz, que tratemos de desconocernos.



Sanfeliz, al oír en boca de aquel señor su apellido, experimentó nuevamente una contrariedad, contrariedad tan visible, que para el padre de Elena no pasó inadvertida.

—No es esa mi intención, contestó Sanfeliz.

—Pues bien, como yo tengo la seguridad de que usted sabe quien soy, no me detendré en darle mis generales y solamente le ruego escucharme unos momentos, si es que para ello no hay inconveniente alguno.

—Puede usted hablar cuanto guste, amigo mío.

—Gracias, muchas gracias, por esa frase tan fraternal que me hace abrigar esperanzas.

Sanfeliz sonrió imperceptiblemente.

—Trataré de ser breve para no molestar mucho su atención.

—Como usted guste, para mí no será molestia y sentiré mucho placer en serle útil.

—No hay que prometer cuando......

—Soy hombre que cumple las promesas que hace.

—En ese caso, confío en que usted me hará el servicio que voy á pedirle.

Sanfeliz al oír de labios del señor de Solís aquellas palabras sintió una conmoción en su alma y su mente recordó instantáneamente el servicio que en hora muy oportuna y en momentos tan calamitosos, le hizo la esposa del hombre que hoy iba en pos de otro favor; su espíritu se regocijó y él se sintió satisfecho; pero trató de no darlo á conocer, pues aun persistía en la idea de que la familia Solís no supiese nada de lo que en otro tiempo había pasado entre Marta y él.

—Tengo,—dijo el señor de Solís con voz casi lastimera, como para interesar á Sanfeliz, — tengo una hija, señor Sanfeliz, que constituye para mí la vida, es el alma de mi alma, vivo porque ella alienta, su felicidad es la mía y si sufre, sufro en mayor grado



que ella, esa criatura que es el recuerdo vivo de mi inolvidable Marta, aquella mujer á quien tanto quise, y que endulzó con su bondad, su carácter apacible y sus amorosas y castas caricias, mi vida; esa hija de aquel sér que, según tengo entendido, jamás hizo mal á nadie; esa criatura, es mi único tesoro, es mi existencia misma; pues bien, Elena, mi hija, señor Sanfeliz, está enamorada, su corazón pertenece ya á otro hombre; este es un hecho muy natural, obedece á una ley universal y eterna á la cual no sería yo quien me opusiese; pero es el caso que ella, en su pasión ha llegado á tal grado, que no resistiría una contrariedad; un pesar, un dolor intenso, la haría sucumbir y yo, que tampoco resistiría semejante desgracia, la acompañaría en su viaje eterno......

El señor de Solís suspendió un poco, porque se había fatigado algo.....

Sanfeliz, había comprendido ya el objeto de la visita del padre de Elena y luchaba fuertemente en su interior, entre el deseo de complacer al esposo de *su Marta* y su invariable capricho de permanecer toda su vida con el mismo régimen que había llevado hasta entonces; algo en su fuero interno le iba revelando que su hijo, desoyendo su mandato, había echado á perder el secreto de su vida; esto le tenía enojado, no podía soportar la desobediencia de su hijo y mucho menos en aquella ocasión.

El señor de Solís que había recobrado un poco el ánimo prosiguió en estos términos:

—Hace ya mucho tiempo que estamos luchando por conseguir que mi hija Elena recobre la calma de su espíritu, que torne á su sér, aquella alegría, aquella felicidad de que antes gozaba; pero todo ha sido en vano, desdo la muerte de su querida madre todo ha cambiado en ella: antes era feliz, vivía contenta y dichosa y ahora se ha vuelto retraída, misteriosa, enfermiza, sí, muy enfermiza, nada le gusta, todo le



hastía y sólo en la soledad encuentra reposo y algunas veces ni aun así, pues más de una vez la he sorprendido con los ojos llorosos, su semblante descompuesto y en aptitud anormal.....

—Será que el pesar por la muerte de su madre la tenga en ese estado tan lamentable, dijo Sanfeliz, aprovechando el silencio momentáneo en que se quedó el padre de Elena.

—Al principio creímos todos que ese era el motivo y lo consideramos fundado; pero la cosa siguió de frente y cada día que pasaba ella iba dando muestras de que el pesar la consumía; entonces fue cuando resolví espiar hasta sus menores acciones para observarla, para tratar de dar con la clave de aquella situación. Mi labor no fue infecunda, muy pronto observé cosas que me hicieron comprender la necesidad de que Elena no estuviese todas las horas del día y de la noche enteramente sola, y busqué, supliqué y conseguí que Sofía, una amiga cariñosa con quien desde la infancia se conocen, la hiciese compañía. Esta señorita, que tiene una sólida instrucción y que, por añadidura, es bastante suspicaz, inteligente y astuta me ha ayudado en mucho hasta descubrir que el mal que á mi hija le aqueja, es el amor, la pasión que siente por un joven quien también á su vez ama á mi hija, ignoro si con la misma intensidad; pero puedo asegurar que la adora, que al presente, es su único deseo el de casarse con ella, pues, anoche mismo, se ha presentado á mi, en solicitud de la mano de mi hija.....

Sanfeliz no pudo reprimir un movimiento de cólera, con lo que denotó su gran contrariedad por la conducta de su hijo, pues no era otro, bien lo sabía él, el que pretendía á la hija de Marta.

—Aquí, me hallo en la necesidad — continuó el señor de Solís — de decir á usted quien es ese jo-



ven, aunque sospecho que usted lo sabe ya; es precisamente su hijo, el jovencito Jorge.

—¡Mi hijo! prorrumpió Sanfeliz, dando á su voz una entonación de extrañeza que no pasó inadvertida al padre de Elena.

—Su hijo de usted — volvió á decir el señor de Solís, sonriendo y clavando sus ojos en el semblante de Sanfeliz que trataba de engañar al padre de Elena, en el sentido de hacerle creer que lo ignoraba todo.

—Usted comprenderá — dijo el señor de Solís — que es muy natural que los jóvenes se enamoren entre sí, que su pasión llegue á tal punto que se vuelva irresistible; pero que sufran indefinidamente cuando pueden ser felices no me parece justo, y yo, que como he dicho á usted, considero á mi hija como una segunda vida para mí, deseo hacerla felíz para que pueda yo pasar tranquilo los últimos días de mi existencia, y si la felicidad de ella consiste, por ahora, en la unión legal y decorosa de ella con el joven Jorge, trataré de satisfacerla rogando á usted que dé su aquiescencia.

Sanfeliz permanecía pensativo. En su imaginación, corrían veloces las ideas; su estado al escuchar la súplica de un padre amante, era anormal, luchaba en su interior entre el deseo de sostenerse en su regla de conducta y el de satisfacer los justos anhelos del marido de *su Marta* como él decía; anhelos de los cuales participaba de lleno su mismo hijo. El caso era de fácil solución; pero él lo encontraba difícil, casi imposible; sin embargo, presentía que ya no era él un sujeto desconocido para los Solís. Su hijo, sin duda alguna, habría hablado largamente con el padre de Elena y le habría contado todo. Para salir de esa duda dirigió al señor de Solís la siguiente pregunta:

—¿Ha dicho á usted mi hijo quién soy yo?

—Todo lo sé, su hijo Jorge me ha contado todo y



desde que he sabido su historia he simpatizado grandemente con usted á grado de que le ruego concederme su amistad.

—Pero mi hijo, ¿le ha dicho todo? volvió á interrogar Sanfeliz como para cerciorarse de la verdad.

—Es decir, todo lo que usted mismo le ha contado á él.

Sanfeliz meneó la cabeza en señal de admiración y de pesar.

—Pues bien, dijo Sanfeliz, haciendo un esfuerzo sobrehumano para no demostrar su contrariedad, puesto que usted sabe quien soy yo, puesto que conoce mi historia y mi conducta pasada y presente, cosa que en verdad he deseado siempre que pase olvidado todo, ya nada hay que hacer; puede usted contar con mi aquiescencia; no quiero llenar de pesadumbre con mi negativa á la hija de aquella santa persona que supo aliviar mis necesidades en un día tan aciago para mí, y en circunstancias tan apremiantes y aflictivas.

Al oír estas palabras el señor de Solís se estremeció de contento, vio el cielo abierto, y en medio de él á su encantadora niña, resplandeciente de felicidad.

—Gracias, infinitamente gracias, amigo mío, dijo el padre de Elena, es usted un sujeto extremadamente bondadoso, lleva usted en su sér una alma grande y Dios dará á usted la recompensa que merece por rasgo tan grande de bondad. Mi hija y yo le bendeciremos siempre, toda la vida, y sepa usted que en nuestro corazón tiene un puesto muy grande para el afecto de que es acreedor.

—No tienen ustedes que agradecerme nada, este pequeño servicio, si es que así se le puede llamar, es parte infinitamente pequeña del fruto que debieran cosechar por las mercedes y bondades de que hizo derroche aquella noble mujer que todos veneramos, por la honorabilidad de usted y por el caudal



de virtudes que posee su muy apreciable hija, la que en breve será la amante esposa de mi hijo, quien no lleva á su hogar sino un corazón noble y una alma grande, contingentes únicos que posee para hacer la felicidad de su compañera de vida.

El señor de Solís satisfecho del resultado de la entrevista, se levantó de su asiento y se disponía á dar su mano á aquel buen sujeto cuando éste extendiendo sus brazos le estrechó fuertemente diciendo:

—No es la mano la que deseo estrecharle, es á usted todo, amigo mío, á usted por quien siempre he tenido un afecto entrañable.

—¡Ah! ¡cuánta dicha me proporciona usted señor Sanfeliz!

—Bien se lo merece.

—Hasta muy pronto.

—Cuando usted guste.

El señor de Solís con el espíritu tranquilo y rebozante de felicidad fue en busca de Sofía para comunicarle todo.

Sanfeliz visiblemente contrariado esperó sentado en una mecedora, la llegada de su hijo; deseaba, ansiaba desahogar su reprimida cólera, producida únicamente por la desobediencia de su hijo.




DE EL SALVADOR

CAPITULO XII.

Se despeja el cielo.




DE EL SALVADOR

Sofía y Elena estaban á la sazón bañándose, confundidas entre el gentío que llenaba las playas del mar.

La alegría era inmensa, todo el mundo corría, gritaba, reía y cantaba; mujeres y hombres agarrados de las manos formaban una cadena *sui géneris* que las olas del mar cubría con intermitencias frecuentes.

La animación era general y como hasta la fecha ningún contratiempo, ninguna desgracia había ocurrido; todos con el espíritu tranquilo y la confianza firme, se entregaban á las delicias del baño de mar, sin preocuparse por nada.

Allí también estaba Jorge.

En la playa se habían encontrado; él que la buscaba y ella que, impulsada por su amiga del alma, también había ido en pos de la misma idea.

Se hablaron, se estrecharon por primera vez la mano y cinco minutos después eran viejos amigos.

Demás está que canse al lector con el relato de las frases que se dijeron inspiradas todas en el amor tan grande que se profesaban.

Sofía también gozaba; aun cuando no las tenía todas consigo. Sabía que el señor de Solís entrevistaría al padre de Jorge; y, ¡quién sabe cuál sería el resultado!

No obstante esa duda, su semblante, su animación, su genial carácter no denotaba nada.

Esto contribuyó mucho para que los dos jóvenes



enamorados se entregasen de lleno al dulce arrobamiento de las complacencias, protestándose mutuamente todo el afecto que nacía del amor que les unía.

El día avanzaba, el sol lanzaba sus ardorosos rayos caminando hacia el cenit y la gente cansada ya de gozar en medio de las espumosas olas, abandonaban aquel blando lecho para ir en busca de la sombra refrescante.

Elena, Sofía y Jorge por su parte hicieron lo mismo.

Cuando llegaron al hotel, tomaron, sentados al rededor de una mesita de las muchas que hay colocadas en el corredor que da frente al mar, sendos vasos de refrescos.

Allí departieron animosamente largo rato.

La conversación giró sobre el tema inmortal del amor y no es nuestra intención aburrir á nuestros lectores con el relato de todas las almibaradas palabras que se dirigieron.

Después de algún tiempo, Sofía juzgó prudente abandonar aquel puesto y los tres se encaminaron á la habitación. Allí se despidió Jorge prometiéndose volver en seguida, para hacerles otra visita.

Momentos después llegó, donde ellos, el señor de Solís.

—Cuánto tiempo gastais, hijas mías, para bañaros, dijo entrando.

—Muy poco, padre mío, dijo Elena sonriendo y presentándole la frente para recibir el beso paternal.

En este mismo tiempo, Sofía observó al señor de Solís y le encontró bastante tranquilo lo que le hizo abrigar esperanzas.

—Y, ¿cómo te encuentras de salud, hija mia?

—Estoy bastante bien.

—Se halla bastante animada y con apetito, dijo Sofía.

—Eso me tranquiliza objetó el señor de Solís, viendo con ojos de satisfacción la encantadora figura



de su hija; pero desearía que de aquí te fueses completamente restablecida, esa ha sido siempre mi esperanza.

—Yo creo, — volvió á decir Sofía, — que con otro día como este, el problema se ha resuelto por completo.

—Así también lo creo yo, dijo el señor de Solís; mas ya tenemos algún tiempo de estar aquí y hasta hoy no se había notado mejoría alguna, ¿verdad? dijo sonriendo y mirando de soslayo á su hija que se entretenía en quitar de las barbas de su chalina las basuras que había recogido.

El señor de Solís que deseaba hablar á solas con Sofía hizo como que buscaba algo en sus bolsillos y al no encontrárselo se levantó y poniéndole cariñosamente una mano sobre el hombro, la dijo á su hija en torno paternal:

—Hija mía, ve á mi cuarto y búscame mi petaquita del tabaco y traémela, aquí te espero.

Elena se levantó y fuese en busca de la petaca.

—Pues bien, amiga mía, dijo á Sofía, tan pronto quedaron solos, he hablado con el padre de Jorge; y, cosa rara, yo que temía una negativa, me he encontrado con que todo está en favor nuestro; él no dejó de contrariarse, yo lo noté; pero convino conmigo en que hay que casar á los jóvenes, de modo pues, que si te parece nos iremos mañana á San Salvador, y allá dispondremos todo.

—Sí, es conveniente irnos.

—Y mientras tanto, te encargo que, con buen modo, le hagas saber á Elena todo, para que su salud se restablezca y para que la impresión agradable no la vaya á molestar.

—Pierda usted cuidado.

—Hoy volveré á hablar con el padre de Jorge y le



comunicaré nuestra resolución excitándole para que nos acompañe.

—Es lo conveniente.

Elena entró con la petaquita del tabaco en una mano y el señor de Solís suspendió su conversación. Momentos después sentábase en la hamaca que estaba en el corredor. Allí sacó un cigarrillo de la petaquita y se puso á fumar.

Las dos niñas salieron de su cuarto, acercaron sus asientos á la hamaca y se pusieron á contar al señor de Solís las impresiones que recibieron durante el baño de mar.

*
* *

A las diez de la mañana del día siguiente, el tren se despedía del Puerto de Acajutla lanzando un enorme pitazo con el cual anunciaba su marcha; llevaba en su vientre á gran parte de los bañistas entre los que iban nuestros conocidos.

Mucho trabajo le había costado al señor de Solís para hacer que Sanfeliz le aceptase la invitación de pasar en San Salvador con él y su familia, un par de días siquiera; Sanfeliz había pretextado que sus negocios en Guatemala reclamaban su presencia; pero todo fue en vano, el señor de Solís empleó toda su diplomacia para convencerle y por fin logró hacerle caminar.

En un asiento iban platicando muy estrechamente los dos viejos y en otro asiento iban los jóvenes: Elena, Sofía y Jorge. El ruido monótono y ensordecedor producido por el constante trequeteo de los muelles y ruedas del tren, no permitía que las personas vecinas oyesen la conversación de los que iban platicando.

El viaje se hizo sin contratiempo alguno.



El tren llegaba en aquella época, como hemos dicho, hasta la Ceiba del Guarumal, de allí había que hacer el trayecto hasta Santa Tecla en bestias ó en diligencia; nuestros viajeros para mayor comodidad de las niñas, tomaron asiento en la diligencia y así continuaron el viaje hasta Santa Tecla en donde tomaron el tranvía que les condujo á la capital.

Elena que ya lo sabía todo por boca de Sofía, venía tranquila y satisfecha, agradeciendo en el interior de su sér, con toda la fuerza de sus energías el inmenso servicio que con bondad suma, le había hecho su padre, interesándose por ella y por su bienestar.

Jorge tambièn venía satisfecho y agradecido de su padre que había tenido la generosidad de acceder á la súplica que le hiciera el señor de Solís para quien también guardaba en su corazón un inmenso caudal de agradecimiento.

Para ambos jóvenes el cielo que ha poco estaba lleno de espesos nubarrones se hallaba despejado. Ellos entreveían el paraíso en donde fabricarían su hogar y en donde se entregarían de lleno á gozar de aquel amor puro y sentimental que ambos se profesaban. Todo era ya para ellos de *color de rosa*. La dicha y el contento les embargaba.

El matrimonio quedó concertado al día siguiente de la llegada á San Salvador; todos convinieron en señalar una fecha próxima.

Por manera que la alegría en la casa solariega de los Solís volvió á aparecer con todo su séquito de venturas.

Los amigos de la familia comenzaron á frecuentar la casa.

Con pretesto de irles á saludar á su regreso de la temporada, todos ocurrían á diario y muchos salían haciendo conjeturas con respecto á aquel joven desconocido y elegante, que al parecer hacía el amor á la bella Elena.


DE EL SALVADOR

—¿Quién será él? decia una joven pálida al salió de la casa acompañada de otra amiga.

—Tiene aspecto de *chapín,* contestó con desdén la amiga.

—Pero es elegante.

—Eso no quita que sea un advenedizo, y Elena nuestra querida amiga, no debia darle oídos á un cualquiera, mayormente siendo desconocido.

—Que sabemos si para ellos no lo será.

—No niña, tú no sabes nada, te lo supones, ¿cuándo ha estado aquí ese chapín? porque nadie me quita que es chapin.

—De seguro se han conocido en el mar.

—Así debe ser, yo aconsejaré á Elena, ella es mi amiga, y nos queremos desde la infancia, esto me da derecho á que la diga lo que la conviene y lo que no. ¿para qué querer á un *fuerano* cuando aquí tenemos muchos jóvenes, dignos de aprecio?

—Vamos, niña no te exaltes tanto!

—Es que yo quiero mucho á Elena y me intereso por ella.

Con poca diferencia, las conversaciones de las amistades de los Solís giraban en el sentido indicado. Todos tenían interés por ellos, querían hacerles felices!

Entre tanto los Solis y la familia Aguirre se ocupaban de alistar todo para la boda.

El señor de Solís y Sanfeliz llegaron á ser unos grandes amigos; paseaban juntos y pasaban la mayor parte del día sin separarse.

Verdad es que Sanfeliz no estaba satisfecho del todo con haber tenido que apartarse de su regla de conducta; y, si permanecía en aquel estado, era por el deber de asistir á la boda de su hijo; pero se había prometido bajo juramento que tan pronto como ésta se realizara, él se iria sin pérdida de tiempo á



Guatemala, de donde nadie le sacaría, sino hasta después de muerto.

Así trascurrieron los días que faltaban para el de la boda.

Esta iba á efectuarse el día siguiente.

Elena y Jorge iban en breve á ser completamente felices á despecho de todos los amigos de los Solís que vituperaban semejante enlace, haciendo profecías á cuales más amargas y negras.

Por fortuna ellos, los Solís y Sanfeliz ponían oídos de mercader.

Nada les importaba el qué dirán.

Ellos trataban únicamente de llevar á cabo su objeto, cual era, el de hacer felices á sus respectivos hijos y lo demás poco ó nada les importaba.

Y era la única manera como podían proceder sin obstáculos.

Sofía y su madre se concretaron á todos los trabajos, vueltas y revueltas necesarias é indispensables en todo matrimonio por efectuarse.

Elena y Jorge, por su parte, ayudaban también durante el tiempo que sus protestas de amor les dejaba libre.

Y los señores de Solís y Sanfeliz hacían lo necesario.

Pero el más interesado en que se llevase á cabo la boda con todo el boato conveniente, fue el padre de Elena que no cabía en sí de gusto, viendo á su hermosa hija, restablecida y llena de salud, contenta y satisfecha.

La felicidad de su Elena era toda su ambición, por conseguirla hubiera sido capaz de dar hasta su propia vida.

Y como Elena así lo comprendía, ponía de manifiesto cada vez que la ocasión se presentaba, su invariable y firme amor paternal.



*
* *

Las campanas de la Iglesia de la Merced con sus alegres repiques llamaban á los fieles á que ocurriesen á presenciar la Santa Misa, que iba á celebrarse en homenaje al enlace eterno de aquellas dos almas grandes que habían llegado á comprenderse.

Muy pronto comenzó la gente á llegar ávida de presenciar la boda de la hermosa hija de los Solís, con el *intruso* como habían dado en llamar á Jorge Sanfeliz.

En breve tiempo, la Iglesia se llenó de gente de todas las clases sociales; era el acontecimiento del día y la curiosidad se puso en juego aquella mañana, que para dicha de los contrayentes y de sus familiares y amigos íntimos había amanecido espléndida, cual nunca.

La comitiva salió de la casa en dirección de la iglesia y una multitud de gente, chicos y grandes, caminaban casi á la par de ella.

Todas las miradas eran dirigidas á Elena que, vestida de novia, iba radiante de hermosura; todas las galas con que la naturaleza la había dotado resaltaban en aquel memorable día.

Llegaron á la Iglesia, la ceremonia terminó y todo quedó consumado.

Los recién casados acompañados de sus familiares y demás invitados pasaron á la mansión de los Solís en donde tomaron una copa de champán haciendo votos por la eterna ventura de aquel hogar que hacía cortos instantes que se había inaugurado.

Al día siguiente de la boda, Sanfeliz padre se despidió de aquellos seres á quienes tanto quería y largóse á Guatemala en donde se entregó de lleno á sus negocios con el único objeto de acrecentar cuanto más fuere posible sus bienes, para heredar con una cuantiosa fortuna á sus queridos hijos.



Epílogo

Tres años después de la boda, Jorge y Elena, tuvieron el inmenso pesar de ver bajar al sepulcro al venerable anciano que tánto les habia querido.

El señor de Solís descendió á la tierra llevando la satisfacción de haber cumplido su deber.

Y la de que sus hijos, que habían tomado sus ejemplos, le secundarían en tanto que él iba á descansar de todas sus fatigas.

Pasados los días de riguroso luto los esposos acompañados de dos tiernos niños, fruto de aquel amor intenso, se embarcaban con rumbo á Guatemala.

Iban a reunirse al otro padre que les esperaba con los brazos abiertos.

Le tocaba su turno al viejo Sanfeliz.

El también había de ser feliz algún día y sólo al lado de sus queridos hijos lo sería.

Sanfeliz vino á encontrarles hasta el puerto de San José, ardía en deseos de estrechar á sus nietezuelos, quería verles cuanto antes, besarles, y sentirles de cerca, muy de cerca para apreciar, conocer, lo que era ese nuevo amor.

Instalados en Guatemala la familia Sanfeliz fue, á partir de aquel momento, la más dichosa; la única pesadumbre era el recuerdo de aquel viejecito que tanto les había mimado.



*
* *

Cuando Jorge Sanfeliz partió con su esposa y sus hijos á Guatemala con el fin de radicarse allá al lado de su anciano padre realizó todos sus bienes que recibiera á la muerte del señor de Solís y llamando á la viuda de Aguirre, yá la bondadosa Sofía les dijo al despedirse de ellas:

—Aquí tienen ustedes estos títulos de propiedad que yo les entrego por mandato del señor de Solís; les pertenecen á ustedes y pueden hacer uso de ellos como gusten, el señor de Solís quizo recompensarlas por los señalados servicios que nos prestaron.

La viuda de Aguirre, consternada recibió aquellos papeles y enternecidas se despidieron de ellos.

La vida que llevaron fue siempre virtuosa.

Sofía honró siempre á su madre tanto en vida como después de muerta.

FIN



№ 0135

INDICE



